



Luna Perdida

ELLOS ELIGEN
SOBREVIVIR

AYLA SORIANO

Luna Perdida

Ellos eligen sobrevivir

Ayla Soriano

Aviso de Copyright

Este libro tiene una licencia Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivates 4.0

Lo que significa que queda prohibida, sin la autorización escrita del titular del "Copyright", bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

1

El refugio de Marinaterra

Todavía faltaba un rato para que el sol desapareciera en el horizonte, cuando en el refugio de Marinaterra retumbó la sirena de emergencia. Los más jóvenes del refugio acababan de empezar la jornada asistiendo a las diferentes clases de supervivencia, pero aquel sonido los llenó de excitación.

-Pero que significa esto... -musitó el supervisor que se encargaba de explicar el procedimiento de depuración y carga de agua.

-Atención a todos los habitantes del refugio –comenzó a hablar una voz a través de los altavoces-. Un vehículo no identificado se está aproximando. Parece que nos envía señales para establecer comunicación. Todos los responsables del refugio acudan

inmediatamente a la Sala de Mando. Al resto, les ruego mantengan la calma.

El nerviosismo y la expectación se extendió con rapidez entre los jóvenes. Estaban ansiosos de cualquier novedad que les distrajera de la monotonía del día a día.

-Bueno chicos vamos a mantener la calma y quedarnos aquí esperando instrucciones. Esto no va con nosotros -dijo la supervisora del grupo de los más pequeños.

Un muchacho del grupo de los mayores se levantó y salió tranquilamente caminando por la puerta haciendo caso omiso de la llamada de su supervisor.

-¡Aníbal! ¡vuelve aquí ahora mismo!.

El resto contemplaron desaparecer por la puerta a su compañero en silencio para después observar por unos instantes a sus supervisores que les observaban con gesto severo. Pero el rictus estricto de sus superiores no tuvo el efecto esperado y acto seguido la clase entera decidió salir corriendo en tropel tras Aníbal.

-¡Chicos! ¡ni se os ocurra! -les llamó la supervisora tratando de sostener por el brazo a uno de los más pequeños. El niño consiguió desasirse y seguir a los demás a la carrera-. ¡Volved aquí inmediatamente, o vais a tener problemas! ¡Maldita sea!

-Déjalo – le dijo su compañero resignado-. A esos monstruos no hay manera de impedirles nada.

Corrieron por los pasillos riéndose y chillando en dirección a la Sala de Mando como si fueran a asaltar una fortaleza. Pero conforme doblaron la última esquina que les separaba de su ansiada meta, se encontraron con que había seguridad. Un hombre que no llegaba a la treintena, de mandíbula cuadrada y torso musculoso les escuchó llegar desde lejos y al verlos cruzó los brazos y esbozó una sonrisa de desdén.

-¿A dónde creéis que vais vosotros mocosos? -les preguntó en tono burlón.

-Axel quítate de en medio. Queremos enterarnos de quién ha venido –le espetó Aníbal enfrentándose a él. El muchacho tenía el pelo corto, recortado con prisas y de un denso color negro. Sus ojos eran castaños y expresivos, enmarcados por largas pestañas. Su ojo derecho estaba salpicado por unas pinceladas de color grisáceo que le proporcionaban una mirada algo ausente. Vestía siempre con ropa ancha que heredaba de su hermano, al que ahora mismo tenía frente a él. Pero solo se quedaba la que fuera de color más oscuro.

-Vosotros no tenéis permiso para subir. Id a jugar a otro sitio si no queréis que os de

una patada en el culo a cada uno.

-Inténtalo si quieres -le desafío Aníbal cerrando fuerte los puños.

-Venga anda, no seas así... -le dijo Dana con voz aterciopelada dando un paso adelante y acariciando el brazo de Axel-. Te prometo que nos vamos a portar bien.

-A ti te dejo si quieres -le contestó con una sonrisa-. Pero estos críos se tienen que quedar aquí.

-¿Quieres ver lo que estos críos son capaces de hacer contigo? -le amenazó Teo.

Todos, incluso los más pequeños se pusieron en guardia y miraron con gesto amenazante a Axel. Se prepararon para saltar sobre él a la menor señal. Él también se preparó para quitarse de encima a manotazos la montaña de golpes y mordiscos que se le venía encima cuando la puerta que vigilaba se abrió tras de sí. Apareció un hombre robusto, en su cincuentena, con una poblada barba y gesto de preocupación.

-¿Qué haces aquí aún? -le preguntó a Axel con una voz cálida-. Tu padre me ha pedido que vaya a buscarte-. El hombre dirigió entonces sus profundos ojos castaños a la turba de jóvenes que estaban plantados frente a la puerta-. Vosotros desapareced de mi vista e id a seguir con lo vuestro. Esto no va con vosotros. Si me entero de que habéis desobedecido seréis castigados.

Ninguno de ellos se atrevió a rechistarle a aquel hombre que resultaba una máxima autoridad en el refugio. Agarró con firmeza del brazo a Axel y lo metió en la habitación cerrando de golpe la puerta en sus narices.

-¡Tu hermano es un capullo! -exclamó Teo en cuanto hubieron desaparecido.

-Y tu padre un pesado -replicó Aníbal-. Estoy hasta las narices de que nunca nos dejen enterarnos de nada.

-Jo pero yo quería ver el vehículo que se acercaba, no es justo... -se lamentó Dana.

La mayoría de los chicos empezaron a dispersarse cabizbajos de vuelta a la sala de entrenamiento.

-¡Esperad! -susurró Teo al pequeño grupo que todavía no se había marchado-. Si de verdad queréis salir, tengo la contraseña de la otra puerta.

-¿En serio? -le preguntó sorprendido Bruno-. ¿Cómo la has conseguido?

-Escuché cuando mi padre se la dijo a mi madre en el último cambio de contraseña – contestó orgulloso.

-Como nos pillen saliendo por allí nos cortan el cuello –apuntó Óliver-. Además de que no estamos preparados. Tendríamos que coger agua, el sol no se ha ido del todo. Tiene que ser un horno estar ahí fuera...

-Pues quédate aquí esperando, yo voy –respondió Aníbal y los otros confirmaron con la cabeza para indicar que también se apuntaban.

-Yo también quiero ir –dijo una voz aguda tras ellos y los chicos se giraron para ver quién había hablado. Se trataba de una niña de 13 años delgada y paliducha que tenía fama en el refugio de ser la alumna preferida de Orión.

-¿Tú quieres venirte enana? -le preguntó Aníbal como si le pareciera absurdo.

-Eres exactamente igual que tu hermano –le reprochó Teo-. Venga vámonos de una vez que nos lo vamos a perder.

Los chicos reemprendieron la carrera. El refugio de Marinaterra estaba excavado varios metros bajo tierra. Era un búnker de 9.000 metros cuadrados en el que vivían 198 personas en el último recuento. Constaba de 3 pisos de 3.000 metros cuadrados cada uno repartidos en diferentes zonas y ambientes. Disponían de pequeñas casas particulares, salas para ejercitarse, e incluso huerto y granja propios. El auto abastecimiento era clave para la supervivencia de un refugio, ya que la vida animal y vegetal fuera de él era imposible.

La mayor parte del refugio estaba decorado con motivos marinos y superficies de color azul que recordaban al mar. No porque el refugio estuviera cerca de una zona costera, eso nunca. El mar era demasiado peligroso para la vida humana. Pero a sus miembros les gustaba acercarse en algunas épocas del año a las aguas del Mediterráneo que estaban a un puñado de kilómetros de distancia. Sobre la tierra, encima del refugio, estaba construida la parte externa de Marinaterra. Una fortaleza flexible y aislante capaz de resistir la mayor parte de impactos de la naturaleza. A pesar de la firmeza de la construcción, los seres humanos habían aprendido durante décadas de forma dolorosa, que en estos tiempos el lugar más seguro donde vivir era bajo tierra. Así que la parte superficial del refugio era usado sobre todo para el abastecimiento de energía y agua.

Había dos maneras de salir de aquel búnker subterráneo. La puerta más usada era la de la Sala de Mando a la que solo los adultos seleccionados tenían permiso para acceder. Había una segunda puerta situada en el nivel más superficial que estaba pensada para usarse en caso de emergencia. Ambas puertas estaban custodiadas por gigantescos portones blindados que solo podían abrirse con contraseña. Por suerte para ellos, esta vez Teo la tenía y la introdujo en el panel que había junto a la puerta. Escribió los números que se había aprendido de memoria y cruzó los dedos para que funcionara. El chirrido que produjo el pestillo al abrirse les hizo saltar de alegría. A todos menos a Óliver, que se quedó atrás y no accedió al pasillo junto al resto.

-Tío, ¿no te vienes? -le preguntó Teo cuando se dio cuenta de que su amigo no los seguía.

-No, paso. No quiero deshidratarme ni cargármela.

-Deja al bebé que se quede –gruñó Bruno que cerró sin miramientos la puerta para dejarle fuera.

Subieron las escaleras y salieron a la parte superior del refugio, a un claustro circular acristalado. La temperatura allí era agradable debido al climatizador. En cambio, en el centro del claustro, había un espacio abierto directamente al exterior donde descansaba el árbol de placas solares que suponía la mayor fuente de abastecimiento de energía del refugio. Escucharon algunas voces y se dirigieron en dirección contraria, hacia la zona de la azotea. Tomaron aire antes de abrir el portón que les llevaría al crudo exterior. Un manto incipiente de estrellas les recibió al salir cubriendo todo el cielo hasta dónde les alcanzaba la vista. Iría mostrando más y más su belleza conforme el sol apagara sus últimos rayos del día. Miraran a dónde miraran veían miles de puntitos blancos. No había ni rastro de luz eléctrica. Los alrededores del refugio eran una zona totalmente desértica.

Junto con el paisaje apareció también el tortazo de calor. La temperatura allí fuera había rondado los 85 grados aquella mañana, aunque descendía de forma muy notable cuando desaparecía el sol. Pero puesto que acababa de hacerlo, tuvieron que sufrir aquella asfixiante sensación infernal en la piel. No obstante, estaban acostumbrados a exponerse a altísimas temperaturas, así que se acercaron sigilosamente al borde de la azotea y se tumbaron sobre el suelo de pizarra bocabajo, que todavía ardía por la acción del sol. Miraron con disimulo hacia abajo y observaron al gran camión monstruo que estaba detenido frente a la entrada del refugio. Tenía el motor parado pero las luces encendidas iluminaban su carrocería. Era un camión de grandes dimensiones, con capacidad para contener una mini vivienda en su parte trasera. Era de color plateado y tenía ilustraciones de animales salvajes en sus laterales.

Durante unos minutos que se les hicieron eternos, permanecieron allí tumbados observando aquel camión. Pero no había movimiento alguno, nadie del refugio salía a recibirles, ni nadie salía del camión. Aun así aguantaron el tipo mientras sus ropas ligeras se empapaban en sudor. Ya se estaban arrepintiendo de haber salido ahí fuera cuando el silencio de la noche fue interrumpido por el sonido de las compuertas del refugio al abrirse. Las puertas del camión también se abrieron y bajaron del coche dos figuras. Las dos siluetas salieron con las manos levantadas mostrando que no iban armados. En cambio, los miembros del refugio que salieron a recibirles les apuntaban con rifles. Los chicos afinaron mucho el oído para lograr escuchar la conversación.

-Hola, buenas noches -oyeron decir a aquella persona con acento extranjero-. Somos una familia que venimos del “nogte” buscando asilo. Nuestro “gufugio” fue destruido hace una semana. Somos los únicos “supervivientes”. Hemos viajado hacia el “sug” porque pensamos que los “bagbagos” venían del “nogte”.

-Entiendo -escucharon responder a Román-. ¿Cuántos viajáis en el camión?

-Somos mi “mujeg” y yo con nuestra hija. Mi amigo, y dos *enfants* más.

-¿Qué pasó con vuestro refugio? -escucharon preguntar, esta vez al padre de Aníbal.

-Fue atacado “pog” un grupo de asaltantes de caminos. Nosotros “pog” “suegte” estábamos “fuega” de allí. Cuando volvimos no lo podíamos “creeg”.

-¡No fuimos atacados “pog” asaltantes papá! -escucharon decir de pronto a una voz desde el interior del vehículo.

-Lo siento – se apresuró a disculparse el hombre-. Mi hija sostiene que fuimos atacados “pog” unas bandas organizadas del “nogte”. “Paga” mí son todos lo mismo. Simples “bágbagos”. Nuestro “gufugio” “ega” pequeño y no pudieron “defendegse”.

-Lo siento mucho -se pronunció Román-. ¿Habíais tenido problemas con asaltantes de caminos anteriormente?.

-Hace ya una “tempogada” que escuchamos que están dando problemas. Hemos estado en otros “gufugios” antes de “venig” aquí y no nos han dado asilo “pogque” no se fían. Estamos “desespegados”. Estos *enfants* necesitan un techo. Podemos “trabajag” en las “tagueas” que sea, no nos “impogta” -solicitó con voz implorante.

-Está bien -contestó Román-. Entendemos su situación y vamos a proceder a trasladársela al consejo del refugio. Es una decisión que se ha de tomar en consenso. Esperad dentro del camión por favor. En cuanto tengamos una respuesta os la haremos

saber.

-“Gacias” muchas “gacias”. Que Dios os bendiga -escucharon decir al extranjero.

Los hombres armados del refugio volvieron al interior mientras que observaron cómo los extranjeros se volvían a subir a su camión. Los chicos sentían sus gargantas totalmente secas y estaban asfixiados de estar allí fuera. Rápidamente se levantaron y corrieron hacia la puerta de la azotea para volver al interior del refugio. Corrieron por el patio circular y bajaron por el pasadizo que les llevaba de nuevo al búnker. En cuanto cruzaron la puerta se toparon con Óliver que había tenido el detalle de llevarles garrafas de agua y cubos con hielo para que se refrescaran. Todos se alegraron de verle allí y le agradecieron el gesto. Se echaron el agua por encima de sus ropas que ya se encontraban totalmente empapadas de sudor y bebieron hasta saciar su sed. Óliver les observó beber con paciencia hasta que no pudo reprimir su curiosidad y les preguntó:

-¿Y? ¿Qué ha pasado?

Teo tragó un último puñado de agua antes de tomar aire y responderle:

-Son una familia del norte, con varios niños. Dicen que su refugio fue destruido por unos asaltantes de caminos. Están pidiendo asilo aquí y ya han sido rechazados en otros sitios -le contó a modo de resumen.

-¿Y les han aceptado?

-No, pero seguramente van a hacerlo -intervino Aníbal-. Tu padre es un blando y no va a dejar en la calle a unos niños.

-¿Qué problema tienes tú con mi padre? -se le encaró enfadado Teo-. Él no va a tomar la decisión solo. Pero siempre ha tenido buen instinto. Y si él cree que deben quedarse es porque deben quedarse.

-Sí claro, justo lo que más nos conviene de cara al próximo invierno, más bocas que alimentar -le rebatió-. Ni si quiera hablan bien nuestro idioma, y no sabemos nada de ellos. Podrían traernos problemas.

Mientras tanto, en la Sala de Mando estaban reunidos todos los adultos del refugio alrededor de la mesa, escuchando atentamente el relato de boca de Román.

-Así que han hecho un largo viaje para llegar hasta aquí y a nosotros nos toca votar

si decidimos darles asilo o no.

-¿Qué impresión os han causado? -preguntó Orión. Se trataba del hombre más viejo que vivía en Marinaterra, aunque nunca revelaba su edad. También suponían que Orión no era su verdadero nombre. Siempre vestía con ropas de colores vivos que iba encontrando por ahí pero que nunca llegaban a conjuntar. Tenía el pelo blanco como la nieve y una incipiente calvicie que solía tapar con algún sombrero. Su favorito era uno de ala ancha que encontró en una vieja tienda de disfraces. Ahora se estaba dejando el bigote largo que ya le llegaba a la altura del pecho.

-Buena -contestó Román sin atisbo de duda-. No parecen un peligro para nosotros desde luego, y aparentan ser amables.

-Ya pero no es solo eso Román -intervino una de las agricultoras-. Vamos bastante justos de víveres como cada año, ya lo sabes. Tenemos muchos jóvenes que comen como leones y ahora nos viene un grupo en el que solo algunos de ellos podrán trabajar... Me sabe mal decirlo, pero no es un asunto que nos podamos tomar a la ligera.

-Y no me lo tomo a la ligera, Marta, te lo aseguro. Pero esto es una cuestión de humanidad. Si podemos acogerlos, aunque sea quitándonos parte de lo nuestro, deberíamos hacerlo. Se han ofrecido a ejercer cualquier trabajo. Tienen un buen vehículo, y quizás estén dispuestos a venderlo a otro refugio a cambio de provisiones.

La multitud se puso a murmurar debatiendo los argumentos expuestos. Mientras tanto, Orión observaba al padre de Aníbal, que había permanecido silencioso hasta el momento. Parecía absorto en sus propios pensamientos.

-No nos has dicho qué te han parecido a ti, Diego -le dijo y el hombre pareció sobresaltarse al escuchar su nombre.

-¿Eh?. Ah bueno. Sí, estoy de acuerdo con Román en que parecían buena gente y no me preocupan tanto los recursos. Creo que podemos hacerlo... Lo que me estaba rondando por la cabeza es todo ese asunto de los asaltantes de caminos que destruyeron su refugio. Hacía muchos años que no escuchaba de un caso tan violento. Me preocupa que de alguna manera todo eso venga hacia aquí.

-¡Sí! - exclamó otro de los miembros del consejo-. A mí tampoco me hace gracia que vengan unos extranjeros de un territorio violento a vivir aquí. ¿Vamos a dejar que gente que no habla nuestro idioma ocupe un puesto que más adelante pueda necesitar alguien de nuestro país?

-Al fin tuvo que salir el comentario estúpido del día -le respondió Orión incorporándose de su silla-. Y qué más dará el lugar en el que se haya nacido en este mundo de locos, si es que alguna vez tuvo importancia. Si hoy día todos somos extranjeros en un planeta que no nos quiere en él.

-Oye Orión -se revolvió el hombre-. Yo solo lo decía porque es probable que tengamos más cosas en común con alguien de cerca que con alguien de fuera.

-¡Perfecto!. Estoy deseando relacionarme con alguien que no tenga nada que ver con nosotros -le contestó-. Como si ver vuestras caras un día y otro día no fuera increíblemente aburrido. Estoy deseando relacionarme con gente nueva.

Orión rodeó la mesa y se situó junto a Román y Diego.

-Esa pobre gente que está ahí fuera seguro que lleva un largo viaje encima y está deseando conocer la respuesta. Así que no tardemos más en decidir si tienen que seguir sufriendo por esos caminos intransitables o si vamos a ceder un poquito de los nuestro para el bien común. Votemos de una vez.

Tan solo una hora después todos los miembros del refugio se encontraban expectantes frente a la cámara de cuarentena. Era un cubículo aislado del resto del búnker donde los nuevos integrantes tenían que someterse a pruebas médicas para asegurar que no fueran portadores de ninguna enfermedad peligrosa. Tanto jóvenes como adultos se turnaban para mirar a través de la ventana y conocer a los que iban a ser los futuros integrantes de Marinaterra. Al fin les llegó el turno de asomarse por la ventana a Teo y Aníbal que pudieron ver de cerca a los desconocidos. Observaron cómo el médico vestido con un traje aislante sostenía el brazo de una chica de su edad de pelo cobrizo mientras le buscaba la vena para clavarle la aguja. Entonces la chica giró la cabeza para no ver el pinchazo y su mirada se cruzó con la de Teo que de forma instantánea notó como su pulso se aceleraba.

-¿Ves como era buena idea admitirles? -le dijo a su amigo.

La Barcelona del fin del mundo

Ya hacía una semana desde que los nuevos inquilinos ocuparan la cámara de cuarentena. Teo solía aprovechar cada noche para visitar a su nueva amiga francesa Davina. Ella seguía encerrada tras una puerta blindada, pero se comunicaban a través del interfono.

Él había escuchado con atención todos los detalles de su antigua vida en el refugio de *Cage Dorée*, y le había hablado de la vida en Marinaterra. Resultaba que tenían muchos gustos en común, como su afición a las viejas películas y series de terror. Teo sospechaba que la francesa suspiraba en secreto por él, y no le sorprendía, ya que no iba a ser la primera en el refugio que lo hiciera. Con su melena rubia a la altura de los hombros y su carácter simpático, era consciente de tener a la mayor parte de habitantes metidos en el bolsillo. Y aunque sus amigos a veces se metían con él por ser presumido, estaba convencido de que por el camino que transitaba, algún día sustituiría a su padre como líder del refugio. Teo no veía el momento de que terminara la cuarentena y dejaran salir a Davina y los suyos de la cámara.

-¿Os han dicho ya cuándo vais a poder instalaros en el búnker? -le preguntó una noche ávido de que llegara el momento.

-Todavía no sabemos nada, pero creo que “segá” dentro de poco -le contestó con un acento que a Teo le parecía adorable.

-¿Y no te mueres de ganas? Aquí vais a estar genial ya lo verás. Os va a encantar -le dijo entusiasmado, pero la chica se limitó a esbozar una sonrisa triste, como si no lo creyera del todo-. ¿Qué pasa? ¿No quieres vivir aquí?

-No es eso. Es que temo que aquí tampoco podamos “estag” tranquilos -le dijo, y el chico la miró a través del cristal sin entender-. Los que “asaltagon” nuestro “gufugio”, vendrán aquí también. Y aquí tampoco estáis “prepagados” “paga” la amenaza.

-¿A qué amenaza te refieres? -le preguntó intrigado.

- Los que nos “atacagon” no “egan” simples asaltantes de caminos -dijo con la mirada llena de temor-. Poca gente habla de ellos “pogque” matan sin piedad a todos los humanos que encuentran. Ellos no dejan testigos. Son un gigante “ejégcito” de asesinos actuando “pog” toda “Eugopa” – la muchacha tragó saliva y añadió-. No “pagagán” hasta que hayan acabado con todos.

Teo escuchó con atención sus palabras hasta que al final no pudo reprimir que una sonrisa escéptica se dibujara en su cara. Trató de borrarla de inmediato.

-¡Lo sabía! -exclamó ella ofendida-. Tú tampoco me crees. No tenía que “habeg” confiado en ti.

-No es eso -se apresuró a explicarse Teo-. Es que me ha pillado un poco por sorpresa. Nunca había escuchado algo así. ¿De dónde lo has sacado?

-Un visitante del “gufugio” nos lo contó. Nadie le hizo caso, y “miga” cómo “tegminamos” -le contestó.

-Pero a veces la gente cuenta cosas que... -empezó, pero la chica no parecía interesada en seguir escuchándole. Se alejó de la puerta y se fue junto a su familia-. ¡Davina! Espera, vuelve aquí.

Una mano empezó a tirarle de forma insistente de la camiseta. Era su hermana que había ido a buscarle y parecía muy excitada.

-Ahora no Dana. Estoy hablando, ¿es que no lo ves?

-No -le contestó ella tras observar que no había nadie al otro lado del cristal-. Escúchame, esto es importante.

-No me interesa, gracias.

-Está bien. Entonces me iré yo sola con papi a Barcelona - dijo yéndose mientras se despedía con la mano-. Que te lo pases bien hablando con la puerta.

-¡Espera! - la llamó-. ¿Has dicho a Barcelona?

Antes de salir, pasaron de forma fugaz por la armería para abastecerse de armamento y enseguida se presentaron en el garaje dispuestos a que les llevaran. A su madre no le gustó la idea de que ellos dos viajaran con su padre a Barcelona, pero se convenció

cuando Diego y sus hijos se apuntaron también al trayecto. Después de colmarlos de besos y de que le demostraran que llevaban agua suficiente como para llenar una bañera, les permitió marchar. Eligieron uno de los camiones monstruo mejor equipados de su flota. Se trataba de un vehículo eléctrico con capacidad para seis personas y un buen espacio de cargamento trasero que se podía convertir en un lugar para dormir si el ardiente sol de la mañana te pillaba fuera del refugio. Le habían puesto el apodo de “Pantera Negra”, ya que Orión se había encargado de dibujarle unos fulgurantes ojos verdes y unos amenazantes colmillos en su negra carrocería.

-Vaya, veo que tampoco has podido impedirle a tu hijo que se uniera a la misión -comento Román mientras cargaba los últimos víveres en la parte trasera.

-Qué va, eso es imposible -respondió Diego-. Creo que estamos perdiendo toda autoridad, viejo amigo. Dentro de poco estos, nos van a desbancar.

-Dalo por hecho -contestó ufano Aníbal.

-Primero tendrías que desbancarme a mí, enano -le chinchó su hermano mayor-. Y eso es algo que nunca jamás va a suceder.

Los seis se acomodaron en el camión y esperaron a que un compañero les abriera el portón de hierro para salir a la oscura noche. En cuanto se adentraron por el polvoriento camino de tierra, los tres más jóvenes pegaron sus rostros a las ventanas para admirar un paisaje que pocas veces tenían la oportunidad de ver. Todo a su alrededor era silencio y tranquilidad cubierto por aquel magnífico manto de estrellas. El refugio de Marinaterra estaba situado al sur de la antigua provincia de Lérida. Muchos de los refugios se habían asentado en zonas no demasiado lejanas al mar para poder abastecer parte de su consumo de la pesca. Aunque era necesario coger los barcos e ir a alta mar para poder encontrar alguna criatura viva. En las playas más pequeñas, el agua a veces hervía a causa de los 100 grados centígrados que muchas mañanas se alcanzaban. La parte positiva es que transitar el mar en sí mismo no suponía un gran problema. Sin la atracción de la Luna ,todos los océanos del mundo se habían convertido en balsas en calma. El peligro que presentaba el mar tenía que ver con su avance por la tierra producido por el deshielo de los polos, que había convertido a la mayor parte de ciudades costeras en ciudades submarinas.

Aquel año se iba a cumplir el 75 aniversario desde que un meteorito impactara contra la Luna sacándola de su órbita y alejándola para siempre de la Tierra. Aquel fenómeno causó cambios drásticos en la climatología mundial. Muchas zonas del planeta pasaron a ser inhabitables a causa de las inundaciones que sepultaron países enteros. Otros lugares ardían o se congelaban haciendo la vida del todo imposible. La vida animal y

vegetal se extinguió por completo y solo subsistieron las especies que el ser humano cuidó en cautividad para su propio beneficio. A pesar de que el refugio se encontraba en una zona que se podía considerar privilegiada, aquellas tierras tenían que soportar meses de temperaturas que alcanzaban los 100 grados, para en los meses más fríos llegar a temperaturas de hasta menos 80 grados. Esta climatología tan adversa, unida a otros fenómenos atmosféricos habituales como las rachas de viento de más de 200 km/h, las sequías inacabables, o los terremotos, habían convertido al planeta Tierra en un desierto

Avanzaron con calma por viejas carreteras plagadas de baches dejando que la noche les engullera. Tan solo les separaban de Barcelona unos 110 km que recorrieron sin cruzarse con un solo coche.

-Oye, ¿a vosotros nunca os ha preocupado que se puedan estar creando ejércitos ahí fuera? -preguntó de pronto Teo que llevaba un rato dándole vueltas al asunto.

-¿Ahí fuera dónde chico? -le preguntó Diego.

-En cualquier lugar fuera del refugio. No sé, no me parecería tan raro. En los libros de historia de Orión siempre aparecen ejércitos invadiendo los territorios de los otros.

-Sí eso es cierto -concedió su padre-. Pero hoy día sería muchísimo más complicado hijo. Movilizar a tanta gente y tantos recursos en acciones de ese tipo cuando ni la supervivencia está asegurada... No sé, hoy día vivimos en un mundo tan complicado que me cuesta creerlo .. Y me gusta pensar que el ser humano ha aprendido la lección.

-¿De dónde has sacado eso? - le preguntó Diego con interés.

-Esa chica francesa que está en cuarentena... está convencida de que hay una especie de organización detrás de lo que pasó en su refugio. Pero ni su propia familia le cree.

-¿Se lo contó algún visitante norteño verdad? -preguntó Axel, a lo que Teo respondió afirmativamente-. La última vez que estuve de visita en el refugio de Boltaña los chavales de allí me contaron una historia parecida. No sé qué les pasa a los norteños. Poder salir tan poco de debajo de la tierra les hace convertirse en unos chalados. Tienen toda clase de teorías conspirativas en la cabeza.

-¿Como cuales? -preguntó con mucho interés Teo.

-Oye chicos, de verdad, dejadlo ya -interrumpió Román-. Los inviernos son muy largos, y la gente se aburre mucho. En estos años he oído historietas de todo tipo y mi consejo es: nunca creáis en nada que no podáis ver. Os ahorrará muchos problemas.

¿Verdad Diego?

-No sé Román. A mí me inquietan ciertas noticias que vienen del exterior y ...

Un repentino fogonazo en el cielo interrumpió sus palabras y provocó que Román detuviera en seco el coche. Aquella luz iluminó todo el firmamento como si de repente se hubiera hecho de día. Los seis siguieron expectantes el recorrido de aquel fogonazo que cayó en el horizonte e iluminó un área en la vieja ciudad a la que iban. Después les llegó el sonido de una explosión que retumbó durante unos instantes para terminar apagándose y volver a dejarles sumidos en el silencio.

-¿Qué ha sido eso papi? -preguntó ansiosa Dana a su padre.

-Creo que ha sido un cometa -le contestó mirando con extrañeza al horizonte-. No le digáis a vuestra madre que justo hoy ha caído un cometa porque ya no os dejará salir más en una buena temporada.

Volvieron a arrancar el camión y ya no se detuvieron hasta coger la primera salida que se adentraba en la ciudad. Barcelona era una de aquellas grandes urbes costeras que había sido invadida por el mar. Pero no estaba cubierta por el agua todo el año, si no que la marea venía o se retraía según las cambiantes estaciones.

En los primeros años después de la desaparición de la Luna, el ser humano no asumió que había perdido la superficie terrestre e intentó salvar su estilo de vida incluso trasladando sus ciudades costeras tan al interior como podían. Las innovaciones tecnológicas permitían crear una arquitectura aérea que desafiara a la naturaleza construyendo unos cimientos fuertes y dejando que las zonas habitables quedaran a buena altura sobre el suelo. Pero aquel proyecto tampoco resultó ser viable y terminaron abandonando ese último intento de rescatar su ciudad.

Pronto comenzaron a rodearlos hileras de aquellas extrañas construcciones en altitud que miraban hacia la submarina ciudad de Barcelona, de la que no había rastro alguno. Coches con la carrocería más que oxidada, farolas volcadas y escombros cubrían las laberínticas calles de aquella localidad fantasma. Como no había demasiados refugios en las proximidades, todavía después de tantos años de abandono podían encontrar pequeños tesoros escondidos.

Román los condujo hacia un antiguo centro comercial al que hacía tiempo que no les llevaba. Aquel portentoso edificio de 100 metros de altitud estaba firmemente anclado al suelo y sus cimientos se alzaban hasta los 50 metros por encima de la tierra. En la parte más alta podían encontrar las viejas tiendas. Aparcaron el camión en la puerta y Román les ordenó agarrar sus mochilas y sus armas y caminar muy cerca de él. El

mayor peligro al que se enfrentaban al margen de la propia meteorología era cruzarse con algún asaltante de camino.

Se trataba de individuos que habían sido expulsados de sus refugios y solían arreglárselas yendo de un lado para otro y robando a cualquier incauto con el que se toparan. Eran sujetos violentos con los que resultaba imposible convivir. Las causas más habituales de expulsión eran acoso, violaciones y agresiones a aquellos con los que convivían, por lo que un encuentro con ellos no solía ser agradable.

Después del arduo ascenso por las escaleras, peinaron la planta baja del centro comercial con sus linternas y se aseguraron de que no hubiera nadie en las inmediaciones. El interior del recinto estaba en completa oscuridad y había sido saqueado múltiples veces y soportado todo tipo de reveses. Pero se mantenía en un estado bastante aceptable dadas las circunstancias. Román iluminó con su linterna un mapa del lugar enmarcado en la pared que mostraba la distribución del centro.

-Vamos a registrar la zona de supermercado a ver si podemos encontrar herramientas, o lo que sea que quede -dijo.

-Yo voy a ver si consigo pelis que no tengamos. Que necesitamos repertorio nuevo -les comunicó Teo.

-Sí, pero coge también libros si encuentras -le indicó su padre.

-¿En serio? -preguntó con tono de exasperación poniendo los ojos en blanco.

-¿Dónde está tu hermana? -le preguntó dándose cuenta de que se había escabullido mientras observaban el mapa.

-Pasando de nosotros, obviamente.

Dana paseaba iluminando con el haz de su linterna los diferentes escaparates dos pisos por encima de los otros. Iluminó un desvencijado cartel que mostraba a una chica lamiendo un cono de helado. El interior estaba totalmente derruido. Ella nunca había probado un helado, pero había visto a gente comerlos muchas veces en películas y series. También había visto centros comerciales como aquel, llenos de vida y de actividad, en los que los protagonistas pasaban el rato comprando cosas. Era algo que no llegaba a comprender del todo.

Entró en una tienda de videojuegos e inspeccionó el suelo levantando escombros con el pie. Encontró algunos juegos entre los cascotes que no estaba segura de si funcionarían en alguna de las consolas del refugio, pero los guardó igualmente en su

mochila. Tras salir de allí se dio una vuelta por las tiendas de ropa y se encontró con algunas prendas que no estaban en mal estado. Las cogió y buscó en los vestuarios el espejo menos destrozado que encontró. Se quitó la camiseta de tirantes y los pantalones cortos que llevaba. Ya estaban completamente empapados en sudor debido a aquella asfixiante temperatura. Se pasó por la cabeza un vestido ceñido azul cielo. Como no estaba acostumbrada a ponerse algo así, le entró la risa floja. Y aunque no le daba demasiada movilidad le gustaba incluso con las botas de montaña que llevaba. Dana poseía una constante mirada traviesa en el rostro. Su nariz y mejillas estaban salpicadas por pecas que, como su madre siempre le decía, recordaba al cielo repleto de estrellas que cubría Marinaterra. Sus ojos eran de color oliva como los de su mellizo, pero su pelo era de color más oscuro que el de él, alcanzando la tonalidad del café. Como su hermano, poseía una figura espigada, y sus movimientos y gestos a menudo resultaban más bruscos que los de él.

Estaba mirándose ensimismada en el espejo cuando de forma súbita, alguien se coló en el vestuario tras ella y le tapó la boca. Ella se asustó y apuntó con la linterna en el espejo hacia la cara de aquel intruso y vio que solo se trataba de Aníbal.

-¡Joder! Vaya susto me has dado idiota. No vuelvas a hacer eso -le regañó mientras él reía.

En cuanto se le pasó la risa, envolvió la cintura de la chica con sus manos y apoyó la cabeza en su hombro para mirar su reflejo en el espejo.

-Eso te queda genial, deberías llevártelo... Hacemos buena pareja no me digas que no -le dijo impostando su voz más seductora. Ella trató de desasir sus manos de su cintura y él aprovechó para intentar darle un beso que ella esquivó con maestría.

-¿Qué tengo que hacer para que quieras algo conmigo? -le preguntó él dolido.

-No te ofendas, pero es que eres un poco crío para mí -le contestó consiguiendo desasirse de su abrazo.

-Pero si solo tengo un año menos que tú -le replicó molesto.

-Ya... -le respondió sonriendo al volver a admirar su reflejo en el espejo-. Pero es que a mí me gustan más mayores.

- ¿Mayores como quién? - preguntó Aníbal temiendo escuchar la respuesta. Fuera, escucharon un desagradable chirrido, como si se arrastrara un objeto metálico por el suelo.

-¿Qué ha sido eso? -preguntó Dana iluminando los alrededores de la tienda con su linterna.

-Son los otros que están bajo moviendo basura -le contestó-. No me cambies de tema, dime de una vez quién te gusta.

En el primer piso, tras mover montañas de escombros, Román, Diego y Axel habían llenado sus bolsas con todos los objetos útiles que habían encontrado. Herramientas de jardinería, objetos de cocina y algunos juguetes para los más pequeños. Teo también había llenado su bolsa con películas y series que había podido encontrar, aunque ninguna le entusiasmó especialmente. Por desgracia para él, sí encontró pilas de libros con los que consiguió que su mochila pesara como si llevara un muerto.

-¿Cuánto tiempo llevamos ya aquí dentro? -preguntó Diego secándose el sudor de la frente con su toalla. Abrió su cantimplora y bebió un último trago.

-Veinticinco minutos -le contestó Axel que controlaba el tiempo y la temperatura con su reloj de pulsera. En aquel momento marcaba los 44 grados. Por la noche los termómetros se desplomaban pudiendo encontrar descensos de temperatura de hasta 70 grados de diferencia respecto a la mañana.

-Va siendo hora de llevar estas cosas al camión y descansar un rato -sentenció Román-. Vamos a por los chicos y salgamos de aquí.

-Deja que me adelante y les avise -contestó solícito Axel-. Que yo no tengo la mochila tan llena como vosotros.

Reemprendió la marcha por los oscuros pasillos iluminando el suelo procurando no tropezarse con la multitud de objetos que había tirados por todas partes. Encontró unas escaleras y subió de dos en dos los escalones hasta acceder al piso de arriba. Allí fue dirigiendo la luz de su linterna al interior de los comercios buscando a su hermano y a Dana. Tras de sí, escuchó unos pasos que corrían y se giró rápidamente, pero no vio a nadie.

-¿Aníbal? Deja de hacer el idiota, esto no tiene gracia - le exigió con voz autoritaria desandando los pasos que había dado en dirección al ruido-. Voy a sacar mi pistola, así que si algo te pasa será solo culpa tuya.

Pero nadie le respondió. Axel levantó su pistola y apuntó mientras se acercaba a la tienda donde había escuchado los pasos. Era una vieja peluquería, pero estaba vacía. Un escalofrío le recorrió todo el cuerpo y comenzaron a caerle gotas mayores de sudor por el cuello. Dejó caer al suelo la mochila y empuñó su arma con más fuerza

avanzando con rapidez por aquellos pasillos. Ahora los revoltijos de bultos de el interior de los comercios de aquel viejo centro comercial parecían estar llenos de sombras que acechaban. Apretó el paso para subir al tercer piso, que recorrió con rapidez. Si no encontraba allí a su hermano, llamaría a su padre y a los otros para que le ayudaran. Pero no tuvo tiempo de hacerlo, alguien se abalanzó de súbito sobre su espalda.

-Me estoy muriendo de calor aquí dentro y seguro que tú también -dijo Aníbal que ya se había quitado su camiseta y trataba de convencerla de que se quitara el vestido.

-¡Que pares de una vez! Eres tú el que me está dando calor -Dana, harta de aguantarle, metió en su mochila el resto de la ropa que iba a llevarse y salió del probador para ir a buscar a los otros.

Aníbal le siguió y juntos salieron a los oscuros corredores del centro.

-No sé si te das cuenta de que estás a punto de desaprovechar la última oportunidad que vas a tener conmigo. Si tú no quieres nada, lo más probable es que me vaya a terminar liando con esa francesa que ha venido al refugio.

-Pobrecilla. Esa chica no tiene suerte en la vida -le contestó con sorna y sacó su cantimplora para beber-. Toma, aguántame la linterna un momento, ya que no te has traído nada.

Aníbal agarró la linterna y dio un rodeo iluminando el entorno con su luz. Percibió una figura extraña en el suelo que le inquietó y caminó hacia ella.

- No es por ahí, las escaleras están en el otro lado -le indicó su amiga que guardó la cantimplora en la mochila y le siguió incómoda-. ¡Aníbal!

Conforme se fue acercando en silencio, como hipnotizado, reconoció el color de la camiseta de la figura que estaba en el suelo. Era la de Axel. Dana también lo vio y los dos se lanzaron a socorrerle.

-¡Axel! ¡Axel qué cojones te pasa! -Aníbal giró el cuerpo de su hermano que se encontraba tumbado boca abajo, lánguido. Una mueca de horror se le dibujó en el rostro cuando vio que su hermano había recibido una puñalada en el cuello de la cual brotaba sangre. No había posibilidad de ayudarle, estaba muerto.

Dana ahogó un grito y se levantó para sacar su arma con la que apuntó a su alrededor en busca del agresor. Todo estaba en penumbra y solo se escuchaba la respiración agitada de Aníbal. Su pulso temblaba enormemente mientras buscaba a alguien a

tiendas en la oscuridad. Aníbal se quedó arrodillado junto a su hermano mirándole incrédulo.

-Aníbal, tenemos que ir a buscar a los otros - le dijo en un tono de voz tan bajo como pudo-. ¡Tienes que levantarte y encontrar a los que le han hecho esto tu hermano!

Aníbal se levantó emitiendo un rugido de rabia y sacó su pistola del bolsillo trasero de los pantalones. Apuntó con ella al techo del centro comercial y disparó tres veces consiguiendo que les cayera una lluvia de polvo encima.

El ruido de los disparos llamó inmediatamente la atención de los tres de abajo que acababan de encontrarse con que alguien había arrastrado una maltrecha verja del centro comercial para obstaculizar su salida. De inmediato todos soltaron lo que tenían entre manos y empuñaron sus armas para emprender la carrera hacia el piso de arriba.

-¡Dana! -chilló Román con todas sus fuerzas.

-¡Estamos aquí! -le oyó contestar dos pisos por encima de ellos. Entonces comenzaron de nuevo a escucharse disparos y gritos y todo el ruido empezó a moverse de lugar. Los padres subieron a la carrera las escaleras persiguiendo el jaleo de carreras y disparos. Al llegar al tercer piso vieron que al otro lado del vestíbulo circular corrían unas figuras, moviéndose endiabladamente rápido. Los vieron ascender por otro tramo de escaleras. Estaban tan obcecados en su carrera, que ni si quiera Diego se dio cuenta de que uno de sus hijos yacía en el suelo del corredor por el que acababan de pasar.

-¿Qué está pasando? -chilló Román quedándose sin aliento.

Pero esta vez no escuchó la respuesta de su hija, si no más disparos y un chillido de dolor de ella.

Apretó más aún la carrera y al subir la siguiente tanda de escaleras vieron dos sombras que no reconocieron meterse en uno de los comercios y los tres abrieron fuego. Les acorralaron en el interior e intercambiaron disparos. Román empujó hacia atrás a su hijo para que se alejara del fuego cruzado y éste vio a su melliza salir arrastrándose del escaparate contiguo sosteniendo su brazo.

-¡Dana estás sangrando! ¿Te han disparado? -le preguntó tan pronto como se lanzó hacia ella a socorrerla.

-No -contestó ella con la voz tomada por el dolor-. Me he caído sobre el escaparate y

me he clavado unos cristales -le dijo mostrando sus heridas. Su hermano examinó su brazo en el que un cristal de más de 20 centímetros se había incrustado en su antebrazo. Cubriéndose la mano con su camiseta tiró del cristal para desincrustarlo de la carne. Dana se mordió el labio para no chillar de dolor. Y el cristal salió. Teo arrancó un buen trozo de su camiseta y le hizo un torniquete con ella en su herida. El fuego cruzado finalmente se detuvo y aparecieron Román y Diego jadeando. Román comprobó que la herida de su hija no era demasiado grave y suspiró.

-Uno de ellos se ha escapado por un boquete, pensábamos que los teníamos acorralados, pero no. Estos hijos de puta tienen controlada la zona -dijo secándose el sudor con una camiseta que ya chorreaba.

-¿Dónde están mis hijos? -preguntó con ansiedad Diego.

Dana no se atrevió a contar nada de lo que le había pasado a Axel a su padre.

-Aníbal se ha lanzado como un loco detrás de uno de ellos! -contestó con apremio-. ¡No he podido pararlo! Ha subido por allí - dijo señalando unas escaleras que ascendían hasta la azotea.

Los cuatro volvieron a lanzarse a las escaleras jadeando por aquel calor que se hacía ya irrespirable. Cuando llegaron al último piso vieron que la puerta de la azotea estaba abierta. La oscura noche les recibió con un viento cálido que aullaba al pasar entre los edificios de alrededor. Allí se encontraba Aníbal, encañonado por un arma que sostenía un individuo rubio de ojos saltones y nariz prominente. Junto a él, había otros dos sujetos con aspecto pendenciero. Uno de ellos herido de una pierna no parecía inmutarse, lo reconocieron como el que había escapado por el boquete de la tienda.

-¡Aníbal hijo! -gritó su padre al verle-. ¡Soltadlo! ¿Qué quieres de nosotros?

-Llegáis justo a tiempo. Estábamos a punto de lanzar a este idiota por el tejado - contestó el hombre rubio arrastrando las palabras. Parecía extranjero, como los otros, y era el único que hablaba su idioma. Y aunque lo hacía perfectamente, no supieron adivinar la procedencia de su acento.

-¿Qué es lo que queréis? -le repitió.

-¿Qué queremos? -preguntó y soltó una carcajada mirando a sus compañeros que también rieron -. Queremos que no vengáis a nuestro territorio a robarnos. ¿Qué te parece eso?

-Nosotros no sabíamos que esto estuviera bajo el control de alguien -intervino Román

para mediar-. No hay ningún problema, no nos llevaremos nada ni volveremos a aparecer por aquí. Dejad que nos marchemos y nunca más nos volveréis a ver.

-Claro que no. Nunca más volveremos a vernos - soltó el captor con una cruel sonrisa dibujándose en su rostro-. Pero a nosotros no nos bastan las palabras.

-¿Y qué queréis? -preguntó Diego secándose el sudor de la frente-. Podemos llegar a un acuerdo.

-Queremos ese camión tan bonito con el que habéis venido -por los gruñidos que emitieron sus acompañantes, supusieron que mostraban conformidad.

-Pero eso no es posible -trató de dialogar Román-. Estamos demasiado lejos de nuestro refugio. Moriríamos deshidratados mucho antes de llegar. La única opción para que os quedéis nuestro camión es que nos acompañéis a nuestro refugio.

El hombre rubio rio ante semejante sugerencia.

-¿Tenemos cara de idiotas?... No. Eso no va a pasar.

-Bueno, al menos deja ir al chico -le dijo Diego teniendo claro que no iban a conseguir llegar a ningún acuerdo con aquellos vándalos. - Cógeme a mí en su lugar.

Aquellos hombres rieron unos segundos y el que llevaba la voz cantante afirmó complacido.

-Sí, me parece un buen intercambio. Los dos adultos, por el chico. Dejad vuestras armas en el suelo y venid hacia aquí.

Diego, tras compartir una mirada cómplice con Román a la que éste asintió, se agacharon para dejar sus armas en el suelo y se incorporaron con las manos levantadas. Detrás de ellos los hermanos seguían apuntando con las suyas a aquellos tipejos.

-Venga, ¿a qué estáis esperando? Acercaos que no muerdo - dijo con su desagradable sonrisa.

-Está bien, pero soltad al chico ya -replicó Diego.

El hombre que sostenía la pistola sobre la cabeza de Aníbal le propinó un empujón para que se alejara y comenzó a apuntar a su padre. Aníbal caminó lentamente hacia dónde estaban sus amigos y compartió una mirada con su padre al cruzarse. En cuanto llegó a la altura de los hermanos, se giró y vio que las armas de aquellos hombres

ahora apuntaban a los líderes de Marinaterra. El hombre rubio parecía encantado y en cuanto tuvo a los dos viejos amigos cerca dijo:

-Lo siento mucho, he cambiado de opinión. Me quedo con todo, también con vuestras vidas.

Dana y Teo se prepararon para disparar, pero Román fue mucho más rápido y destapó la anilla de la granada que tenía atada al cinto. En una décima de segundo una llamarada se extendió en lo alto de aquella azotea propulsando a los tres amigos hacia el interior del edificio.

Cuando Teo recobró la noción de dónde estaba, se encontró tumbado en el suelo. Sus oídos emitían un desagradable pitido y apenas podía ver entre todo el humo. Teo se levantó apartando con sus brazos la nube que cubría la azotea para contemplar una escena que jamás podría olvidar. Su padre y su mejor amigo yacían muertos en la azotea junto a aquellos individuos. Se acercó lentamente a ellos como si se encontrara transitando por una pesadilla. El calor insoportable no hacía más que aumentar aquella sensación.

Se arrodilló junto al cadáver de su padre y observó su rostro parcialmente calcinado en silencio. Entonces percibió que dos de ellos todavía se movían. Buscó un arma por el suelo pero no le hizo falta encontrarla. Aníbal disparó contra ellos una y otra vez agujereando sus cuerpos hasta vaciar el cartucho. Entonces cogió otras dos pistolas que encontró en el suelo y continuó disparando sin descanso a los cuerpos sin vida de los asesinos. Destrozó sus cráneos dejando que sus sesos se desparramaran por el suelo alrededor de sus cabezas. Teo no pudo evitar fijarse en una marca que los tres tenían en el cuello.

-Para tío -le advirtió Teo que seguía observando a su padre. Pero Aníbal no dio muestras de escucharle y cuando se le acabaron las balas comenzó a pisotear aquellos cadáveres-. ¡Que pares te he dicho! -le chilló enfrentándose a él.

Los dos comenzaron a empujarse el uno al otro hasta que acabaron a puñetazos. Aníbal propinó un fuerte golpe de culata en la cara de su amigo que sintió un fuerte escozor en la mandíbula.

-¡Parad los dos de una vez! -intervino Dana a la que le caían lágrimas por el rostro. Se encontraba al borde del colapso. Se arrodilló al lado de su padre y cayó desplomada encima de él.

Discordia bajo tierra

Isabel había permanecido buena parte de la noche inquieta en el garaje esperando a que volviera su familia. Tenía miedo de que saliera el sol y les pillara todavía fuera. Por eso, en cuanto le dieron el aviso los vigías de que se acercaba el Pantera Negra fue encantada a recibirles. Pero al verlos llegar no hizo falta que le explicaran lo que había sucedido. Solo con ver el estado de los tres jóvenes supo que algo terrible había pasado.

El refugio al completo recibió la noticia con infinito pesar. Todo el mundo estaba consternado de haber perdido a sus dos líderes e impulsores de Marinaterra, además de a un joven y prometedor muchacho que se estaba preparando para asumir el relevo y la buena gestión de su padre. Se volcaron en reconfortar a los huérfanos que todavía permanecían en estado de shock por todo lo que había pasado. Especialmente a Dana que había tenido que ser sacada del centro comercial por los otros dos después de haberse desmayado. Todos presentaban síntomas de deshidratación y ansiedad.

Aníbal no volvió a pronunciar ni una sola palabra desde el momento en que llegó al refugio, y enseguida fue a recluirse a solas a su vivienda familiar. Orión cubrió la sala común con velas y flores que habían cultivado en el refugio. Con total solemnidad y a pesar de ser el primero en estar descompuesto de dolor por la pérdida, ofició una cariñosa ceremonia para homenajear a los caídos.

-Hoy es uno de los días más duros que hemos tenido que vivir en el refugio -empezó Orión con la voz quebrada-. Hemos perdido a tres de los más grandes hombres que jamás habitarán en nuestras tierras. Tres hombres que eran un pilar fundamental para esta comunidad. Ellos ayudaron a fundarla, pusieron todo su esfuerzo y paciencia en que saliera adelante. Durante años velaron para convertir este lugar en un hogar confortable para todos nosotros. Nos protegieron, nos alimentaron, criaron una familia, y se ganaron todo nuestro respeto y amor -hizo una pausa para tomar aire en la que se pudo escuchar los sollozos sonoros de sus vecinos-. Por eso, aunque el hueco que nos dejan es inmenso y va a ser irreparable, hoy quiero que nos despidamos agradecidos por todo lo que nos han dado -Orión levantó los brazos al cielo y habló directamente a

los fallecidos-. Esperamos encontrarnos con vosotros algún día en el otro lado de este despiadado mundo, amigos. Donde estoy seguro que habréis podido encontrar la paz que es imposible hallar en este.

Una vez la ceremonia hubo terminado, y hablaron todos los que quisieron despedirse de los desaparecidos, muchos fueron los que decidieron quedarse para pasar la noche velando a sus amigos. La más desconsolada era sin duda Isabel, que se abrazaba a sus hijos sin poder contener el llanto ni un segundo.

Teo miró alrededor. No pudo evitar fijarse en que Aníbal no había estado presente durante la ceremonia. Sabía que su amigo debía estar especialmente destrozado. Había perdido a toda su familia de golpe. A él todavía le quedaban su madre y su hermana, así que podía imaginarse el infierno que estaría pasando en aquel momento. Supuso que se habría refugiado en su vivienda y hacia allí encaminó sus pasos, pero unos fuertes golpes llamaron su atención y fue corriendo a ver qué los estaban produciendo.

Conforme se iba acercando se dio cuenta de que provenían de la cámara de cuarentena y apretó el paso. Al llegar allí, se encontró a Aníbal con la cara desencajada, armado con un rifle, propinando golpes al cristal del habitáculo. Enseguida se lanzó encima de su amigo para detenerle. A través de la ventana vio los rostros asustados de Davina y su familia que no sabían qué estaba pasando. Forcejearon hasta que sin querer activaron el gatillo y una bala se disparó contra la pared haciendo un orificio en un bonito mosaico de una playa que Orión había construido junto con los niños del refugio. Teo se alejó un par de pasos de su amigo mostrándole que no iba a volver a abalanzarse, mientras éste le apuntaba con su rifle.

-Tranquilo. Tranquilízate tío. Es a mí a quien estás apuntando... baja el arma por favor -le dijo con voz sosegada como había visto muchas veces hacer a su padre con gente fuera de sí. Aníbal bajó el arma pero su rostro seguía rojo de ira. Todavía no se había cambiado la ropa y estaba cubierto de suciedad y sangre.

-Déjame en paz. No vas a impedirme que lo haga. Son ellos o yo -le chilló.

-¿Qué es lo que quieres hacer? -le preguntó. Teo escuchó como el escándalo estaba atrayendo a otros miembros del refugio que acudían a ver qué pasaba.

-¡Aníbal! -le chilló una voz autoritaria de hombre. Se trataba de Ricardo, uno de los encargados de la granja del refugio, y uno de los hombres más grandes que habían visto nunca-. Sabes que no se pueden blandir armas en el interior. ¡Se trata de una acción muy grave! Déjala en el suelo ahora mismo si no quieres tener problemas.

Pero en vez de apaciguarlo consiguió ponerle más nervioso y que le apuntara con el

fusil.

-¡No seguiré recibiendo órdenes de ninguno de vosotros! -le replicó-. Los asesinos de mi padre y mi hermano eran extranjeros como ellos. No voy a pasar ni un minuto más aquí hasta que no sepa que estas ratas están fuera del refugio.

-Los que mataron a tu padre también eran humanos, ¿eso quiere decir que vas a expulsar también a todos los humanos? -intervino Orión tratando de calmarlo-. No puedes generalizar de esa manera Aníbal. Estás cometiendo un grave error.

-No, viejo. Tú estás cometiendo un error. No sabes nada de esta gente. Les han rechazado en varios refugios antes de venir aquí, ¿y nosotros les acogemos como idiotas? Están viniendo a nuestro territorio asesinos extranjeros ¡y vosotros no estáis haciendo nada para evitarlo! -le espetó con rabia.

-¡Se acabó! -se impuso el granjero adelantando unos pasos hacia él-. No vamos a continuar con esta charla mientras sigas amenazándonos con el fusil. ¡Voy a pedir tu expulsión inmediata del refugio!

Aníbal dudó por un instante. Si no hacía algo el granjero se le echaría encima de un momento a otro. ¿Pero se atrevería a disparar a un viejo amigo de su padre? Entonces todos escucharon detrás de sí un sonido de percutor y se giraron para toparse con Dana que también apuntaba a Ricardo con una pistola. Detrás de ella aparecieron corriendo por el pasillo otros miembros jóvenes del refugio que se situaron tras ella con los brazos cruzados.

-¿Pero qué...? -empezó el granjero sin entender.

-Si lo expulsáis a él también tendréis que hacerlo conmigo -dijo Dana.

-¡Tendréis que expulsarnos a todos! -gritó Bruno que levantó exclamaciones de consentimiento de los otros.

-Que no hemos tenido tiempo de coger armas. Pero si hace falta vamos a por ellas -añadió Óliver envalentonado.

-Chicos, me duele veros así -dijo Orión-. No os hemos educado para que uséis la violencia contra el que es diferente.

-Esto no es solo por esos extranjeros -repuso Dana-. Estamos hartos de que no se tome en cuenta nuestra opinión.

-A partir de ahora las cosas van a cambiar en este refugio -añadió Aníbal satisfecho de que sus compañeros le hubieran apoyado.

Entonces Teo aprovechó para dar un paso adelante y acercarse a su amigo para hablarle.

-Tú cállate -le espetó a modo de advertencia Aníbal-. Que ya sé que estás encoñado con la francesa y que no quieres que se vaya.

-¿Yo? No, qué va, pero qué dices -le contestó notando como enrojecía. Y se acercó dos pasos más para que solo él le escuchara-. No es eso. Yo también vi aquellas marcas en sus cuellos -le dijo en voz baja y vio por su reacción que sabía de lo que hablaba-. No puedes expulsarles del refugio porque Davina sabe quiénes son esos tipos.

Una hora más tarde, en la Sala de Mando se reunían los adultos encargados de la dirección del refugio alrededor de la mesa en una conversación muy acalorada.

-¡Yo no estoy dispuesta a ceder al chantaje de esos mocosos desagradecidos! -exclamaba una de las habitantes dando un golpe con contundencia en la mesa-. Hace un rato querían expulsar a esos franceses y ahora han sacado a una de ellos de la cuarentena. Si a partir de ahora se van a permitir este tipo de acciones sin consecuencias en el refugio, dejadlo claro porque me voy con mi familia a otro lugar en el que pasar el invierno.

-Oh, es que va a haber consecuencias -aseguró Ricardo al que le brillaban los ojos de ira-. Yo digo que les sigamos la corriente hasta que se despisten y dejen las armas. Y entonces les enseñamos a esos descastados quién manda aquí.

-Pero reflexiona querido Ricardo -le respondió Orión-. Podríamos sin duda hacer lo que dices, pero si les engañamos sufriremos las consecuencias más tarde. Este refugio caerá como ha pasado con otros antes, si no podemos convivir los unos con los otros. Ellos han lanzado un desafío, puede que de la manera equivocada. Pero no podemos ignorarlo y esperar que no hayan consecuencias.

-Tú déjamelos a mí. Que después de la tunda que les voy a dar se les van a quitar las ganas de jugar a los golpistas -insistió el granjero-. ¡Malditos golfos! Hacer esto justo cuando hemos perdido a Román y Diego por salvarles...

-Por supuesto que les salvaron. Eran sus hijos. Y tenemos que recordar que no son

nuestros enemigos. Y aunque no dudo de tu capacidad de convencer a alguien con un par de sopapos, te recuerdo que muchos de ellos han dejado atrás la adolescencia. Su capacidad física no es como para tomársela a broma.

-¿Pero que nos estás queriendo decir Orión? -saltó otro habitante indignado-. ¿Quieres que pasemos por alto esta afrenta?

-No. Lo que sugiero es que cedamos parte de nuestro poder y permitamos que ellos también tengan voz en este refugio.

Ricardo fue a replicarle algo pero Orión le pidió con un gesto que le dejara continuar:

-Los adultos siempre pensamos que poseemos la realidad absoluta y que los jóvenes son irresponsables y toman malas decisiones. Pero eso son solamente prejuicios. Hay que tener en cuenta que ahora mismo tenemos a varios jóvenes muy, muy enfadados y ansiosos por tomar venganza. Por otra parte, las extrañas circunstancias en las que fallecieron nuestros amigos, hacen pensar que quizás sea el momento de dejar de hacer oídos sordos a las nuevas voces que sugieren cambios en el panorama exterior. A mí también me parece buena idea investigar si realmente hay alguna amenaza ahí fuera que ponga en juego nuestra estabilidad.

-Pero Orión. El invierno llegará cuando menos lo esperemos y nuestros esfuerzos deberían centrarse en nuestra supervivencia. No en acabar con quimeras invisibles ahí fuera -replicó una de las encargadas del huerto.

-Y estoy seguro de que si sabemos escuchar sus propuestas ellos serán capaces de respetar también las nuestras... -dijo Orión que tomó aire antes de continuar-. Mirad amigos. estamos en un punto de inflexión. Muchos refugios se han venido abajo precisamente porque no han sabido afrontar los problemas de la convivencia. Yo quiero seguir conviviendo, y eso significa aceptar los cambios.

Mientras tanto, en el ala opuesta del refugio, Teo había convencido a Aníbal de que antes de cometer cualquier locura hablara con Davina. Habían sacado a la chica de la cuarentena sin hacer caso a las advertencias de los encargados de salud del refugio. La habían llevado a la sala común para interrogarla y ella estaba algo cohibida ante toda aquella atención inesperada.

-Cuéntanos lo que me dijiste a mí -le animó Teo a hablar.

-No se Teo.... -dijo sofocada mirando a los rostros que la observaban con suspicacia-. Estoy un poco “negviosa”.

-Si no tienes nada que decirnos de utilidad, tú y tu familia vais a ir derechos a la calle -le amenazó Aníbal en tono hostil.

La muchacha tragó saliva y retorció el bajo de la blusa que llevaba puesta hasta que se le pusieron los nudillos blancos.

-Está bien. Os “contagué” lo que sé -dijo al fin-. Hace un tiempo que crece por toda “Eugopa” una especie de “gueligión” nueva. Se hacen “llamag” la “Hegmandad” de los Siete Sellos -viendo que tenía toda la atención de sus interlocutores continuó-. Se basan en la interpretación de una “pagte” de la Biblia. Al “paguecer” había un libro “cegado” “pog” siete sellos mágicos que solo el “cogdero” de Dios era capaz de abrir. Y cuando lo hacía, desataba el Apocalipsis. Pues bien, hay un “lideg” que consiguió “abrig” algunos de los sellos del libro y desató toda la devastación que ha habido en estos años. Y los miembros de esta “gueligión” “venegan” a los fenómenos “atmosféguicos”.

-Espera, espera, espera -interrumpió Aníbal que no daba crédito a lo que oía-. ¿Me estás diciendo que crees que todos los cambios climáticos los produjo un hombre al abrir un libro?

-No “clago” que no -contestó ella con rapidez-. “Pego” eso es lo que ellos piensan que pasó.

-Pero no entiendo qué tiene que ver esa historia con lo que pasó en tu refugio o a nuestros padres -intervino Dana que también estaba algo confusa.

-Pues que ellos piensan que el Apocalipsis fue iniciado, “pego” los “segues” humanos se confabularon con el Anticristo “paga” ser la única especie que “desafiaga” el mandato de Dios. Mientras los “segues” humanos sigan bajo la “Tiega”, no se “abrigá” el séptimo sello y Dios no nos “salvagá”. Así que los seguidores de la “Hegmandad” están llegando a todos los “guefugios” para matarnos a todos. Ellos no temen a la “muegte”. *Italie* y *Autriche* son casi suyas. Y están cerca de “hacegse” con France. Y luego vendrán aquí.

-Pero porqué tú sabes eso, y cómo es que nosotros no nos hemos enterado hasta ahora -inquirió Aníbal que no estaba seguro de creerla o no.

- Un tipo vino a “contágnoslo”. Dijo que había estado viajando y había encontrado a un grupo de “guesistencia”. Le habían encomendado “avisag” al “guesto” de

comunidades. “Pego” el “gufugio” donde yo vivía “ega” pequeño y nadie quiso creerle. Le tomaron “pog” un loco.

-Oye Davina, tengo una pregunta -dijo Teo-. Si estos tipos actúan como simples asaltantes de caminos, ¿cómo podrías diferenciarlos?

La chica pensó por un momento la respuesta, hasta que pareció dar con la solución.

- Dijo que tienen un tatuaje en su cuello -contestó. Aníbal y Teo intercambiaron una mirada.

-Entonces parece que han llegado hasta aquí -dijo Aníbal suspirando-. Ellos fueron los que nos atacaron -Aníbal se levantó de la silla en la que estaba sentado y se puso a dar vueltas como un león enjaulado.- No me puedo creer que esto esté pasando delante de nuestras narices y no estemos haciendo nada para impedirlo -dijo y se dirigió a sus amigos-. Pero esto acaba aquí. Este refugio va a empezar a hacer algo para detenerlos, aunque sea lo último que haga.

-¿Y por dónde empezamos? - le preguntó Óliver.

-Si hay alguna de esas ratas paseando por nuestro territorio. La encontraremos.

Choque de realidades

Ya hacía tres semanas desde que las autoridades del refugio habían llegado a un acuerdo con los insurgentes para aceptarles en la Sala de Mando. Aníbal y el resto se habían encontrado con muchas caras largas que habían votado en contra de permitirles la entrada. Una vez dentro, los jóvenes habían votado por unanimidad crear partidas nocturnas para peinar los alrededores del refugio y conseguir atrapar a algún miembro de la Hermandad, si es que había alguno cerca. Una parte del grupo de los adultos se había mofado de la mera existencia de un grupo como ese y habían esgrimido argumentos en contra para intentar paralizar aquellas partidas.

-No es la primera vez que hemos intentado acciones contra asaltantes de caminos buscándolos ahí fuera. Aunque vosotros por supuesto eráis demasiado pequeños para recordarlo -manifestó Ricardo con desprecio-. Y no sirvió para nada, porque los tipos que viven fuera del refugio tienen el culo curtido en el fango y conocen la calle mejor que cualquier bebé de refugio.

Pero a pesar de los intentos de desalentarlos, los jóvenes se habían mantenido firmes en su intención de organizar estas partidas. Finalmente llegaron a un acuerdo cuando se convino que los habitantes del refugio que quisieran participar en las partidas asumían eliminar un 10% de su adjudicación alimentaria por desatender el resto de sus tareas asignadas. Esta medida fue considerada como gravemente injusta por muchos, pero terminaron por aceptarla convencidos de que el tiempo les daría la razón.

Las partidas nocturnas estaban compuestas mayoritariamente por los más jóvenes del refugio. Con un mapa en la mano se encargaron de peinar cada noche los alrededores. Encontraron en las ciudades y pueblos colindantes rastros de paso humano. Pero no podían asegurar que no se tratara de la huella dejada por habitantes de otros refugios.

Emplearon todo tipo de artimañas para intentar atraer a estos asaltantes. Usaban un señuelo, llevando a unos pocos a zonas donde de forma fácil podían ser objetivo de un asalto, mientras un segundo grupo más numeroso esperaba a la sombra dispuesto a atacar ante el menor indicio de movimiento. Incluso habían probado a volver al mismo

centro comercial en el que habían ocurrido los fatales acontecimientos. Pero hasta entonces todos sus esfuerzos habían sido infructuosos. Los jóvenes empezaban a sentirse frustrados y algo señalados. Si no conseguían encontrar nada que justificara todo el tiempo y los recursos utilizados para encontrar a esos individuos, serían el hazmerreír del refugio. Ya empezaban a sentir las miradas burlonas de sus detractores que no necesitaban abrir la boca para transmitirles que ellos ya sabían que no iban a encontrar nada.

En su vigésimo segunda noche de rastreo, Aníbal estaba especialmente tenso después de otra jornada en la que parecía que no iban a encontrar ningún rastro fiable. Desde la noche en que habían muerto su padre y su hermano, no había logrado conciliar más de 3 horas de sueño seguidas. En cuanto cerraba los ojos soñaba con el asesinato de su familia y con muchedumbres que le acosaban y se mofaban de él. Ante la falta de sueño, la presión por haber iniciado toda aquella revolución en Marinaterra y la frustración creciente, poco a poco sus amigos notaban cómo iba perdiendo la razón.

-La L -dijo Óliver mirando atentamente a través de sus gafas.

-Hay 3 letras L -contestó Lucía escribiéndolas en los espacios de la palabra misteriosa.

-¿Y has dicho que es una película? -preguntó Óliver rascándose la barbilla-. Es que no la consigo ver.

-Venga, ¡pues sigue probando con más consonantes! -le ánimo la niña entusiasmada.

-¿Me puedes explicar por qué cojones nos hemos traído a estos dos? -preguntó Aníbal frotándose las sienes muy malhumorado. Estaba sentado a los mandos del camión.

-¡No lo pagues con nosotros! -le contestó Oliver-. Solo estamos entreteniéndonos un rato. Total, no tenemos nada mejor que hacer.

-¡Es que esto no es un puto juego! Si no vais a servirnos para nada os podéis quedar en el refugio.

-Oye que yo estoy tomando notas de todos los lugares que vamos visitando y todas las cosas que encontramos -dijo Lucía señalando su libreta con tono orgulloso.

-¿A sí? -le preguntó con escepticismo-. ¿Y hasta ahora que tienes ahí apuntado?

Lucía echó para atrás las páginas de su libreta y se puso a evaluarlas con aire pensativo mientras mordisqueaba la punta del lápiz.

-Bueno, tengo una lista de lugares en Barcelona, Gerona y Lérida donde hemos encontrado ciertos rastros que nos pueden hacer pensar que quizás tengan lugares bajo control. Pero no tenemos nada concreto que indique que no sean asaltantes de camino o personas de cualquier otro de los refugios -recitó de carrerilla.

-Gracias, ha sido increíblemente útil -le contestó con hastío.

-Tío relájate. Estoy seguro de que al final encontraremos algo -dijo Teo queriendo creer sus propias palabras.

-¿Es La Guerra de las Galaxias? -probó Óliver muy concentrado.

-¡Cooorrecto! -dijo Lucía encantada.

-¡Dadme esa puta libreta! -vociferó de pronto Aníbal soltando el volante y lanzándose al sillón trasero. Arrebató el cuaderno de manos de la niña y lo lanzó por la ventana.

-¡Pero qué haces tonto! -le recriminó la pequeña ofendida-. Ahora si la encuentran sabrán que les estamos buscando.

-¡No va a encontrar nadie tu libreta de mierda porque aquí no hay nadie! ¿te enteras? -le chilló y golpeó con fuerza el volante con rabia.

De pronto el coche empezó a tambalearse como si fuera una bestia convulsionando y Aníbal perdió el control del vehículo.

-¿Qué diablos está pasando ahora? -exclamó y pisó a fondo el pedal de freno para detener el camión. Pero la tierra a su alrededor siguió temblando de forma violenta.

-¡Es un terremoto! -exclamó Lucía señalando hacia la calle.

Iluminado por los faros del coche, presenciaron en primera persona cómo las farolas y los edificios de la calle por la que transitaban se agitaban con furor. Se encontraban en Solsona, un pequeño municipio al noreste de Marinaterra que todavía no habían revisado. Observaron en silencio cómo caían cascotes de los edificios ruinosos que pasaban a cubrir aún más la calle de escombros.

-Tío. Gira. Venga. Vamos. Da la vuelta que nos vamos a quedar atrapados -le urgió Óliver agitándole el hombro-. Venga vamos tío.

-Que te estés quieto -le gruñó apartando su mano. Pero Óliver siguió insistiendo y Aníbal volvió a incorporarse por encima del sillón para alcanzarle-. ¡Voy a partirte la

cara payaso! ¡no te soporto más! -pero un gran estruendo seguido de un momentáneo destello de luz le contuvo.

-Es ...¿un cometa? -se preguntó Teo compungido recordando a su padre.

-Un cometa... -repitió para sí misma Lucía.

-¡No ha sonado como un cometa, y lo que quiera que sea ha pasado aquí cerca! ¡Puede que sean ellos! -exclamó Aníbal obcecado cogiendo de nuevo el volante. Pisó a fondo el acelerador y salió a la carrera siguiendo la torre de humo que se dibujaba entre los ruinosos edificios. Condujo a toda velocidad por aquellas oscuras calles que se desmoronaban a su paso siguiendo a la nube negra que cada vez parecía más y más grande alzándose por encima de las construcciones. Toda ella enmarcada por un fulgor que se hacía más claro conforme se acercaban. Cuando finalmente llegaron hasta allí detuvieron el camión y observaron el espectáculo en silencio.

Una gigantesca pira de fuego en descontrol crepitaba de manera amenazadora. No encontraron una explicación exacta para el inicio de aquel fuego. Parecía que el terremoto había derrumbado el edificio contiguo encima de una gasolinera abandonada, rodeada de coches desvencijados y de alguna manera había surgido una chispa que habría prendido fuego al lugar. Los cuatro se quedaron unos minutos admirando aquel espectáculo sin articular palabra. El fuego era tan alto y se propagaba con tanta rapidez que convertía a la pequeña ciudad en el lugar más iluminado de Cataluña. Aníbal no podía evitar sentirse decepcionado. No hacía más que equivocarse una y otra vez.

-Bueno, en fin. Será mejor que nos vayamos. Aquí no hay nada que hacer –dijo Aníbal activando de nuevo la llave del camión, pero Lucía le puso la mano en el hombro.

-Un segundo. Podrías aparcar en esa calle que no está iluminada por las llamas y apagar las luces del camión por un rato.

-¿Para qué? No tenemos tiempo de quedarnos mirando el fuego.

-Algo me dice que si hay alguien de esa Hermandad por aquí, vendrán a ver la explosión cómo hemos hecho nosotros.

-Pues no estoy de acuerdo -le contradijo Óliver-. Hay cientos de explosiones todo el rato. ¿Porqué iban a acercarse a esta?

Aníbal decidió hacer caso a la adolescente y aparcó el camión con las luces apagadas como le había indicado. Solo para llevarle la contraria a Óliver que resopló de aburrimiento en cuanto lo hizo. Esperaron pacientemente observando el bailoteo de

las llamas hasta que empezaron a ver cómo por algunas zonas se iba extinguiendo. Tenía pocas probabilidades de llegar a convertirse en un gran incendio dado que no había mucho que prender alrededor y aquella era una noche en la que apenas corría algo de viento. Llevaban un rato allí parados cuando les llegó de lejos el rumor de un motor. Era un sonido débil y Aníbal tuvo tentaciones de ponerse en marcha para ir hacia él, pero la niña insistió en esperar. Todos sostuvieron con firmeza sus rifles preparados para atacar si era necesario. El ruido del motor fue aumentando progresivamente hasta que lo vieron aparecer por una calle contigua. Se trataba de un viejo utilitario eléctrico, un modelo poco robusto para ser usado en aquellos días. Les pareció divisar en su interior a solo dos ocupantes. El coche desfiló por delante de aquel incendio aminorando su marcha, pero sus ocupantes no parecían dispuestos a detenerse.

-¡Vamos a por ellos! -exclamó ansioso Aníbal.

-¿Pero y si no son de la Hermandad? -preguntó preocupado Óliver-. ¿Y si son de otro refugio?

-¡Son ellos! -dijo con convicción Lucía.

Aníbal no necesito escuchar más opiniones. Puso en marcha el motor del monstruo camión, encendió las luces y pisó el acelerador a fondo. En cuanto sus enormes faros iluminaron aquel vehículo, éste aceleró de inmediato.

Comenzó una carrera a toda velocidad por las sombrías calles de Solsona. El utilitario se movía con más agilidad entre los cascotes que el camión, pero también era un coche muchísimo menos seguro. Teo accionó la trampilla que abría el techo del camión y salió por el agujero apuntando hacia las ruedas del vehículo y comenzó a disparar ráfagas de balas. En el asiento de atrás, Lucía y Óliver abrieron sus ventanillas e hicieron lo propio asomados a ellas. Las balas fueron impactando en la débil carrocería del utilitario que fue poco a poco llenándose de agujeros. El conductor del coche conducía en zig zag y avanzaba por los caminos más estrechos que podía. Era evidente que conocía bastante mejor que ellos las calles de aquella ciudad. Aníbal conducía fuera de sí, obcecado en no perder ni por un segundo de vista el coche. Doblaba las esquinas con tal fiereza que en una curva rozó con la carrocería un edificio y casi derriba a Teo.

Finalmente una de las balas impactó en la rueda trasera y el vehículo empezó a tambalearse. El conductor pareció perder el control del coche y éste comenzó a dirigirse a toda velocidad contra el muro de un edificio. Los ocupantes no hicieron esfuerzo alguno por tratar de enderezar el volante si no que parecían dispuestos a

estamparse. Aníbal pisó el freno en seco haciendo que todos se agarran para no caer hacia delante y observaron al coche estrellarse sin remedio.

Armado con su rifle y su linterna, Aníbal bajó de un salto y corrió hasta el vehículo siniestrado. Apuntó con su linterna al interior de la carrocería que se había estrechado como si de un acordeón se tratara. Los dos ocupantes yacían sangrando en el interior. Aníbal abrió la puerta desfigurada y tiró del cuello de la camisa del conductor para sacarlo fuera. La reconoció de inmediato. Aquel hombre llevaba la misma marca tatuada que los que habían agredido a su familia. Aníbal no pudo evitar dar un grito de júbilo. Sacaron al otro pasajero del vehículo y observaron que también tenía la misma marca en el cuello. Lucía sacó su cámara y se dispuso a fotografiar toda la escena. Rebuscaron tanto en los bolsillos de los ocupantes, como por todos los escondrijos del vehículo, cualquier objeto que pudiera arrojar luz a aquel asunto. Abrieron el maletero y encontraron armas y objetos de interés. Una caja que contenía varios documentos que les relacionaba directamente con la Hermandad.

- ¡Eh oye! -les advirtió Teo-. ¡Este tío está vivo!

El copiloto al que estaba inspeccionando los bolsillos todavía respiraba, aunque permanecía inconsciente.

-Metedlo en el camión -ordenó Aníbal-. Nos lo llevamos para el refugio a ver si podemos reanimarle y hacerle cantar –dijo sintiéndose satisfecho por primera vez desde hacía semanas.

La Hermandad de los 7 sellos

Aquella noche el grupo volvió victorioso a Marinaterra celebrando de forma eufórica el éxito de la campaña. Algunos de los más veteranos se mostraron reacios a tan prontas celebraciones. Solo Orión dejó el escepticismo a un lado para mostrar su sincera curiosidad hacia el rehén que habían capturado.

El prisionero fue trasladado de inmediato a la enfermería del refugio para tratarlo. Su diagnóstico resultó favorable, y el equipo médico dictaminó que sus contusiones en la cabeza no revestían gravedad. Muchos fueron los que mostraron interés en ver con sus propios ojos los objetos rescatados del vehículo siniestrado. De entre todos los objetos, el que más llamó la atención de Orión fue un librito impreso con una delicada caligrafía y cuyo idioma identificó como Italiano. Le pareció que se trataba de una especie de manual de oraciones y rituales y se relamió pensando en lo mucho que disfrutaría traduciéndolo al castellano con ayuda de un diccionario.

Teo desenrolló el primero de los planos y descubrió que se trataba de un mapa físico de la comunidad en que ellos se encontraban. Estaba lleno de marcas y anotaciones, muchas de ellas ininteligibles. Pero otras las reconocieron como las posiciones de refugios de la zona. Pero aquel no fue el único mapa que encontraron. También se encontraron otros de Italia y Francia. Tras examinarlos por unos minutos, llegaron a la conclusión de que la diferencia de anotaciones indicaban que los refugios habían sido tomados. En aquellos mapas encontraron más refugios asaltados que los que quedaban en pie.

-Aquí estaba nuestro “gufugio” -señaló con tristeza Davina en el mapa uno de los refugios marcados con una X.

-¿Porqué en el tuyo hay una X y en otros una especie de casa dibujada? -preguntó Teo al observar que algunos de los refugios tomados aparecían señalizados de manera distinta.

-“Diguía” que marcan con X los “gufugios” que quedan inútiles. Los que no pueden

“seg” usados más.

Tras analizar minuciosamente el mapa, Davina pidió un lápiz e hizo una marca en un pequeño área alrededor de Estrasburgo.

-“Pog” aquí dijo que se estaba organizando la “guesistencia”.

-¿Y no conocen ese lugar? -preguntó Orión sorprendido viendo lo controlados que tenían al resto de refugios.

-No. Al “paguecer” están en un viejo “fuegte” de hace siglos.

-Es increíble que viva gente tan al norte -comentó Lucía-. No me quiero imaginar lo que debe ser tener que pasar un invierno allí.

-Se dice que hay gente que vive mucho más al norte querida -dijo Orión con ojos soñadores-. Pero poco sabemos de sus formas de vida desde las Guerras Climáticas.

-¿Guerras climáticas? -preguntó Ricardo, que poco a poco había ido acercándose al grupo con curiosidad-. ¿De dónde te has sacado ese nombre?

-Algún día se volverán a escribir libros de historia sobre los sucesos acaecidos en nuestros tiempos -dijo Orión sonriente-. Yo voy proponiendo nombres.

-Pero Orión, si tú ya los estás escribiendo ...- empezó Lucía, pero Orión la silenció llevándose el índice a los labios y guiñándole un ojo.

Junto a los mapas encontraron también las agendas con los datos de identificación de sus dueños. El que tenían recuperándose en la enfermería era un tal Gerardo, que por lo que leyeron había sido designado como “merodeador” en la zona noreste de la península. En las agendas encontraron escritos cientos de datos recabados de cada uno de sus viajes.

También revisaron el archivo de la cámara fotográfica que llevaba. La inmensa mayoría de fotos mostraban imágenes de lugares que carecían de interés para ellos. Se encontraron con las ruinas de varias ciudades fotografiadas casi al completo. También con fotografías de algunos refugios, incluido el de Marinaterra. El nombre de una de las carpetas les llamó la atención. La había denominado: “manifestaciones del Señor”. Al principio no entendieron qué era exactamente lo que estaban viendo sus ojos en unas fotografías que no parecían mostrar más allá que diferentes paisajes. Pero cayeron en la cuenta que lo que querían plasmar eran los fenómenos meteorológicos. Así fueron encontrando instantáneas de cráteres, grandes tormentas eléctricas, objetos diversos

volando a causa del viento... En algunas de ellas incluso salía alguna persona posando frente a ellos, incluido el dueño de la cámara que se recuperaba en la enfermería.

-¿Es así como supiste que teníamos que esperar junto a la gasolinera verdad? -preguntó Aníbal de pronto mientras seguía pasando las fotos con el ratón.

Lucía enrojeció y asintió con la cabeza.

-Sí -contestó con timidez-. Tenía apuntado en la libreta todo lo que nos contó Davina. Y cuando Teo mencionó el cometa, pensé que eso era lo único diferente que había pasado la noche en que os atacaron.

-Y pensaste que quizás ellos creerían como yo que se podía tratar de un cometa -finalizó Teo.

-Buen trabajo. Me alegro de que estuvieras en nuestro equipo -la felicitó Aníbal. Felicitación a la que se unieron el resto de los congregados. La adolescente se sintió enrojecer aún más, orgullosa de sí misma.

En otra de las carpetas encontraron unas imágenes que les sobrecogieron. Era un reportaje de cómo había quedado un refugio después de un asalto. Observaron con horror pilas de cuerpos, trozos de miembros y charcos de sangre en medio de un escenario de destrucción. Otras imágenes mostraban cómo habían creado una montaña con los cadáveres y les habían prendido fuego. En una de las fotografías algunos de los macabros asesinos posaban sonrientes delante de la hoguera de cadáveres.

Aníbal reconoció dos de los rostros que sonreían satisfechos delante de aquella masacre. Uno de ellos, enjuto y con cara de alimaña, era el conductor del vehículo que se había estrellado en Solsona hacía tan solo unas horas. Y Aníbal sintió una sacudida de odio cuando reconoció a aquel rubio que le había encañonado en la azotea. Aquella sonrisa burlona con la que soñaba todas las noches volvió a aparecer delante de él.

-Pasemos estas fotografías tan desagradables anda -pidió Orión viendo los rostros horrorizados de algunos de los más jóvenes.

Aníbal las quitó a regañadientes y pulsó el único archivo de vídeo que contenía la cámara. Era una grabación de pobre calidad en la que se veía al conjunto más grande de personas juntas que habían visto jamás. Lo que más les chocó, fue verlos bajo lo que indudablemente parecía la luz directa del sol. Todos se reunían alrededor de una preciosa plaza donde un hombre de túnica roja daba un discurso en italiano que apenas se escuchaba.

-¿Cómo pueden estar a plena luz del día en la calle y todos amontonados? -preguntó Dana impactada-. Se tendrían que estar muriendo de calor. Ardiendo vivos.

-Es muy extraño... -comentó Orión observando fijamente las imágenes mientras se mesaba sus largos bigotes-. Esto cada vez se pone más misterioso.

Dos días tuvieron que esperar hasta que Óliver fue corriendo a avisar al resto de que el rehén que habían tomado se había despertado. A pesar de la opinión contraria de buena parte del refugio, llevaron al prisionero a la sala donde solían entrenar para torturarlo. Ya había dado sobradas muestras de que no pensaba abrir la boca voluntariamente, e incluso en un descuido lo encontraron intentando coger una de las tijeras de la enfermería para suicidarse. Tras una ardua discusión con algunos de los miembros de Marinaterra, Aníbal y los suyos reclamaron su derecho de hacer lo que quisieran con su retenido.

Bruno se ofreció inmediatamente a hacerlo, como si fuera un privilegio que no quería que nadie le arrebatara. Siempre había sentido especial satisfacción por las quemaduras. Uno de sus entretenimientos habituales consistía en echarse cera derretida por su propio cuerpo y esperar a que se enfriara. Así que en cuanto tuvo la oportunidad de experimentar con otra piel, comenzó calentando un arma blanca en la llama de una vela y produciéndole pequeñas quemaduras alrededor del cuerpo. Los alaridos que profería aquel hombrecillo ponían los pelos de punta a los habitantes que pasaban por delante de la sala de entrenamientos. Pero la moral del rehén tardó mucho tiempo en desmoronarse. Bruno no lo dejaba descansar más de un par de horas al día. Cuando a veces le dejaba dormitar en la silla en la que estaba atado, aparecía de pronto y volvía a empezar.

Al cabo de tres días de tortura ininterrumpida, Aníbal fue a visitarle y se encontró su cuerpo cubierto de llagas de color encendido. No sintió ni un asomo de lástima después de lo que le había visto hacer en sus fotos. En cuanto llegó a la sala, Aníbal se dirigió a él y lo agarró de la cara para que lo mirara. Parecía estar en un estado de semiinconsciencia.

-Hoy tienes un aspecto de mierda Gerardo -le dijo evaluándolo con desprecio.

-Mátame ya -le dijo el hombre sacando fuerzas para hablar.

-Que más quisieras tú -le contestó-. No vas a morir porque a mi amigo le encanta el fuego y tú nos importas una mierda a ninguno de los que estamos aquí. Así que vamos a dejar que se siga divirtiendo todo lo que quiera... A no ser claro, que nos cuentes

todos los detalles de esa sucia secta a la que perteneces.

-¡Límpiate la boca antes de hablar de lo que no sabes niño! -le espetó con renovadas fuerzas producto de la rabia-. Ningún Hermano traicionará a los suyos -entonces el hombrecillo miró al cielo y comenzó a hablar más alto-. ¡Sálvame señor, soy uno de tus fieles soldados!

-Cuanto antes hables antes saldrás de aquí -le dijo, pero Gerardo empezó a elevar más y más el tono de voz para no escucharle.

-¡La marca de la muerte está viniendo hacia aquí y nada podrá detenerla! ¡ Soy tu más fiel seguidor Señor, dame fuerzas para soportar esta pesada carga!

Aníbal se hartó de escucharle e hizo un gesto con la mano a Bruno que volvió a acercar la punta de su cuchillo a la vela para aplicarla de nuevo sobre él. Los chillidos volvieron a resonar en el refugio.

Dos días más, y su moral se desvaneció por completo. El prisionero se encontraba totalmente desmoronado y él mismo pidió ser interrogado con tal de que le apartaran de Bruno. En cuanto tuvieron documentada toda la información que le pudieron sacar, se convocó una reunión en el refugio a la que todo el mundo quiso asistir. Teo se erigió como portavoz y explicó con detalle el resultado de la entrevista al reo. Se ayudó de una pizarra para esquematizar la jerarquía de aquel grupo.

-En el punto más alto tenemos al líder. Ese mismo que vimos en las imágenes del vídeo. Gerardo lo llama "su santidad", Gabriele -explicó entrecomillando con los dedos-. Vive en Epifanía, un lugar que describe como una ciudad dorada que es un pequeño paraíso en la Tierra. Según él, allí Dios no es cruel con los humanos. Y pueden vivir al aire libre como los habitantes del pasado.

-¡Eso no es posible! -exclamó uno de los habitantes.

-¿Dónde está ese lugar si puede saberse? -preguntó una mujer.

-Dice que está a unos cuantos kilómetros de Roma -contestó el joven.

-Yo estuve por allí hace no más de 10 años -intervino otro de los habitantes-. Y Roma fue completamente destruida, como cualquier otra de nuestras ciudades. Allí no hay ningún clima especial.

-El chico solo está transmitiendo lo que le han contado -le defendió Orión con la barbilla descansando sobre sus dedos índices-. Y no nos olvidemos de las imágenes

que vimos. Por favor, prosigue Teo.

-Gracias -le contestó aliviado-. Todos los Hermanos, que es como Gerardo llama a sus compañeros, migran de vez en cuando a Epifanía para asistir a alguna de las misas, pero normalmente viven en la carretera. Se mueven entre los refugios que han ido conquistando. Que según Gerardo son innumerables. La información se transmite de refugio en refugio. En ellos conocen a otros miembros y se organizan en grupos para colaborar unos con otros. Son fundamentalmente nómadas.

-¿Pero quién les da las órdenes? ¿les dirige ese santurrón? -preguntó Ricardo con interés.

-Hay unos soldados de rango superior a los que llaman comandantes. Hay varios asignados por cada zona y se reúnen en los refugios asaltados. Allí crean estrategias, planean asaltos, distribuyen las tareas y recuperan la información de los "merodeadores".

-¿Y cual es el objetivo de esos bastardos? -preguntó enfurecido Ricardo-. ¿Hacerse con el control de todos los refugios del mundo? ¿Porqué no dejan vivos ni a los niños esos miserables?.

-Gerardo ha reafirmado lo que nos contó Davina -prosiguió-. En teoría, cuando acaben con todos los humanos de la Tierra, harán una ceremonia en la que Dios pondrá fin al Apocalipsis, y salvará a quienes le hayan ayudado. Aunque parezca absurdo, lo que me ha parecido entender de esa celebración es que se suicidarán en masa.

-Madre mía -intervino una mujer-. Tanta masacre para terminar suicidándose. Podrín haber empezado por ahí.

-Sí, ya es mala suerte -afirmó Teo-. De todas las religiones que se pueden crear, tenía que extenderse una violenta.

-Es la forma más fácil de que se extienda una religión -comentó Orión-. Tenemos que empezar a actuar antes de que sea demasiado tarde

-Empezaremos por fortificar Marinaterra -declaró Ricardo-. Pero no solo eso. Tenemos que pensar en estar preparados para atacar.

-No estamos preparados para hacer frente a un ejército. Pero si avisamos al resto de refugios de la península y nos unimos, podríamos tener una oportunidad -intervino Isabel.

Comenzó a propagarse por la sala un murmullo que iba aumentando de volumen mientras todos daban su opinión sobre cuál era la mejor estrategia para ellos. Aníbal había permanecido toda la reunión en silencio y de brazos cruzados, perdido en sus propios pensamientos. Desde que rescataran al prisionero aquella noche, una idea había estado rondándole la cabeza. En medio de aquella discusión por fin se atrevió a decirlo en voz alta. Se levantó de la silla y llamó la atención del refugio que dirigió sus miradas hacia él.

-He decidido infiltrarme en la Hermandad y asesinar a su líder -informó sin más y volvió a sentarse.

Tardó unos segundos en llegar ,pero un clamor de reprobación se alzó entre los asistentes.

-¡Estás completamente loco! -exclamó alguien.

-Es algo que merece la pena intentarse -defendió Aníbal-. Si tuviéramos a alguien entre ellos podríamos anticiparnos a sus movimientos, y saber exactamente cómo actúan. Y si consigo matar a ese Gabriele, conseguiremos desmontar desde arriba la organización.

-¡Pero no saldrías de esa vivo chico! -le dijo Ricardo.

-No me importa -aseguró él-. Si no hacemos algún movimiento drástico que equilibre un poco la balanza no seré el único que muera. Y si puedo acercarme lo suficiente a ese iluminado...- dijo regodeándose en ese pensamiento-. Sin duda habrá merecido la pena cualquier cosa que me pase.

El comienzo de un viaje

Durante las semanas posteriores, toda la actividad habitual del refugio se volvió patas arriba. Desde que se celebrara la reunión, una gran parte de los esfuerzos se centraron en construir una estrategia de defensa. Ponerse en contacto con refugios vecinos y en buena medida, a preparar el plan de infiltración.

Muchos habían sido los que habían querido adherirse al viaje. Los primeros en ofrecerse fueron los hermanos, que con una sola mirada supieron que estaban pensando lo mismo. Bruno también se había mostrado muy dispuesto a sumarse, pero Aníbal le había convencido de que no lo hiciera con buenos argumentos.

-Si nos vamos todos los tipos duros, ¿quién defenderá el refugio? ¿Óliver? -bromeó.

Prepararon concienzudamente los detalles del papel que tendrían que aprenderse y asumir a partir de ahora. Orión, que era realmente bueno dibujando, practicó hasta saber emular a la perfección el tatuaje que copió del cuello del prisionero. Y después, cogió aguja y tinta y se puso manos a la obra. El mismo llevaba muchos tatuajes por el cuerpo, y agradeció tener al fin otras pieles con las que practicar su habilidad. El símbolo eran dos espadas cruzadas que formaban una cruz, rodeada de siete estrellas.

Se crearon identificaciones falsas, editaron las imágenes de las cámaras para incluirse ellos mismos en ellas y estudiaron al milímetro toda la información que habían recolectado. Crearon historias que justificaran cómo habían llegado a la Hermandad. Incluso se esforzaron en asimilar las oraciones que le escuchaban a Gerardo, quien enrojecía de ira sabiendo que le estaban utilizando para ese cometido. Pero solo ante la amenaza de que Bruno se le volviera acercar, se convertía en un colaborador dispuesto.

El día en el que decidieron partir a las siete de la tarde, todo el refugio se reunió en el garaje para despedirse. Teo y Dana se despidieron con cariño de todo el mundo. Su madre, aunque no quería dejarlos ir, les aseguró que se encontraba tan orgullosa de ellos como lo habría estado su padre. En cambio, Aníbal estuvo algo distante durante

todo aquel momento. La tensión que había acumulado las últimas semanas con muchos de los habitantes, hacía que se sintiera algo ajena al calor de aquella despedida. Ricardo en cambio, adelantó un paso y le tendió una gigantesca mano que éste estrechó con cierta sorpresa.

-Tenía mis dudas sobre ti chico. Pero has demostrado que tienes las mismas agallas que tu padre y tu hermano. Ha sido un honor conocerte -le dijo. Aníbal se emocionó ante aquellas palabras pero evitó dar muestras de ello. Orión también se lo llevó aparte para mantener unas palabras con el joven.

-Lo que te ha dicho Ricardo es totalmente cierto. Lo que estás apunto de hacer por defender a tu refugio es digno de admiración -le dijo y posó una mano surcada de arrugas sobre su hombro-. Solo quiero que recuerdes una cosa Aníbal. Yo tengo tantos años que recuerdo la desaparición de la Luna. Y en todo este tiempo, no he conocido la maldad ni la bondad absolutas. He visto a gente que habría calificado de buena hacer cosas muy malas, e incluso a veces he visto justo lo contrario... -el hombre hizo una pequeña pausa en la que pareció recordar algo, y después continuó-. Lo que te quiero decir es que es más fácil de lo que parece traspasar la línea y terminar haciendo eso que no nos gusta y despreciamos en el otro. Vigila la línea Aníbal. Y cuídate -le dijo dándole un abrazo que el chico no se esperaba. Aníbal respondió a aquel estrujón como si fuera su primera vez y no supiera cual era el procedimiento.

En cuanto la puerta se abrió y la Pantera Negra comenzó a avanzar por el camino de tierra, Aníbal no pudo evitar la tentación de abrir la ventana para disfrutar de aquel tortazo de calor. Los tres estaban tan entusiasmados que en cuanto se alejaron del refugio no pudieron reprimir gritos de júbilo hacia aquel cielo plagado de estrellas. Aunque se dirigían a una misión que probablemente no terminaría bien para ellos, se sentían más libres y vivos que nunca.

Condujeron toda la noche y pasaron buena parte de la mañana a la sombra de una vieja catedral, mientras que fuera desplegaron los paneles solares. Preferían conducir por las noches para que el camión, aunque estuviera acondicionado para refrigerarse a pesar de las altas temperaturas, no sufriera tanto.

Lo cierto es que su absoluta falta de práctica en el tránsito de caminos les hizo avanzar perdidos la mayor parte del tiempo. Por la agenda de Gerardo, sabían que había una reunión aquella misma semana en un refugio al sur de Lyon. Pero el problema era que la mayor parte de la señalización de los caminos había sido arrancada durante los años y años en que nadie las había cuidado. Decidieron que no iban a perder la paciencia aunque les costara encontrar el camino y que intentarían mantener el optimismo. Lo cual era muy importante para interpretar su papel.

La segunda mañana que pasaron fuera del refugio apenas pudieron dormir en la parte trasera del vehículo. No podían tener a tope el climatizador todo el día, por lo que dosificaban la potencia, y aquel calor no les permitió dormir en condiciones. Así que antes de que se ocultara del todo el sol por el horizonte, reemprendieron la marcha. Después de llevar apenas media hora conduciendo por una de las carreteras que confiaban que les llevarían hacia Lyon, fuertes rachas de viento empezaron a golpear el camión. Aminoraron algo la velocidad y buscaron con la mirada algún lugar en el que poder guarecerse. Pero se encontraban en mitad de una planicie reseca sin señal de edificación alguna. Aquellos golpes resultaban muy desagradables, como si un gigante invisible estuviera empeñado en tumbar el camión. Vientos atroces como aquel eran muy habituales, y habrían asustado a cualquiera que no estuviera habituado. El choque de temperaturas extremas que se producían de una estación a otra, hacía que las rachas de viento de 200 km/h no fueran nada peculiares.

Al fondo de la carretera comenzaron a ver dibujada la silueta de otro camión de características similares al que ellos conducían. Lo primero que rondó sus mentes es que se tratara de un vehículo abandonado, pero conforme se iban acercando les pareció ver que había algo de movimiento alrededor de él. Y finalmente divisaron con estupor que unas figuras brincaban cerca de él.

Dana agudizó la vista y se fijó en que uno de los individuos que antes brincaba se había detenido e incluso desde lejos, percibió que tenía algo oscuro en su cuello.

-Son ellos -verbalizó la chica lo que todos estaban imaginando-. ¿Qué hacemos?

Los individuos también habían reparado en el Pantera Negra y les contemplaban fijamente en su avance. Solo eran dos. Y mientras uno iba desarmado, el otro portaba un fusil de asalto automático y no dudaron ni por un segundo que fuera a usarlo contra ellos.

-Tenemos que parar -apremió Teo agitando el brazo de su amigo para que detuviera el camión-. Es una oportunidad de conocer a alguien de la Hermandad. Y de que no nos ataquen ya de paso.

Aníbal, poco convencido, fue deteniendo el camión a regañadientes y frenó en seco a tan solo un par de metros. El individuo armado era un hombre no demasiado alto, de cuerpo musculoso y compacto. Sus entradas eran prominentes y se rapaba la cabeza para disimularlo. Por las incipientes canas de su perilla lo situaron entre los 40 y los 50 años. Su piel estaba muy bronceada, al contrario que la de los muchachos a los que nunca rozaba el sol. El gesto duro de su rostro indicaba con meridiana claridad que no deseaba hacer ningún nuevo amigo. Por el contrario, el hombre que le acompañaba le

sacaba una cabeza de altura, y sus rizos oscuros, la mirada desenfadada de su rostro y la camisa playera que llevaba puesta, le hacían parecer varios años más joven a pesar de que los dos rondaban la misma edad. Era menos corpulento que su compañero y aunque también los observó con desconfianza, su posición corporal no denotaba agresividad alguna.

Ellos los vigilaron con precaución y esperaron mientras que Aníbal bajaba la ventanilla del coche y les saludaba.

-Hola amigos -les dijo haciendo el saludo que Gerardo les había mostrado. Consistía en alzar la mano mostrando solo tres dedos, formando una hipotética pistola. Aquellos dos individuos pasaron su vista de el gesto que hizo, al tatuaje en su cuello y se relajaron. El viento feroz revolvía sus cabellos y ropas. Incluso les empujaba con fuerza pugnando por derribarlos. Pero no parecía importarles.

-¡Hola! -le saludó al fin el que iba desarmado tendiéndole la mano.

-Estamos yendo hacia la reunión al sur de Lyon. Vosotros también, ¿verdad?

-¡Efectivamente compañero! -le gritó alzando la voz por encima del viento.

-¿Y habéis parado porque habéis tenido algún problema con el coche? -probó Aníbal, no demasiado convencido.

-¿Problema? -le preguntó con escepticismo el otro, que todavía no había soltado el fusil-. Qué problema vamos a tener si está aquí Dios inundando este espacio con *il suo* poder.

Entonces los tres cayeron en la cuenta de que al fondo del valle había un huracán de tamaño medio y los miembros de la Hermandad veneraban los fenómenos meteorológicos de ese tipo. Aníbal se maldijo a sí mismo por no haberse dado cuenta. Pero rápidamente Teo se acercó a la ventanilla para ayudar a su amigo.

-¡Vaya! Íbamos tan embobados que no nos habíamos dado cuenta de esa gran obra que está enviándonos el Señor -le dijo, aunque las palabras le sonaron ridículas en su propia boca. No así al más simpático de los dos, que sonrió ante sus palabras e hizo un gesto de que bajaran.

-¡Salid aquí! -exclamó-. ¡Celebrad con nosotros este milagro!

-Por supuesto -contestó Aníbal, que rápidamente miró a los otros dos que estaban tan desconcertados como él.

Dana se metió su pistola en el bolsillo trasero de los vaqueros, por si acaso. Salieron del camión y se pararon a contemplar al lado de aquellos dos individuos aquel tornado amenazador que arrancaba viejos troncos secos de cuajo a su paso. Un viento cálido como la respiración de un dragón los empujaba contra la carrocería de los camiones. Pero los muchachos aguantaron el tipo imitando a sus dos nuevos conocidos que estaban plantados como estacas. Parecían estar pasando un momento de gran felicidad. Incluso el que iba armado, dejó el fusil en el suelo y los dos levantaron los brazos hacia el tornado. Los tres chicos se miraron y decidieron imitarlos.

-¡Oh señor gracias! Gra... por enviar este increí...alo de la natura... -gritaba entusiasmado el hombre más amable a pleno pulmón. El viento se llevaba parte de sus palabras. Todos gritaron gracias al unísono-. ¡Señor!... Si es tu voluntad... llévanos ahora mismo. A ...tros, tus siervos, para que descanse... lado en el reino de los cie... ¡Sálvanos Señor! ¡Hágase tu volun..!

Los cinco permanecieron ahí con los brazos levantados luchando contra los envites del viento gritando agradecimientos a Dios, durante unos diez minutos que se les hicieron eternos. Finalmente, el compañero sonriente, viendo que el tornado no se acercaba a ellos volvió a alzar su voz.

-¡Hágase tu voluntad Se..!. Si es tu deseo que tus ..vos sigan aquí en la tierra para completar tu mi... sagrada. ¡Así sea!

-¡Así sea!- gritaron los otros cuatro al unísono.

-Bueno, parece que todavía no ha llegado nuestro momento -dijo sonriendo y animándoles a que se refugiaron tras el camión para escucharse mejor. Les sonrió y les tendió la mano de nuevo para saludarles uno a uno-. Soy Balero. Y éste es Dante. Estamos destinados en la zona noroeste de España.

Los tres jóvenes saludaron también al hosco italiano que permaneció con su cara de pocos amigos.

-Nosotros somos Teo, Aníbal, y esta es mi hermana Dana. Estamos destinados en la zona noreste – le explicó Teo.

-Vaya, he coincidido con algunos compañeros de la zona noreste. Pero nunca os había visto antes en ninguna reunión – comentó Balero.

-No, ni nosotros a vosotros. Es curioso, pero seguro que tenemos conocidos en común –dijo Teo como sin darle importancia-. ¿Conocéis a Gerardo?

-¡Sí! -contestó Balero contento de conocer a alguien en común-. Lo conozco, es un buen tipo. He compartido alguna cerveza con él.

-Hemos estado colaborando codo con codo con él últimamente.

-¿Y qué tal le va al bueno de Gerardo?

-Murió -contestó sin más preámbulos Teo-. Pero lo hizo luchando. Cuando estábamos encargándonos de unos infieles que encontramos en Barcelona.

-Bueno, entonces Gerardo ya está con nuestro Señor, es una gran noticia.

-Sin duda lo es -afirmó Teo.

Aníbal y su hermana eran conscientes de las habilidades sociales de Teo, pero aun así asistían sorprendidos a la fluidez con la que el chico había asumido su papel y lo bien que se desenvolvía en él.

Balero posó entonces su mirada curiosa en Dana a la que repasó de arriba a abajo.

-Es curioso ver a una mujer en las filas de los merodeadores. Se ven muy pocas en las calles. Todas prefieren quedarse cómodamente en casa -comentó con una sonrisa burlona-. Las mujeres no valen para esto, son débiles. Tienen compasión... -dijo y empezó a reírse con su compañero. Aníbal y Teo sonrieron como aprobando lo que había dicho.

-Yo no -contestó con contundencia Dana echándole una mirada desafiante-. Yo nunca tengo compasión.

-Es cierto, no la tiene - confirmó Teo en apoyo a su hermana-. Ella es una máquina de destruir infieles.

-Bueno, me alegro de escucharlo -concedió entonces Balero-. ¿Os dirigís entonces hacia el mismo lugar que nosotros no? Vayamos juntos, pues.

-Perfecto, os seguiremos de cerca con el camión -dispuso Teo.

Volvieron a los camiones y reemprendieron la marcha más relajados, dejando que la noche los envolviera de nuevo.

-En realidad ha sido una suerte encontrarnos con estos tipos -dijo Teo que había relevado a su amigo al volante-. Porque nos están llevando por un camino que si

hubiera tenido que adivinar con las indicaciones del mapa, me parece que no habríamos llegado nunca a la reunión.

-Sí ha sido una suerte increíble e-replicó enfurruñada su hermana-. Menudos seres más repugnantes e imbéciles. Mira que estar hablándole a un tornado...

-Estos tíos dedican su vida a matar a los demás para terminar suicidándose. No creerías que nos íbamos a infiltrar en una red de genios... Eso que has visto es el nivel -le contestó Aníbal-. Yo también me alegro de haberlos encontrado. Parece que le hemos caído bien a ese tal Balero. Si vamos acompañados de él llamaremos menos la atención.

-Ya os he visto a los dos encantados, echándoos unas risas con él a mi costa -le acusó Dana.

-Déjate de manías personales anda. Ya le cerraremos su boca. Pero ahora mismo tenemos que estar enfocados en la misión.

Al cabo de un rato transitando en total oscuridad, el vehículo de Balero y su antipático amigo empezó a desviarse y tomar la salida hacia un pueblo llamado Saint-Genis-Laval. Lo cruzaron observando las ruinas que todavía se mantenían erguidas y al salir de él vieron la señal del refugio Ville Placide. Ahora, en posesión de la Hermandad. Parte de la pared exterior estaba caída y en proceso de reconstrucción. El camión de sus nuevos conocidos se dirigió hacia el portón que enseguida se abrió ante ellos. Los chicos lo siguieron y aparcaron en un garaje repleto de vehículos de todo tipo. Balero saltó muy animado de su camión y estiró bien sus agarrotados músculos.

-¡Qué gusto da llegar a casa! -exclamó entusiasmado.

Los chicos lo siguieron hacia el interior del recinto. No les pareció demasiado diferente a su propio refugio. Era algo más pequeño, pero sus pasadizos subterráneos les transmitieron cierta familiaridad. Habían colgado por las paredes estandartes de color rojo con una gran cruz plateada grabada. La parte superior de la cruz era en realidad el mango de una espada. Formando un círculo alrededor de ella estaban los 7 sellos representados. Era el escudo de la Hermandad tal y como Gerardo se lo había descrito. Y como ellos mismos lo tenían tatuado.

Había un denso tránsito allí dentro de gentes que iban y venían de un lado para otro. La mayoría de ellos llevaban jarras de cerveza y hablaban a gritos. Un hombretón con una

barriga tan grande que necesitaba a tres hombres para rodearlo, reía a carcajadas de forma estruendosa escupiendo parte de su bebida en la cara de su interlocutor al que dejó empapado. Un par de hombres estaban apunto de llegar a las manos soltándose todo tipo de improperios en francés por conseguir ponerse primero en la cola. La única mujer que vieron en el lugar, vestida con un atuendo de camarera, separó a los contendientes abofeteándoles con un pañuelo mugriento de cocina.

Los chicos no querían que les vieran ahí parados como si no supieran dónde estaban. Enseguida Dana se fijó en la gente que guardaba cola y les dio un empujón para que se acercaran a la de la zona a dónde habían asignado al rehén que tomaron de la Hermandad. Gerardo les había informado de ese procedimiento, y ellos se habían hecho antes de empezar su viaje con agendas parecidas a las que utilizaba él. Las habían rellenado con los datos que éste había recopilado. Y como extra, habían añadido algunos detalles que no eran ciertos. Frente a la mesa, había un hombre de frondoso bigote oscuro con aspecto de estar cansado de estar allí. Se encargaba de recolectar toda aquella información. La cola no iba demasiado rápido ya que algunos de los Hermanos parecían tener ganas de hablar y entretenían al comandante que se masajeaba las sienes con los pulgares. Cuando estaban a punto de que les tocara su turno, empezaron a ponerse algo nerviosos. El hombre les recibió sin una sola muestra de simpatía.

-¿*Langage*? -les preguntó sin saludar.

-Em, nosotros no...-comenzó Teo pero el hombre asintió con rapidez.

-Españoles, ¿zona?

-Venimos de la zona noreste. De Cataluña -contestó Teo, y empezó a soltarle la retahíla de códigos y asignaciones que había memorizado para la ocasión, pero el hombre del bigote hizo un gesto de hastío y negó con la cabeza para que parara de hablar.

-¿Qué traéis? Solo dime eso. Hazme el favor.

Aníbal le entregó todo el material que Gerardo había reunido y que ellos se habían encargado de modificar. El hombre lo revisó por encima.

-Está bien. No hemos tenido noticias de aquella zona desde hace algún tiempo. Pensábamos que los Hermanos que habíamos enviado allí estaban teniendo problemas. ¿Es una zona complicada?

-Ha habido algunas bajas -contestó Teo-. Pero nada que no hayamos podido

solucionar.

-¿Y cómo ha sido eso? No me han llegado noticias de que se haya puesto en marcha ningún asalto allí -inquirió el hombre con una mirada que parecía poder traspasar sus mentes y adivinar que eran unos impostores.

-Tuvimos problemas al reducir a algunos infieles que estaban fuera de sus refugios -contestó Teo nervioso. Como el hombre seguía escudriñándole añadió-: Pero por supuesto que los infieles fueron eliminados.

El hombre todavía le sostuvo durante unos interminables segundos más la mirada y luego volvió a negar con la cabeza en silencio.

-Mira que lo decimos claro -dijo con voz calma aunque en claro tono de reprimenda-. Los merodeadores tenéis que limitaros a hacer vuestro trabajo y recabar información. Evitar a toda costa el enfrentamiento a no ser que aniquilar un infiel sea cosa de críos... ¡Fuera de mi vista! ¡Largaos!

Los chicos se alejaron agradecidos de poder marcharse de ahí. A pesar de la reprimenda recibida por el malhumorado comandante, no tenían la impresión de haber levantado sospechas hasta el momento, lo cual era una buena señal. Tras dar parte de sus andanzas anduvieron por el refugio un poco perdidos, simulando no estarlo.

La mayoría de la gente se divertía en pequeños grupos emborrachándose y charlando a un volumen realmente alto. Muchos de ellos hablaban idiomas extranjeros, aunque de vez en cuando les llegaba alguna palabra en castellano a sus oídos. El grandullón al que antes habían visto escupir de la risa la bebida que llevaba en la boca encima de su amigo, se acercó con sendas jarras y una botella con un líquido verde en su interior. Aquel hombre no hablaba su idioma, pero insistió en que agarraran las jarras y en llenárselas hasta que rebosaron. Aníbal se llevó la jarra a la nariz para oler aquel líquido y le dio un pequeño sorbo. Justo cuando lo hacía el grandullón le dio un golpetazo en la espalda que hizo que se le atragantara. El hombre se marchó riendo y tambaleándose para seguir ofreciendo su bebida.

Aquel licor les achicharró las gargantas dejándoles un ligero sabor mentolado. No les disgustó el sabor de aquel brebaje, que era su primera incursión en el mundo del alcohol. En el refugio de Marinaterra beber alcohol estaba prohibido. Solo en ocasiones muy especiales se compraba alguna botella al refugio vecino de La Bastida dónde destilaban algunas bebidas. Precisamente de ese refugio habían sido expulsados muchos individuos después de generar situaciones violentas para la convivencia.

Al poco de empezar a beber comenzaron a notar un agradable hormigueo en las

extremidades y toda la tensión que pudieran haber acumulado comenzó a desaparecer. Empezaron a sentirse de lo más agusto y relajados allí. Tanto es así que en cuanto se escuchó llamar a los asistentes a misa, fueron los primeros en entrar a la sala entusiasmados. Allí dentro se vieron rodeados de auténtico calor humano mientras que esperaban a que comenzara aquello. Los Hermanos les cogían de los hombros y entonaban canciones ininteligibles a las que ellos se unían tarareando.

Cuando un hombrecillo vestido con una túnica blanca, medio calvo y unas gafas de media luna que le caían hasta la nariz, se subió al escenario, la sala que ya se había llenado hasta los topes le ovacionó como si de una vieja estrella de rock se tratara. Aquel hombre pronto se puso a vociferar en francés. Los jóvenes no comprendían nada de todos aquellos gritos, pero alguien junto al escenario transcribía lo que el orador iba diciendo a su idioma en una pantalla. Se dejaron llevar por el calor de la multitud, aquella música mística y la embriagadora sensación en sus cabezas.

-¡Todos habéis acudido a la llamada de Dios!. Todos los que estáis aquí -decía con vehemencia el pastor mientras señalaba con el dedo a su rebaño-. Habéis atendido la llamada de vuestro creador que os reclama para que llevéis a cabo una imprescindible labor por él. ¡Aleluya!

-¡*Alléluia!* -se escuchó decir a la multitud. Y los tres levantaron el puño y lo gritaron también

-Este año se va a cumplir el septuagésimo quinto aniversario desde que Nuestro Señor diera comienzo al sagrado Apocalipsis. Solo los más necios lo interpretaron como un acto de crueldad. Nuestro Señor quería poner fin a todos los pecados y el sufrimiento que los humanos embaucados por el maligno llevan milenios padeciendo... ¡Y el señor dijo basta!

-¡*Ça suffit!* -clamó el rebaño con los puños en alto. Y los jóvenes los imitaron.

-Nuestro señor, en su infinita bondad, quería salvar a los puros para que disfrutaran de la vida eterna junto a él en el reino de los cielos y llevarse a los impuros al infierno.

-¡*Mort aux infidèles!* -exclamó alguien de entre el público y los otros le jalearon. El pastor hizo gestos para contener a su manada que estaba en un frenesí.

-Pero una vez más el impío ser humano se alió con el señor del inframundo y desplegó su vanidad. Creyeron que podían frenar la voluntad de Nuestro Señor con su tecnología endemoniada. Fruto de una sabiduría que el Señor puso a su disposición para que hicieran con ella el bien y que terminaron queriendo usar en su contra.

La turba comenzó a agitarse con violencia y los jóvenes se llevaron varios empujones y se vieron aplastados entre cuerpos sudorosos que gritaban exabruptos.

-En lugar de aceptar su destino, los seres humanos se destruyeron unos a otros en catastróficas guerras para hacerse con el mejor trozo de tierra para vivir. Se resistieron como ratas y se aferraron a la vida escondiéndose bajo tierra. Hermanos -clamó el pastor llamando de nuevo a su rebaño-. El Apocalipsis no podrá completarse hasta que saquemos a todos y cada uno de los seres humanos de sus madrigueras. Hasta entonces todos los que actuamos con justicia y fe no podremos ser salvados por nuestro señor -alzó las manos al cielo y gritó-. Yo os convido aquí Hermanos..., a que juntos nos convirtamos en la mano de Dios para mañana poder unirnos a su reino de grandeza. ¡Juntos seremos sable justiciero y exterminaremos a los impuros humanos de la faz de la Tierra!

Cuando finalizó la intensa misa los jóvenes salieron de allí repletos de sensaciones y embriagados por el alcohol y el calor del público. Se sentían llenos de energía y con ganas de desatarla gritando, saltando o como fuera. Una mano se puso de súbito sobre el hombro de Aníbal mientras salían del recinto. Éste se sobresaltó y se giró rápidamente. Se topó con la cara sonriente de Balero que tenía la mirada vidriosa y llena de entusiasmo.

-¿Una misa increíble verdad? -dijo sin esperar respuesta-. Vuelvo a estar a tope.

-Tú siempre lo estás amigo -le dijo Teo dándole un golpe cariñoso en el brazo.

-¿Hacia dónde tenéis pensado ir a partir de ahora? ¿Vais a volver al merodeo en la zona de Cataluña? -les preguntó él.

-Sí, lo haremos. Pero será un poco más adelante -le contestó Aníbal que continuaba algo aturdido-. Primero queremos visitar Epifanía para volver a asistir a una de las grandes misas de nuestro líder.

-¿En serio? -preguntó Balero sonriente-. ¡Nosotros también vamos para allá! Dante tiene que volver y yo también quería ver al líder y de paso divertirme un rato con una señorita -dijo golpeando con el codo a Teo emitiendo una risotada -Ya me entendéis. ¡Qué coincidencia!

-Sí, vaya suerte la nuestra -murmuró Dana.

Dulce reposo

Pasaron la mañana siguiente a su llegada a *Ville Placide* durmiendo en camas y consiguiendo después de varios días un sueño reparador. Les despertó la voz enérgica de Balero a primera hora de la tarde.

-¡Venga, arriba pedazos de mierda! -le escucharon decir con una risotada desde el otro lado de la puerta-. Que se va a poner el sol y tenemos un largo camino por delante.

En cuanto el sol bajó, reemprendieron el viaje siguiendo el camión de Balero, que esta vez marchaba hacia Epifanía. Los tres jóvenes sufrían los efectos de su primera resaca que les había quitado las ganas de volver a la carretera. En cambio, Balero parecía de tan buen humor como siempre. Se había tomado una pastilla que le había ofrecido también a los chicos y que les aseguraba que les permitiría cruzar el mundo sin echarse una siesta. Ellos la aceptaron por cortesía, pero no se la tomaron, sino que la guardaron en el botiquín.

Después de una larga noche al volante, y alcanzar la frontera con Italia, Balero les informó de que tendrían que pasar la siguiente mañana en algún otro refugio. Pues las

condiciones meteorológicas no les iban a permitir avanzar demasiado deprisa. Balero insistió en desviarse un poco del camino y parar en una taberna con hostel que le gustaba especialmente.

Les llevó hasta un viejo poblado al norte de la península dónde se encontraron con lo que probablemente había sido otro refugio asaltado mucho tiempo atrás. Habían acondicionado aquel lugar para recibir a los visitantes que se encaminaban hacia Epifanía. Ofrecían alojamiento y algo de comida a cambio de algún producto que les pudiera interesar. Los encargados de llevar aquel lugar, eran una pareja que superaban los sesenta y por su aspecto y acento asumieron que procedían de muy al norte. Sus ojos parecían de hielo y sus cabellos eran plateados, casi de la misma tonalidad. Los dos eran algo regordetes pero su fuerza les sorprendió. Nada más llegar los vieron amontonando unas pesadas pilas de cajas sin aparente esfuerzo.

Balero y Dante intercambiaron con ellos dos buenos pedazos de carne salada que habían saqueado en el último refugio en el que estuvieron. También algo de munición para escopeta. Los chicos no tenían claro qué iban a ofrecerles ya que no habían previsto tener que hacer ningún tipo de intercambio.

El trueque era la forma de comercio más común en aquellos días. Marinaterra intercambiaba algunos de sus recursos por los de los refugios vecinos cada año. Todavía era una práctica incipiente dado que durante décadas la producción apenas había dado para la supervivencia. No se les ocurrió pensar que se toparían con este tipo de situación.

A Balero y Dante les pareció raro verles dudar ante un hecho tan común. Para ellos era algo natural intercambiar los productos de sus saqueos por servicios en la red de refugios de la Hermandad. Estaban apunto de resignarse a desprenderse de parte de su comida cuando a Teo se le ocurrió ofrecer un barril de gasolina que tenían en la parte trasera. El dueño del local se mostró encantado por el intercambio y sus compañeros de viaje les dijeron que habían sido muy generosos.

-Es demasiado para pasar una sola mañana aquí -dijo Dante con su habitual tono desconfiado.

-Es que nos habéis hablado tan bien de este lugar, que queremos que nos traten bien -se defendió Teo.

Orión había insistido en que los muchachos llevaran en su camión al menos un par de bidones. Era una sustancia muy apreciada en estos tiempos ya que no se producía, por lo que conseguirla era de lo más complicado. Después de que los dueños los

acomodaran en sus aposentos, descendieron a la parte más baja del búnker que había sido acondicionada como taberna. El ambiente era realmente acogedor. El mobiliario estaba constituido por carpintería de buena calidad a la que se le había dado un trato brusco que la había envejecido con rapidez. Allí bajo olía a madera, y a especias que flotaban en el ambiente. La estancia estaba iluminada con velas y antorchas de forja que creaban una atmósfera de intimidad agradable. Había tan solo dos mesas ocupadas por hombres de aspecto pendenciero que murmuraban en lenguas que ellos no conocían. Uno de ellos, realmente desagradable, con el pelo aceitoso y cara de roedor, levantó la mano cuando vio aparecer a Dante. Él, le saludó de la misma forma sin llegar a acercarse.

Los cinco se sentaron en una desvencijada mesa de madera sobre unos taburetes y les sirvieron cinco jarras de cerveza y humeantes platos de asado de carne y patatas. Los viajeros engulleron con voracidad aquellos manjares tan bien cocinados. La variedad de sabores desconocidos en sus paladares, regados con cerveza, consiguieron que todos recuperaran el buen humor.

-Oye Balero, ¿de qué zona de España eres? -preguntó Teo por darle conversación.

-Del sur. Mis padres vivían en Andalucía cuando yo nací. Pero claro, tengo 44 años. Así que me pasé toda la infancia en guerra. Yendo de un sitio para otro. Huyendo de toda la miseria que había... Odiaba todo aquello, el no tener un lugar al que pertenecer. Tanto sufrimiento por que mis padres no podían aceptar su destino. Es de locos, ¿verdad?

-Totalmente -le contestó Aníbal arrancando un trozo de carne del hueso con avidez.

-Es curioso porque antes odiaba viajar con toda mi alma. Deseaba encontrar un sitio donde poder establecerme y que mis padres dejaran de dar tumbos como idiotas. Sin embargo ahora que he descubierto mi verdadero destino, amo viajar -les contó dejando un momento el tenedor con mirada soñadora-. Me siento libre, ciudadano del mundo. Viviendo con lo que Dios decide darme. No pienso en el mañana, solo cumplo mi misión día a día.... Por fin siento que mi vida tiene algún sentido.

Por el rojo creciente de sus mejillas se podía intuir que el alcohol empezaba a hacer su efecto.

-¿Y vosotros? -preguntó huraño Dante. A él el alcohol solo parecía agriarle más aún el carácter-. No nos habéis dicho de dónde habéis salido. Tan jóvenes y tiernos... Carne de refugio... -dijo con desprecio.

-No, no qué va -se apresuró a decir Teo-. Nuestros padres fueron expulsados de sus

refugios hace tiempo. Desde que tenemos memoria hemos vagabundado de un sitio a otro -aseguró.

-¡Mentira! -rugió Dante golpeando con el mango de su cuchillo la mesa. La salsa le empezó a resbalar por la muñeca-. Esos modales y esas pieles pálidas.... ¡No son de un verdadero *caballerizzo* de la calle! ¿Me tomáis por idiota mocosos?

Ahora se había puesto a señalar a Teo directamente a la cara con el filo de su cuchillo. Sus voces atrajeron las miradas de curiosidad del resto de gente en la taberna que bajaron un poco el tono para prestar atención a la trifulca que se avecinaba.

-Aparta tu cuchillo de la cara de mi amigo -le advirtió Aníbal sin elevar el tono de voz pero fulminándolo con la mirada.

-Yo no *sento* órdenes de un culo blandito como tú -escupió con veneno Dante que rebotaba rabia. Y hundió su cuchillo en la mesa, cerca de donde Dana tenía apoyada su mano.

Como por resorte, Aníbal se levantó de la mesa y soltó el puño que estampó de refilón contra la mandíbula de Dante. Él, lejos de amilanarse, se levantó y lanzó el suyo contra el rostro de Aníbal con más tino que el que había demostrado el muchacho. Le propinó un fortísimo golpe en la nariz. El impacto le hizo perder el equilibrio y caer sobre una silla vacía que había tras él. Ligeramente atontado por la mezcla de alcohol y el golpazo recibido, trató de incorporarse.

El resto de hombres en la taberna comenzaron a vitorear a los dos contrincantes. Incluido Balero que alzaba su jarra al aire animado a Aníbal a que se levantara. Teo fue a levantarse de la silla para ayudar a su amigo pero su hermana lo retuvo agarrándolo con fuerza del brazo. Y tiró de él hasta que consiguió que se volviera a sentar a su lado.

Aníbal se incorporó y comenzaron a intercambiar puñetazos en un singular baile alrededor del local. Los que le propinaba Dante a Aníbal eran sin duda más fuertes y certeros. Se notaba de sobra la experiencia del italiano en trifulcas. Al pasar junto a la mesa del amigo con cara de roedor de Dante, empezaron a lanzarles pan a los rivales. El italiano, que estaba en su salsa, se acercó al muchacho y lo atrapó en un abrazo de oso para mofarse de él. Comenzó a apretar con fuerza para asfixiarle consiguiendo que la cara de él adquiriera un color amoratado. Aníbal pegó un salto y cogió impulso apoyando sus pies en el respaldo de una silla y empujó, logrando que los dos cayeran al suelo.

Comenzaron a rodar por el pavimento y el hombre le propinó un golpetazo en la nuca

que le estrelló la cara contra la tarima, salpicándola de gotitas de sangre. Aníbal se alejó de él y se levantó con la agilidad de un gato a tiempo de propinarle una patada en el estómago al extranjero antes de que pudiera levantarse, lo que hizo que cayera de nuevo. Fue a darle una segunda patada, pero Dante le agarró su pierna y tiró de ella volviendo a hacerle perder el equilibrio. Al caer, se agarró a una de las mesas de la taberna volcándola y consiguiendo que las velas encendidas que había encima salieran rodando por el local. Entonces Aníbal notó como una mano le agarraba del hombro y tiraba de él con fuerza hacia arriba.

El tabernero se había hartado de ver como aquellos dos púgiles le destrozaban el local y se puso a chillarles a los dos en una lengua que él no podía entender, mientras les propinaba empujones para sacarlos de allí. Entonces Balero se levantó de la silla y fue a mediar con el tabernero que estaba fuera de sí. Consiguió finalmente tranquilizar al hombre y que dejara de chillarles improperios. Dante y Aníbal se echaron una última mirada de odio y cada uno volvió a su sitio.

-El tabernero está muy cabreado con vosotros -les comentó Balero sin darle importancia cuando volvió a sentarse en su taburete-. Quería echaros del alojamiento. Pero le he asegurado que no volveréis a pelearos. Eso sí, quiere que desaparezcáis de su vista.

Dante finalizó de un trago su cerveza, y agarró su plato para desaparecer con él escaleras arriba, echándoles a todos una mirada de desprecio antes de marcharse.

-Este tío es un pesado, estoy deseando llegar a Epifanía para librarme de él -les comentó Balero hablando de su acompañante.

-¿Y porqué viajas con él? -quiso saber Dana.

-Antes viajábamos con otro hermano que era la ostia, y no me molestaba tanto su mal humor. Dante es la clase de compañero que quieres de tu lado en un asalto -aseguró levantando las cejas-. Pero el otro murió frito en la calle. Lo encontramos con medio cuerpo atrapado entre escombros, y pasó toda una mañana al solecito, pobre chaval... Pero en fin, a él se le achicharraron los sesos y yo ahora tengo que viajar solo con ese aguafiestas. Está bien que le hayas bajado un poco los humos.

-Yo también me voy -dijo Aníbal como respuesta. La nariz le sangraba y empezaba a notar el ardor de las contusiones que había sufrido por todo el cuerpo.

-Espera -le llamó Dana antes de que desapareciera por el umbral de la puerta-. Me voy contigo.

-¿Te vas ya guapa? Si todavía no hemos empezado a divertirnos -le dijo Balero.

Dana hizo como si ni siquiera le hubiera escuchado y se marchó tras Aníbal. Precisamente él y las miradas poco disimuladas que le echaban el resto de camorristas allí reunidos, eran la razón principal por la que tenía tantas ganas de irse de allí.

Subieron por las escaleras hasta la habitación que les habían designado. Era una estancia sencilla, iluminada con fuego y con varios camastros apilados. También tenían un pequeño armario para guardar alguna cosa. Los colchones no tenían aspecto de ser demasiado cómodos, pero sería un alivio descansar en ellos en lugar de mal dormir en el Pantera Negra.

-No me puedo creer que tengamos que seguir viajando con esos dos idiotas -comentó Dana malhumorada tras cerrar la puerta de su habitación.

-Bueno yo con tal de dormir en una cama después de tantas horas en el camión soporto a quien sea -le contestó Aníbal que trató de tumbarse de lado en su cama, pero el dolor del brazo le hizo pensárselo mejor.

-En la bolsa tengo algunas cosas de primeros auxilios -le dijo mirando de reojo cómo se dolía de sus golpes.

-Es igual, no creo que tengas nada ahí que me vaya a curar las heridas internas - bromeó tratando de tumbarse boca arriba, pero tampoco se encontraba más cómodo.

-Anda venga, que es un momento. Si no mañana no vas a poder ni conducir -le respondió Dana agarrando su bolsa y mirando dentro.

Orión les había metido toda clase de cosas, y si por él hubiera sido, se habrían llevado a varios componentes del servicio médico del refugio con ellos. Pero ninguno pareció estar por la labor de acompañarles. Sacó una pomada que decía ayudar a combatir dolores y contusiones y obligó a Aníbal a callarse y quitarse la camiseta para aplicarle la pomada en los lugares en los que le iba indicando que le dolía.

-Estás pirado. Mira que meterte en una pelea con ese tío. Pensaba que te iba a matar - le dijo mientras le frotaba con suavidad un poco de pomada en las costillas.

-Yo también lo he pensado por un momento no te creas. Si no llega a pararnos el tabernero no sé cómo hubiera acabado.

-Hubiéramos tenido que pararla nosotros. Teo ha querido hacerlo, pero yo no lo he dejado. Supongo que has empezado la pelea para que dejara de pensar que somos muy

"blanditos", como dice él -la chica hizo una pausa y continuó-. No he creído que intervenir demasiado pronto hubiera ayudado a quitarle esa idea...Dante es un problema, no se fía de nosotros.

-Sí, lo sé. Y no creo que haya cambiado gran cosa su opinión con esto. ¡Ay! -se quejó cuando ella empezó a aplicarle pomada en el hombro.

-Os lo he dicho mil veces -dijo bajando aún más el tono de voz-. No podemos seguir viajando con alguien que desconfía de nosotros. El otro es medio idiota y no se da cuenta de nada. Pero cuando llegemos a Epifanía, Dante puede extender sus sospechas a otros miembros.

-Si nos separamos de ellos ahora que estamos apunto de llegar, no van a disminuir sus sospechas. Además, vamos al mismo sitio. ¿Qué quieres que hagamos?

-Tenemos que matarles -le contestó en apenas un susurro-. Mañana, antes de llegar a Epifanía.

Aníbal se quedó mirando por unos segundos la expresión de seriedad y convencimiento de su amiga bajo la chisporroteante luz de la antorcha. Se fijó en las graciosas pecas que tenía alrededor de la nariz y no pudo evitar sonreír.

-Joder, era verdad lo que dijiste de que no tenías compasión.

-Te estoy hablando en serio -dijo volviendo a aplicarle la crema, esta vez sin miramientos, consiguiendo que se volviera a quejar.

-Vale... con más cuidado por favor, era broma -le contestó-. Es que me choca un poco cuando te pones así de tétrica. Pero tienes razón. Mañana hablaremos con Teo y veremos si tenemos alguna posibilidad de hacerlo.

Permanecieron unos minutos en silencio mientras Dana terminaba con la pomada y sacaba el agua oxigenada para aplicarla con un algodón en los rasguños que tenía en brazos y rostro.

-¿Oye, te puedo hacer una pregunta? -le preguntó observándola trabajar, a lo que ella afirmó con la cabeza-. Nunca me llegaste a decir quién era la persona que te gustaba... ¿Te referías a mi hermano, verdad? -se atrevió a preguntarle, aunque conocía de sobra la respuesta.

Ella ni siquiera contestó, le miró brevemente a los ojos y siguió limpiando los rasguños de su codo en silencio.

-No te lo pregunto por nada en especial. Lo entiendo -Aníbal pensó por unos instantes en su hermano-. Axel y yo nunca nos llevamos demasiado bien. Él y mi padre eran muy parecidos, y se entendían muy bien entre ellos... En realidad, siempre lo admiré. Y pensaba que algún día, quizás él y yo nos llevaríamos mejor y él también me admiraría a mí.

Dana apretó los labios, emocionada ante el recuerdo de Axel y levantó la vista hacia su amigo.

-Si te pudiera ver ahora, estoy segura de que lo haría -le dijo convencida.

-¿Tú crees? no sé -contestó sin poder aceptarlo del todo-. La lie mucho en el refugio... Y seguramente si me viera diría que soy un idiota por venir hasta aquí y arrastraros conmigo.

-Por supuesto que te diría algo así -corroboró dejando por un momento lo que hacía-. Pero de todas formas te admiraría por todo lo que has conseguido desde que no está. Él era muy valiente, pero tú lo eres incluso más -le dijo y de pronto se ruborizó por su propio alarde de sinceridad.

-Vaya... -le contestó él complacido-. ¿No decías que era un crío?

-Ya no te veo así -le dijo. Se quedaron en silencio durante unos instantes mirándose fijamente. Sus pulsos se aceleraron y poco a poco fueron conscientes de su cercanía. Cerraron los ojos cuando a sus labios apenas los separaba un centímetro de aire.

Pero entonces unas voces estruendosas comenzaron a escucharse fuera y Teo entró dando un portazo agarrado del hombro de Balero. Los dos portaban en sus manos libres una jarra de cerveza. Aparecieron cantando una canción francesa sobre la Hermandad que Balero le había enseñado y que Teo seguía con muy mala dicción. Los dos tenían las caras enrojecidas y no podían evitar tambalearse.

-¡Joder Teo! -le recriminó Aníbal a su amigo-. Ponte una campanita o aprende a llamar antes de entrar.

-Uy perdone usted señorita -le contestó con retintín haciendo una burda imitación que sacó una carcajada a Balero-. No quería interrumpir su té con pastas.

-Este tío es muy grande -dijo Balero señalando a Teo-. Me parto con él. Os voy a robar al compañero... ¡Oye Aníbal! voy a echar una meada al baño. Lo digo por si te interesa -exclamó Balero y soltó una carcajada histérica a la que se unió Teo también.

Salió dando tumbos de la habitación armando un gran escándalo en el pasillo. Teo se restregó los ojos y después se los quedó mirando con la boca abierta. Vio a su amigo sentado sin camiseta en la cama muy cerca de su hermana y pareció llegar a alguna conclusión.

-¡Que sí! ¡Que sí que he interrumpido algo! -les acusó alterado y cerró la puerta tras él-. ¡No me diréis que vosotros dos estabais tonteando! Que nos estamos jugando la vida en esto. Os necesito 100% concentrados de nuestra misión. ¿Está claro?

-Clarísimo -contestó Dana guardando las cosas dentro de la bolsa y levantándose de la cama-. Aquí el único que está haciendo el tonto eres tú. Nosotros no estábamos haciendo nada, ¿verdad? -dijo guiñándole un ojo a su amigo consiguiendo sacarle nuevamente una sonrisa.

Después de dormir durante toda la mañana, volvieron a reemprender el camino en cuanto el sol se hubo puesto en el horizonte. Dante conducía a la cabeza mientras Teo y Aníbal seguían adormecidos y Dana se había hecho con el volante. Sobre ellos estaba aconteciendo una monumental tormenta eléctrica que dibujaba nervios azules a lo ancho de un cielo totalmente cubierto.

Tras un par de horas siguiendo al italiano, Dana empezó a sospechar que algo no andaba como debía. Algunos de los maltrechos carteles con los que se encontraban, indicaban que no iban directos hacia Roma, si no que se estaban desviando mucho del camino. La muchacha no hacía más que revisar el viejo mapa que portaban sin entender porqué habían seleccionado ese trayecto que los alejaba tanto de Epifanía, a la que esperaban llegar aquella misma noche. En cuanto estuvo completamente segura de que por aquel camino jamás llegarían a la ciudad, comenzó a hacerles señales con los faros. El camión guía, comenzó a ralentizar su paso y a hacerse a un lado para que pudieran alcanzarle. Dana situó su ventanilla junto a la de ellos y la abrió. El estruendo de fuera amortiguó la suave música que tenían puesta en el equipo y el ruido de la tormenta despertó a los chicos.

-Qué pasa guapa -le preguntó Balero que se sentaba en el asiento del copiloto-. ¿Te has cansado de conducir y quieres que paremos?

-No -contestó irritada ella-. Es que me he dado cuenta de que nos estamos desviando del camino.

-¿Que nos estamos desviando? -preguntó alertado Aníbal cogiendo el mapa y observándolo.

-Es una sorpresa -dijo Dante haciendo una mueca que pretendía ser una sonrisa y que mostraba sus dientes manchados-. En la taberna me enteré de que esta misma tarde se ha empezado a echar abajo un refugio cerca de aquí.

-Menuda suerte, ¿verdad? -exclamó Balero-. Si nos damos prisa todavía podremos participar y llevarnos un buen pedazo del saqueo para gastarlo en Epifanía.

Los chicos se quedaron helados sin saber muy bien qué decir. No entraba ni de lejos en sus planes participar en el asedio a un refugio, pero no encontraron ningún argumento válido para oponerse.

-Pero allí habrá suficientes Hermanos ¿no? -probó Teo-. A mí me jode un montón cuando viene gente que no necesitamos a llevarse su parte...

-¡No pasa nada hombre! Seguro que habrá tarta para todos -le contestó Balero quitándole importancia-. Será algo rápido. Apoyamos a los nuestros, y mañana estamos en Epifanía cargaditos de mercancía.

-No querréis dejar tirados a los nuestros, ¿verdad? -preguntó Dante con tono amenazador.

-Claro- contestó Teo tragando saliva-. Vayamos para allá.

Dante pisó a fondo el acelerador y volvió a adelantarse, vieron cómo Balero sacó medio cuerpo por la ventanilla y se puso a gritar con ganas al cielo empañándose con la contundente cortina de lluvia que caía. Dana agarró su pistola decidida a dispararle pero su hermano le sostuvo la mano con fuerza para impedirselo.

-¿Qué haces loca? no vas a cargártelo a esta distancia y sin visibilidad -le riñó agarrando el volante que ella había soltado.

-Voy a arreglar tu cagada. Yo no pienso ir al asalto -le contestó ella.

-¡Qué querías que dijera! -le chilló su hermano-. No hay ninguna razón para que nos neguemos a hacer esto.

-¿Y cuando lleguemos allí te vas a poner a matar inocentes para quedar bien delante de tu novio?

-¡Vale ya! -intervino Aníbal-. No sirve de nada que nos peleemos entre nosotros. Iremos al asalto, intentaremos pasar desapercibidos en el barullo, y conseguiremos ganarnos la confianza de más miembros.

-Vamos a ir a ver un derramamiento de sangre, y ¿no vamos a hacer nada por evitarlo?
-le preguntó Dana con rabia.

-Van a morir de todas formas, aunque no estemos para verlo -sentenció Aníbal con la mirada llena de furia-. Yo quiero ver a cada una de sus víctimas como tuve que ver morir a mi familia. Así no me olvidaré ni por un segundo de que voy a hacer cualquier cosa para vengarlos.

La sangre de Bellatorre

Conforme se acercaban, vieron la silueta del refugio iluminada por la luz de la guerra eléctrica que se estaba librando en el cielo. A pesar de la tromba de agua, ardía en su interior. Alrededor de él, todo un convoy de vehículos construían una sólida muralla.

Dante volvió a situar su camión junto al de los chicos y Balero les gritó por la ventana:

-¡Vamos tíos! ¡Que nos perdemos la diversión!

Pisaron el acelerador a fondo en dirección al refugio y los chicos creyeron por un momento que iban a estrellarse contra el resto de camiones de la Hermandad. Pero sin disminuir un ápice la velocidad, Dante frenó en seco dibujando todo un arco en aquel suelo embarrado y salpicando los camiones de alrededor de fango. Su camión quedó a solo un par de metros de los otros y en pocos instantes los vieron saltar del vehículo armados hasta los dientes. Dante no echó ni una mirada atrás y le vieron entrar corriendo al refugio. En cambio Balero se giró para hacerles señas con el brazo para que se dieran prisa.

Cuando frenaron, bajaron del camión cogiendo sus armas a regañadientes. Las gotas de lluvia estaban calientes como si les cayera encima una tormenta de ácido. Desde dentro les llegó el rumor de los disparos y de los gritos. La entrada subterránea del refugio estaba cubierta por las llamas, ya que el techado exterior impedía que la lluvia lo apagase. Teo se quedó paralizado unos instantes mirando la entrada. Su hermana le apartó a un lado y pasó por delante de él.

—No me digas que ahora te vas a echar atrás —le dijo y se apartó el pelo mojado de la cara antes de entrar por el agujero.

Los otros dos la siguieron de cerca y se adentraron en un vestíbulo desolador. Desde la misma entrada, miraran a donde miraran veían un escenario de sangre y cadáveres repartidos por doquier. A Teo se le revolvieron las tripas al contemplar tan atroz

paisaje y comenzó a sentirse muy enfermo. Siguieron el rastro de sangre y destrucción.

El ruido de los tiroteos retumbaba a su alrededor. Había cuerpos quemados por las explosiones y cosidos a tiros por todos lados. Muchos de ellos llevaban el tatuaje de la hermandad, pero otros eran hombres y mujeres jóvenes, que habían muerto defendiendo su hogar. La sangre y la suciedad salpicaba las paredes de los pasadizos por los que avanzaban. A través de las paredes les llegaban sonidos que les erizaban el vello.

Al cruzar el corredor, se encontraron a unos cuantos miembros de la hermandad atrincherados tras un muro. Entre ellos, se encontraban Dante y Balero excitados charlando con otros miembros. Aquellos desconocidos de la Hermandad cubiertos de sangre y mugre, les dieron una calurosa bienvenida.

Aníbal les preguntó cuál era la situación, y uno de los Hermanos le informó de que unos compañeros estaban tratando de abrir una puerta acorazada. Los chicos miraron tras el muro y efectivamente vieron cómo en el pasillo había unos cuantos miembros de la Hermandad, probando todo tipo de técnicas para abrir una pesada puerta acorazada que les recordaba a las que usaban en Marinaterra.

-Ahí es donde se esconden la mayor parte de las ratas -dijo uno de los Hermanos medio calvo y enjuto, en cuya dentadura se adivinaban multitud de huecos. El hombre se relamía de pensarlo-. No tardarán en abrirla, están trayendo más explosivos.

El ruido de los tiroteos continuaba en otras alas del subterráneo, y de pronto se escuchó una explosión que hizo temblar el suelo. Del techo sobre sus cabezas cayó una lluvia de tierra.

-¡Esa ha sido de las grandes! -comentó Abel-. ¿Habría sido de las nuestras o de las tuyas?

- Aquí estamos ya demasiados - dijo incorporándose un grandullón cuyos brazos eran más voluminosos que las piernas de los muchachos.-. Yo me voy a apoyar a la otra parte.

El hombre salió de detrás de la trinchera y lo vieron perderse al otro lado del pasillo. De pronto, Teo se incorporó también ante la sorpresa de sus amigos.

-Yo me voy también al otro lado, no quiero esperar más aquí -dijo sin hacer caso a su hermana, que negaba con la cabeza.

- Estás ansioso por usar tu arma ¿verdad chaval? -le preguntó Balero dándole un golpe cariñoso en la espalda antes de verle marchar-. ¡Me encanta ese chico!

Teo salió detrás de aquel forzado huyendo del insoportable olor a muerte que se respiraba en el ambiente. En seguida lo perdió de vista ya que el hombre corría directo hacia el jaleo del tiroteo.

Él se sentía enfermo. Desde que había visto todos esos cadáveres tenía el estómago revuelto. Los ojos abiertos de aquellos cuerpos que miraban la nada con horror, se habían clavado en su mente con persistencia. Ahora desfilaban por su recuerdo la imagen del cuerpo sin vida de su padre y su mejor amigo en aquella azotea que en aquel momento le parecía tan lejana. Una arcada le vino de repente y llevándose las manos al estómago comenzó a vomitar. Se sintió muy mareado y avanzó un poco por el pasillo buscando algún lugar en el que sentarse.

Encontró habitaciones vacías que habían sido revueltas de arriba a abajo buscando a cualquier humano escondido. Entró en una habitación infantil que contaba con cuatro pequeñas camas con las sábanas embrolladas. Le gustó porque le recordó a la primera habitación en la que vivió cuando era un niño en Marinaterra. Las paredes estaban pintadas de un color azul cielo que los niños que dormían allí habían llenado de garabatos. Teo miró con atención aquellos dibujos de soles con caras sonrientes y animales de granja y sintió ganas de volver a su refugio y huir de todo aquello.

Contempló su reflejo en el espejo sintiéndose como un cobarde. Se vio a sí mismo como si tuviera de golpe 10 años más. Armado con un rifle que no quería ni se atrevía a usar. Un rostro sin ilusión, deprimente. Delante de un espejo como aquel era en el que tantas veces, de niño su padre le había repeinado su cabello rubio en una coletilla como la que llevaba en aquel momento. Casi podía verlo tras él, arreglándole el cuello de la camisa. Con aquel aire de sabiduría y aplomo que él nunca llegaría a alcanzar.

Teo abrió mucho los ojos, y acarició el marco de madera blanca del espejo. No es que fuera parecido, es que era exactamente igual. Su padre había instalado un espejo como aquel en su cuarto hacía muchos años. Le había enseñado que tenía truco. Si pasabas la mano por detrás del marco superior de la puerta, podías encontrar una palanquita que abría el espejo y que llevaba a una habitación secreta. Todavía recordaba cómo subía a Aníbal a sus hombros para que llegara hasta la palanca y poder jugar en aquella habitación secreta.

Escuchó unos pasos que corrían por el pasillo e instintivamente pasó los dedos por detrás de el marco. Y efectivamente, la palanca estaba allí. La activó con cuidado y notó como el espejo se abría. A toda prisa se coló en su interior y cerró tras de sí. El otro lado estaba sumido en completa oscuridad. Con rapidez, sacó de su bolsillo una pequeña linterna con la que iluminar su alrededor. Allí no había absolutamente nada. Era como un pequeño armario totalmente a oscuras. Pegó la oreja al espejo y escuchó

como los pasos se alejaban por el pasillo.

Aquello no era como su habitación de juegos. Allí no había luz, y además hacía bastante calor. No tanto como en la calle, pero estaba claro que allí no llegaba el aire acondicionado del refugio. Teo se preguntó porqué entonces habrían construido un lugar así en una habitación infantil. Iluminó con el haz de su linterna cada centímetro de aquel recoveco hasta dar con algo que le sorprendió. Había un agujero en la pared. Teo iluminó aquel agujero con la linterna y descubrió algo que no había tras su espejo en Marinaterra. Todo un pasadizo excavado.

Teo se metió con curiosidad por aquel hoyo y salió a una galería en penumbra, que comenzó a recorrer. Aquel pasadizo era estrecho y poco cuidado. Con el espacio justo para que una persona de su altura anduviera sin rozar el techo con la cabeza. Desde allí, los disparos se escuchaban muy de lejos, como si alguien estuviera viendo una película de guerra en otra habitación. La temperatura de aquel lugar era cálida, pero nada a lo que no estuviera acostumbrado. Era evidente que ya no se encontraba dentro de los límites del refugio. Pero sentía curiosidad por saber a dónde llevaba aquel pasadizo.

En el otro ala del edificio, Aníbal y Dana se taparon los oídos cuando una explosión consiguió al fin reventar la puerta acorazada. Entonces se vieron levantados casi en volandas por aquella multitud que los arrastró hacia el interior. Cuando la turba traspasó el umbral de la puerta, les recibió el impacto de varios explosivos que habían colocado junto a la entrada y que hizo que fueran expulsados de allí por una fuerza atroz. Por suerte los jóvenes estaban lo suficientemente atrás como para que no les impactara directamente, pero quedaron sepultados bajo una montaña de cuerpos de la Hermandad que los asfixiaban. Balero ofreció su mano a Dana para ayudarle a levantarse, pero ésta la rechazó y empujó al tipo que tenía encima para que se levantara.

Había varios Hermanos malheridos por la explosión, pero el resto no hicieron ningún ademán por ayudarles. Es más, aparecidos desde el otro ala llegaron más miembros cubiertos de sangre que pisotearon a los que yacían en el suelo. Aníbal y Dana siguieron a la masa poniendo cierta distancia por un pasillo que parecía descender. Aquella zona que hasta ahora había estado protegida les llevó hasta un lugar que les impresionó por su enorme magnitud. Se trataba de una especie de sala oval, a la que los miembros de la Hermandad llegaban como a un matadero. En cuanto entraron los primeros en tromba, una ráfaga de balas les tumbaron. El resto se quedaron por unos segundos a la espera, analizando la situación.

Había un palco, a unos dos metros por encima de aquella sala, en la que se habían atrincherado los miembros de la resistencia parapetados tras muros improvisados. Desde allí, había varios francotiradores apostados manteniendo el perímetro. En el piso bajo en cambio no había nada tras lo que refugiarse.

Uno de los Hermanos que por su estatura y aspecto sanguinario parecía liderar a los demás, chilló algo en una lengua que no entendieron. Por detrás de ellos escucharon pasos acelerados acercándose a la carrera portando sendos escudos anti bala. Recubrieron a buena parte del grupo con ellos y comenzaron a entrar a la sala oval en formación de tortuga. Dana y Aníbal habían quedado atrapados entre multitud de hombres y cubiertos por un escudo. Solo podían ver las cabezas de los de delante mientras escuchaban cómo les caía una ráfaga de balas encima. Los disparos también empezaron a escucharse desde su bando, pero ellos estaban en mitad de aquella formación de tortuga y apenas podían moverse. Volvieron a escuchar otro grito que no entendieron y a los pocos segundos comenzaron a notar cómo la presión que les apretujaba comenzaba a desvanecerse. En cuanto pudieron moverse miraron a su alrededor y observaron que los Hermanos habían desplegado unas escalerillas ligeras que llegaban hasta el palco donde estaban los francotiradores. Muchos de ellos trepaban por aquellas escaleras como animales salvajes mientras el resto apuntaban a los francotiradores.

Decenas de Hermanos iban cayendo en aquella lluvia de tiros. Aníbal y Dana miraron alrededor y percibieron la mirada de Dante, que les vigilaba entre disparo y disparo. Ellos agarraron sus armas y abrieron fuego. Apuntaban en la dirección de la que les provenían los tiros, pero con deliberada mala puntería. Se movieron con rapidez entre el grupo para no ser un blanco fácil mientras disparaban a puntos muertos. En cuanto pudieron treparon también por la escalerilla y subieron al piso de arriba. La mayoría de los francotiradores que no habían muerto, huían por las puertas que había tras los palcos. Aníbal, fue empujado por el grupo hacia una de las habitaciones mientras la chica era conducida a otra y la perdía de vista en el tumulto.

Dana siguió al grupo buscando a Aníbal sin encontrarlo por un pasillo oscuro y estrecho. Se volvía a encontrar en medio de un espacio claustrofóbico dejándose guiar por la multitud. Al final del corredor escuchó unos fuertes golpes, y divisó a unos Hermanos golpeando con un contundente ariete la puerta tras la que habían desaparecido los miembros de la resistencia.

Después de unos cuantos golpes la puerta cedió, y Dana sintió como era empujada hacia dentro. Sin embargo, antes de cruzar el umbral, notó cómo unas manos la agarraban de la cintura y tiraban de ella hacia atrás. En el interior de la habitación una explosión tremenda hizo escapar una bola de fuego que la impulsó por los aires y la

llevó a aterrizar de nuevo en el suelo. No fue consciente de qué pasó con su cuerpo en aquellos instantes. Sintió un fuerte golpe seguido de una llamarada de calor intenso y luego su mundo se puso patas arriba. Notaba el cuerpo magullado y la cabeza embotada por el golpe. Tardó unos instantes en recordar dónde estaba, y cuando comenzó a abrir los ojos solo vio unas tinieblas iluminadas por un fuego, y un humo asfixiante.

Cuando pudo comenzar a comprender lo que pasaba, observó con horror que se encontraba rodeada de cuerpos y de miembros cercenados. Dana ahogó un chillido de repugnancia cuando se quitó de encima un brazo que ya no pertenecía a nadie. Junto a ella se movió con dificultad una figura que resultó ser Balero. Otros de los Hermanos supervivientes entraron a echar un vistazo a aquella habitación lamida por las llamas en busca de alguien que hubiera podido escapar de la explosión.

-Te he salvado la vida guapa -le dijo con una sonrisa que no lograba camuflar del todo el dolor que también recorría su cuerpo.

- No deberías haberlo hecho. Porque igual yo algún día te quito la tuya - le respondió ella.

A pesar de que solo las llamas le iluminaban el rostro, pudo percibir perfectamente la mirada lasciva que le lanzó.

Aníbal corrió junto al resto del grupo mientras perseguían a unos cuantos habitantes que intentaban huir.

Vio a Dante correr como un depredador salvaje tras un hombre que avanzaba más despacio que el resto y se quedó rezagado. Le recordaba a uno de aquellos grandes felinos a los que había visto en viejos documentales de naturaleza. Se deshizo de la escopeta de caza que llevaba en la mano para correr más rápido, sacando al resto del grupo varios zancadas. En cuanto tuvo al alcance a su presa se abalanzó sobre ella con su cuchillo para matarla con sus propias manos. El resto del grupo siguió a la carrera tras los fugados, pero Aníbal se detuvo detrás de él contemplando la escena con repugnancia.

Miró a su alrededor para asegurarse de que la zona estuviera despejada de miembros de la Hermandad y le apuntó con su fusil. El italiano, que se divertía cosiendo a navajazos a su víctima, lo escuchó y se dio la vuelta muy lentamente. Para observar a el que nunca había dudado que era su enemigo. Se incorporó y le fulminó con sus pequeños ojos inyectados de odio. Limpió la sangre que corría por su brazo en su propia camiseta blanca, que ya estaba bastante sucia.

-Tú –pronunció escupiendo las palabras-. Rata miserable... ¡Sabía que eras un traidor!

-No soy un traidor -le contestó con calma Aníbal sin dejar de apuntar a su pecho-. Pero tú no me gustas. Vamos a solucionar aquí y ahora lo que no pudimos acabar en la taberna.

Dante esbozó una mueca de burla mostrando unos dientes casi tan negros como el carbón.

-¿Qué pasa?¿No tienes cojones? - le provocó Aníbal, consiguiendo que eliminara inmediatamente esa sonrisa de su rostro. El joven bajó el arma y la dejó caer a su lado. Después se aflojó tranquilamente la hebilla mientras miraba fijamente a los ojos al italiano. Dejó caer el cinturón que llevaba atado a la cintura, donde llevaba la funda de su pistola y varias armas blancas. Se frotó los puños y se puso en posición de defensa. Por no llevar, no llevaba ni camiseta, la cual se había quitado hacía un rato al empezar a fallar el sistema de refrigeración del refugio. Clavó sus desafiantes ojos en los de Dante, que lo miraba como a un trozo de carne tierna que estuviera apunto de devorar.

El italiano volvió a sonreír y se desató la cinta que cruzaba su pecho y que servía como sostén a la escopeta que había tirado. Y continuó aceptando su desafío soltando su propio cinturón de batalla. Se pasó la lengua por sus secos labios cuarteados.

-Madre mía chico -dijo sin disimular el placer que aquello le producía-. Estás muerto. Y cuando acabe contigo, mataré a los otros dos mocosos si es que todavía siguen con vida.

Dante se estrujó los nudillos que produjeron un sonoro crujido deseando encontrarse con la cara del joven.

Entonces, su rostro cambió de forma radical y dibujó una mueca grotesca mientras emitía un aullido que le volvía a convertir en el depredador salvaje que se lanzaba tras su presa.

Aníbal lo observó poner su cuerpo en tensión y lanzarse a toda velocidad hacia él. Lo percibió como si el tiempo se hubiera desacelerado permitiéndole contemplar cómo cada uno de sus músculos se dirigían hacia él para despedazarlo a golpes. Aníbal bajó los puños y se llevó la mano al bolsillo trasero de su pantalón. Allí encontró el mango de su pistola que agarró y apuntó contra el pecho de Dante cuando tan solo un metro los separaba. El impacto de la bala no frenó a Dante, si no que éste se abalanzó sobre él de todas formas y le derribó. Los dos cayeron al suelo y Aníbal lo sintió convulsionar encima suyo. Las manos del italiano trataron de agarrarle pero el joven luchó para quitárselo de encima y hacerlo caer a un lado. Dante gruñó de dolor cuando quedó tumbado bocarriba en el suelo de piedra desangrándose. Se llevó una mano a su herida

de bala mientras con la otra trataba aún de agarrar al chico.

-Eres... un... cobarde -musitó con dificultad saboreando el sabor de la sangre en su boca-. Dónde...está... tu hombría.

Aníbal se giró y posó la punta de su arma en la garganta de Dante.

-Yo no hablo con muertos -le contestó y apretó el gatillo.

Después de un rato caminando a buen paso por aquel corredor, Teo se tropezó con algo y cayó de bruces al suelo. Una sacudida de dolor intenso le atravesó la pierna y no pudo reprimir un aullido de angustia. Se le cayó la linterna de las manos y quedó completamente a oscuras intentando arrastrarse por el suelo de piedra y grava. Sentía como si la mandíbula de un feroz animal se hubiera cerrado sobre su pierna. En mitad de la oscuridad temió que se tratase de un oso. Todos los animales salvajes se habían extinguido desde que la vida en el exterior se hiciera inviable, o eso es lo que les había contado Orión. Aunque él mismo les decía después que la naturaleza siempre encontraba formas asombrosas de abrirse paso. ¿Y si en aquella lejana cueva habían sobrevivido osos? ¿Y si quizás los miembros del refugio los habían criado en cautividad?

El terror y la confusión nubló la mente de Teo que continuó arrastrándose por el suelo y chillando hacia el haz de luz de linterna que apuntaba a la pared. Magullándose los brazos desnudos con la grava, consiguió reptar hasta el foco y apuntó temblando hacia su pierna esperando encontrarse una bestia salvaje. Pero no fue eso lo que se encontró. El foco le mostró un armatoste de metal con dientes afilados que se había clavado alrededor de su pantorrilla. Se trataba de un cepo. Teo gimió al verlo y trató de sentarse reprimiendo las punzadas de dolor. Dejó en el suelo iluminando la linterna y trató de abrir el cepo con sus manos, haciendo uso de todas las fuerzas de las que disponía. Lo intentó una y otra vez, gruñendo de dolor, pero apenas conseguía separar unos milímetros las cuchillas de su carne.

- "Ya está" -pensó Teo después de intentarlo varias veces sin éxito-. "Voy a morir aquí. Nadie sabe dónde estoy."

Sintió que se mareaba. No sabía si era la herida, el dolor o el calor, pero sus fuerzas se iban escapando del cuerpo. Se tumbó sobre el suelo de grava, intentando eliminar de su mente el horrible ardor que sentía en la pierna. Perdió durante un rato la concepción

del tiempo. Con los ojos entrecerrados, percibió unas lucecitas que se movían arriba y abajo al fondo de la oscura galería.

- "Luciérnagas" -pensó el chico, aunque él no sabía que las luciérnagas existieran tampoco en aquellos tiempos.

Aquellas luces en la penumbra fueron haciéndose poco a poco más grandes. Describían unos círculos en el aire que cada vez le parecían más cortos. Y pronto empezaron a llegarle el rumor de unos pasos que se acercaban. Las luces y los pasos se detuvieron unos instantes y todo quedó en silencio. Entonces el ruido de pisadas comenzó a apresurarse y las luces comenzaron a cernirse sobre él hasta cegar lo.

-¿Es uno de ellos? -escuchó decir a una voz temblorosa en italiano. Teo no hablaba el idioma aunque entendía algunas palabras -¡Compruébalo!

La silueta de un hombre se acercó a él. Con pocos miramientos le movió con un pie para comprobar que no tenía armas a mano y le sujetó de los hombros un momento para comprobarle el cuello. Teo, cegado por los grandes focos que portaban, consiguió vislumbrar el rostro que lo sujetaba. Era un hombre de piel tostada y cuerpo atlético. Su pelo estaba recogido en unas firmes trenzas pegadas a la cabeza. Sus ojos le parecieron cálidos. Incluso cuando frunció los labios enmarcados por una perilla descuidada al reconocer la marca de su cuello.

-Es uno de ellos -contestó también en un italiano de voz profunda. Le cacheó de arriba a abajo y le quitó la pistola y el cuchillo corto que llevaba. Agarró a Teo por la manga de su camiseta y acercó mucho su rostro al del chico-. ¿Cuántos como tú saben lo de este pasadizo? Dímelo, y acabaré contigo rápido -Teo le miró sin comprender con ojos asustados. El hombretón repitió la misma pregunta en castellano.

-Nadie más lo sabe -le contestó Teo aturdido-. Yo no soy de la Hermandad. En mi refugio había un escondite parecido.

-¡Miente! -oyó decir a la voz alterada del principio-. No le hagas caso. Es de la Hermandad. Si lleva el tatuaje es de la Hermandad.

El hombre que le agarraba de la camiseta le soltó con un gruñido y sacó de su cinto un machete.

-Baja la cabeza chaval -le dijo empuñando el largo cuchillo con las dos manos-. Prefiero no tener que verte la cara mientras terminamos con esto.

-¡Soy del refugio de Marinaterra! -exclamó Teo desesperado mirándole a los ojos-.

¡Me he infiltrado entre los miembros de la Hermandad para matar a su líder y acabar con la guerra!

El hombre le sostuvo la mirada enarcando una ceja, como si observara a un chalado.

-¡No se te ocurra escucharle Probo! -exclamó el hombre de voz asustada.

-Cállate de una vez -le exigió Probo a su compañero volviendo a agarrar el machete con fuerza para asestar el golpe.

-¿El chico ha dicho que es de Marinaterra? -preguntó una tercera vez en italiano que sonaba más anciana que las otras. Teo intentó adivinar su figura entre los focos que le cegaban. Aquella silueta delgada se acercó y también le habló en su idioma-. ¿Cómo encontraste este escondite?

-Hay un lugar muy parecido a este en mi refugio... escondido tras un espejo - contestó Teo aliviado de que alguien le escuchara-. Mi padre lo construyó para que nos escondiéramos.

-¿Cómo se llama tu padre? -le preguntó acercándose más a él para evaluarlo. Teo pudo ahora verlo con más claridad. Se trataba de un hombre de avanzada edad, pero de movimientos ágiles y cuerpo atlético. Tenía el rostro surcado de arrugas, y un cabello blanco bien recortado.

-Mi padre se llamaba Román -le contestó Teo-. Murió hace unas semanas asesinado por miembros de la Hermandad.

El anciano guardó silencio unos segundos y volvió a preguntar:

-¿Cuántos hijos tenía tu padre?

-Somos solo yo y mi hermana melliza.

-¿A qué vienen tantas preguntas? -profirió la voz chillona del fondo en italiano-. Matadlo de una vez y vámonos antes de que vengan más de ellos.

-Creo que este muchacho dice la verdad - les explicó tranquilamente el más veterano a sus compañeros-. Hace ya unos cuantos veranos vinieron unos hombres de Marinaterra de visita. Recuerdo entre ellos a un buen hombre llamado Román. Estaba entusiasmado con cómo vivían los niños de nuestro refugio. Nos contó que el tenía en casa unos gemelos.

-¿Y qué importancia tiene eso? -replicó exasperado aquella persona que Teo no conseguía ver-. Su hijo se convirtió en un asesino de la Hermandad, como tantos otros hombres.

- La verdad es que este muchacho no tiene aspecto de haber pasado mucho tiempo fuera de un refugio -comentó Probo observando cómo se dolía de su herida en la pierna Teo, ajeno a la conversación en italiano de sus captores-. Voy a sacarle la pierna de ahí.

Ante la atónita mirada de su interlocutor, Probo puso su pesada bota sobre el extremo del cepo y dejó caer sus 80 kilos de peso sobre él. Mientras, con sus grandes manos agarró los extremos de las cuchillas y tiró de ellas para separarlas. Los dientes se separaron de la carne de Teo quien al fin pudo liberar su pierna de la trampa. El hombre más mayor se agachó y levantó con cuidado el pantalón de la pierna herida. Teo se dejó hacer mientras miraba las heridas sangrantes en su magullada pierna. El anciano sacó un largo pañuelo de la mochila que llevaba a la espalda y con cuidado comenzó a vendar sus heridas.

-Esto no hará gran cosa -le explicó al muchacho que hacía muecas de dolor mientras era vendado-. Quizás retenga la hemorragia, pero necesitas curar tus heridas. Vuelve por dónde has venido, y busca nuestra enfermería.

-¿Qué clase de locura te ha llevado a pensar que un mocoso como tú podría vencer él solo a la Hermandad? -le preguntó Probo observándole con incredulidad.

-No estoy solo en esto -le contestó Teo ahogando un gruñido de dolor-. Los miembros de la Hermandad andan cerca de nuestro refugio y hemos podido comprobar desde dentro que están preparados para arrasarnos.

-Ya lo sabemos muchacho. Yo pertenezco a la Resistencia desde hace ya varios años. Somos muchos los que estamos luchando contra la Hermandad. Ahí dentro tienes unos cuantos que están ahora mismo dando su vida por combatirles -dijo Probo señalando al pasadizo por el que había entrado a través del espejo-. No me cabe en la cabeza que hagas una tontería como esa. Aunque reconozco que tienes valor.

-Nosotros vamos a hacer lo que sea para proteger a nuestro refugio.

Probo evaluó de arriba a abajo a aquel chaval endeble que le hablaba con tanto convencimiento. Le despertó cierta simpatía y observó cómo ahogaba un quejido mientras su compañero le hacía el último nudo en el vendaje. Probo sonrió.

-Mira muchacho, que conste que no apruebo lo que quieres hacer. Pero si piensas

seguir adelante, necesitas ayuda. ¿Con cuánta gente viajas?

-¿Qué vas a hacer Probo? -le preguntó la voz nerviosa del fondo.

Probo hizo caso omiso de la advertencia de su compañero.

-Viajo con mi hermana, y con un amigo -le contestó Teo.

-Nosotros vamos a irnos ahora de aquí porque nos están esperando al otro lado del túnel. Ahora quiero que vuelvas a entrar otra vez en ese espejo y que no nos sigas. Si nos has mentido, para cuando avises al resto con esa pierna chunga que te ha quedado, nosotros estaremos lejos de aquí viajando a una zona segura -aseguró Probo-. Por supuesto que no pienso decirte a donde vamos. Pero puede que la Resistencia decida ayudarlos.

El anciano pasó su brazo bajo el hombro de Teo y lo ayudó a incorporarse. Cuando al fin puso el pie en el suelo sintió una terrible punzada de dolor, pero mantuvo el tipo para no mostrar más debilidad delante de aquellos desconocidos.

-Si sobrevives al día de hoy, quizás nos pongamos en contacto contigo. Aunque te aconsejo que abandones esa misión absurda.

Probo le tendió la mano y él se la estrechó y agradeció la ayuda que le habían prestado.

-No intentes seguirnos chico -le volvió a repetir Probo señalándole con el dedo antes de marcharse.

Teo observó en silencio cómo las tres figuras se desvanecían en la penumbra del corredor.

En el interior del refugio, la carnicería terminó y no quedó un solo superviviente que no fuera de la Hermandad. Fuera, la tormenta había amainado y se quedó una noche calurosa con un hedor insoportable de muerte flotando en el ambiente.

A los ganadores no les importó en absoluto estar rodeados de cadáveres, muchos de ellos de sus propios compañeros. Habían sometido a otro refugio y tenían ganas de celebrar. Asaltaron la despensa y sacaron bebida y comida para celebrarlo en el

vestíbulo. Dana y Aníbal se encontraron allí y se fundieron en un abrazo. Aníbal examinó a su amiga que tenía el rostro lleno de hollín y estaba llena de magulladuras, pero ésta le aseguró que nada de importancia. Inquietos, miraron a su alrededor buscando alguna señal de Teo al que no encontraron entre los supervivientes. Balero, todavía más entusiasmado que de costumbre, repartía jarras con alcohol entre la multitud. Y se mostró encantado de ver que Aníbal también había sobrevivido. Dana no podía ocultar el nerviosismo al no encontrar entre los supervivientes a Teo.

-No te preocupes muchacha -trató de consolarla Balero mientras le servía cerveza-. Tu hermano está ahora con Dios. Es un afortunado.

Dana tuvo ganas de partirla la jarra en la cabeza allí mismo, pero se contuvo y disimuló mientras los Hermanos vociferaban una oración de agradecimiento por haber finalizado con éxito su misión. Después pidieron por las almas de los caídos en combate para que el creador los tuviera para siempre en su gloria. Aníbal pensó con desprecio en el cadáver de Dante yaciendo en el piso de bajo, al que él mismo había matado. Él creía que de existir algún Dios y algún tipo de vida después de la muerte, Dante y todos aquellos asesinos deberían pudrirse en el infierno. Quizás a él también le esperaría el mismo destino.

La bebida y la comida empezó a correr, pero ellos tenían el estómago cerrado. Observaron como algunos Hermanos más serios trabajaban apilando los cadáveres que encontraban para prenderles fuego posteriormente. La masacre había sido total, y poco a poco aquella montaña de cadáveres se iba agrandando.

-Es un grupo muy extraño -escucharon comentar a un tipo cejijunto que se rascaba la cabeza observando la montaña de cuerpos. Su desgarrado cuerpo le hacía parecer descendiente directo de un neandertal-. No hay niños. No hay ancianos. Menos mujeres de lo normal...

Entonces lo vieron aparecer al fondo del pasillo. Cojeando, con su pelo rubio empapado en sudor y tizado de sangre. Andando con dificultad hacia el vestíbulo. Balero emitió un grito de felicidad al verlo y fue el primero en correr a abrazarlo y levantarlo por los aires. Su hermana y su amigo también corrieron hacia él y apartaron a Balero que le estaba haciendo daño para apretujarlo ellos mismos. Dana tuvo que contener las lágrimas de alivio al ver a su hermano al que ya daba por muerto.

-¡Este chico es una máquina! -exclamó Balero señalando a Teo-. Sabía que no podrías contigo chaval. ¿A cuantos infieles te has llevado por delante?

-Creo que han sido tres -contestó Teo al azar apoyándose en la pared y levantando su

pierna del suelo.

-¿Cómo te has hecho eso? -le preguntó señalando su pierna vendada de la que manaba sangre-. Seguro que el que te lo ha hecho ha quedado mucho peor, ¿a que sí?

-Me han atacado con un cuchillo. Un infiel que creía que estaba muerto - improvisó. Y sintió cómo volvía a marearse.

-Llevalo a la enfermería -ordenó Balero, y miró a su alrededor satisfecho con los brazos en jarras-. No es el asalto más limpio en el que he estado, pero sin duda ha sido uno de los más divertidos -comentó. Algunos de los hermanos que le rodeaban mostraron su acuerdo con lo dicho.

Tras las celebraciones, vino el momento del saqueo. Y aunque los muchachos hubieran preferido no llevarse nada de aquella pobre gente, se unieron a la caza de tesoros a regañadientes. Teo pudo escabullirse de la tarea cuando le proporcionaron un calmante que le permitió quedarse dormido de inmediato para descansar su pierna.

Dana se escabulló del grupo principal para estar un rato a solas y poder procesar todos los sentimientos y emociones que había vivido en aquella terrible noche. Después de presenciar aquel baño de sangre y de haber estado ella misma a punto de morir, sentía que ahora sí, todo aquello era de verdad. Se perdió entre lo que quedaba de las habitaciones del refugio y se tumbó en una cama grande que encontró. Miró al techo por unos instantes y después se tumbó de lado. Sobre la mesita de noche, había una foto con un bonito marco metalizado. En ella se podía observar a una mujer de aspecto lozano y sonriente con un niño en brazos. Aquellos dos la contemplaban felices desde algún lugar de ese mismo refugio. No pudo evitar preguntarse si ellos habrían fallecido durante aquella noche. Era lo más probable. Unas lágrimas comenzaron a caer por sus mejillas, pugnando por dejar escapar parte del dolor que había presenciado. No escuchó cómo alguien se coló en la habitación. Pero sí notó cuando el colchón en el que estaba tumbada se hundía y una mano se posaba en su cintura. Ella se pasó la mano con rapidez por la cara para secarse las lágrimas y se giró para encontrarse con el rostro de Balero. Le observaba con una expresión que no le gustó nada.

-¿Has visto algo que te interese preciosa? -le preguntó.

-No -le contestó intentando contener la voz.

-Pues yo sí que estoy viendo algo que me interesa -le dijo volviendo a esbozar aquella

mirada libidinosa.

-Bien por ti -le contestó ella que fue a incorporarse para marcharse de allí. Pero la mano de él la retuvo y la empujó contra la cama.

-Vamos guapa, que te he salvado la vida -le dijo acercándose más para inmovilizarla con su peso-. Si no fuera por mí, tú bonito culito no estaría ahora mismo en esta habitación. Así que quiero ver qué es lo que he salvado.

Dana se revolvió y trató de quitárselo de encima. Los ojos de su agresor echaban chispas de excitación a causa del alcohol y la sangre derramada. Dana dejó de intentar quitarle sus manos de encima y consiguió echar mano del cuchillo que él llevaba atado al cinturón. Lo puso entre los dos, a la altura de su estómago. Él sintió su punta afilada y se retiró para no clavárselo. Ella se incorporó sin dejar de amenazarle con el arma.

-Vamos, ¿lo vas a hacer, verdad? He oído por ahí que no tenías compasión -le dijo con tono burlón, animándole a que le atacara.

En los tensos segundos que siguieron, Dana meditó sobre la conveniencia de matar a ese tipo o no. Balero aprovechó esos instantes de duda para golpearle el brazo y esquivar su trayectoria. La volvió a inmovilizar, pero unos pasos apresurados se escucharon acercándose a ellos. Balero entonces tiró de ella para sacarla de la cama y para cuando Aníbal apareció en el umbral, los encontró forcejeando.

-¡Eh! ¿Qué pasa aquí? -preguntó mirando a uno y a otro y aquella peligrosa cercanía.

-No pasa nada -le contestó él con una sonrisa triunfal-. Solo estábamos teniendo una diferencia de opiniones.

Tras guiñarle un ojo a la chica salió de la habitación caminando ufano. Dana se lo pensó mejor y se agachó para coger su cuchillo y lanzarse hacia él, pero Aníbal la agarró para impedirselo.

-Espera -le susurró sosteniéndola por las muñecas-. No nos conviene enfrentarnos a él ahora que nos hemos ganado la confianza del grupo.

Dana miró con rencor a los ojos de su amigo y se desasíó de él. Le señaló con el cuchillo a la cara y le dijo antes de marcharse:

-Estoy hasta el coño de vosotros... -y recalcó-. De todos vosotros.

Epifanía, la ciudad dorada

Los primeros rayos de sol de la mañana comenzaban a agregar al nocturno cielo matices azulados. La Pantera Negra transitaba a buena velocidad una llanura en calma siguiendo el avance del camión guía, cuando comenzaron a adivinar en la distancia la silueta de Epifanía.

Durante su viaje, muchas eran las historias que habían escuchado acerca de la ciudad sagrada de la Hermandad. Desde el principio habían estado convencidos de que era tal el fanatismo de los Hermanos, que podían incluso llegar a tener visiones conjuntas acerca de ciudades místicas que desafiaban a la propia naturaleza. Tal era su convencimiento de que no habían escuchado más que patrañas, que ellos mismos tuvieron que frotarse los ojos para asegurarse de no estar sufriendo alucinaciones.

Las voces que les habían hablado de ella no habían exagerado ni un ápice. Epifanía era la primera ciudad que se erigía imponente por encima de la superficie terrestre de la etapa post lunar. Rodeada por una llanura desértica, parecía una ciudad de otro mundo, un auténtico oasis en el desierto.

Inmediatamente la vista se iba hacia el enorme palacio de oro que se alzaba sobre el resto de líneas de la ciudad. Su fachada estaba decorada con amplias vidrieras embellecidas con elegantes calados de piedra y un pórtico abocinado majestuoso. Custodiada por dos grandes torres, sus pináculos en forma de agua despuntaban hacia el cielo. Aquella majestuosa construcción parecía querer desafiar a las catedrales del viejo mundo.

Envolviendo el monumental edificio, como rindiéndole pleitesia, se extendía todo un mar dorado de pequeñas edificaciones. Si bien no eran tan imponentes como el palacio, constituían de igual forma todo un alarde de arquitectura como no pensaron presenciar jamás. Aquellas encantadoras casitas presentaban unos revestimientos que fusionaban texturas y colores virando entre el blanco más impoluto y el dorado. Muchas de ellas poseían bellos balcones de forja repletos de jardineras de exuberantes flores de colores.

Conforme la ciudad se acercaba podían advertir más y más detalles que les llenaban de excitación. Aquella ciudad ciertamente, no parecía mostrar rastro alguno de la devastación que sufría el resto del planeta. Si además de lo sublime de su aspecto, se encontraban a gente viviendo en sus calles a plena luz del día, los muchachos podrían empezar a creer que había algo de cierto en aquella religión.

Balero volvió a sacarles de su ensimismamiento haciendo uso de su bocina mientras sacaba con alegría una especie de pañuelo por la ventana y lo agitaba al aire. Pisó a fondo el acelerador de su vehículo para llegar cuanto antes a la ciudad. Los muchachos sentían cierta inquietud al acercarse a la entrada de aquel paraíso. Pero estaban dichosos de poder ver con sus propios ojos aquel lugar.

Cuando solo los separaban un puñado de metros de la ciudad, se dieron cuenta de que había truco. Era complicado verlo desde lejos, pero una cúpula casi imperceptible rodeaba aquella monumental urbe. Aquel descubrimiento les quitó de la cabeza que algo místico pudiera estar sucediendo allí, pero estaban realmente impresionados de ver que algo así podía existir.

En la entrada de la ciudad percibieron un despliegue importante de seguridad con soldados vigilando a través de unas elegantes torretas. Balero fue el primero en llegar a la entrada y detener el camión. Tranquilamente se apeó de su vehículo y esperó a que saliera alguien a recibirle. Los muchachos rápidamente hicieron lo mismo y tras detener su vehículo junto al de Balero, bajaron desarmados y se situaron a su lado. En cuanto lo hicieron, un par de soldados armados abrieron unas puertas tan transparentes como el resto de la cúpula. Detrás de ellos salió un hombre tallado de expresión estricta, cejas pobladas y gafas cuadradas que lucía un elegante sombrero de tres puntas. Iba armado con una libreta hacia la que se le iba la vista a la menor oportunidad.

Balero se mostró encantado de verle, no así aquel hombre que no mostró emoción alguna.

-¡Mauricio amigo! ¡Cuanto tiempo sin verte! -exclamó Balero golpeándole en el hombro-. ¿Qué tal van las cosas por aquí?

-Bien, va todo bien -contestó él sin demasiado entusiasmo-. Cada vez que vienes lo haces con compañeros diferentes.

-Sí, cambio a menudo de compañía. ¡No me aguantan el ritmo! ¡Se me mueren todos! -profirió Balero con una risotada volviéndole a propinar un manotazo en el hombro con el que le torció las gafas. Mauricio frunció los labios y se volvió a colocar las gafas en

su lugar.

-Ya... Bueno si habéis venido esperando pernoctar en la capital, lo siento mucho pero no va a poder ser -les comunicó Mauricio garabateando algo en su libreta-. Estamos hasta los topes por aquí.

-¡No me digas eso! -exclamó Balero apesadumbrado-. Venimos del asalto de Bellatorre con el camión lleno de cosas para gastar en la ciudad. Solo queríamos unos días de descanso para disfrutar de nuestro líder.

Mauricio levantó la vista de su libreta al escuchar que habían estado en el asalto. Aquello sin duda había despertado algo de interés por su parte.

-Así que venís de Bellatorre... Sois los primeros en tornar de allí. ¿Cómo ha ido todo?

-A pedir de boca -contestó Balero-. Tuvimos más bajas que de costumbre ya que aquellos infieles tenían ganas de oponer resistencia. Nos estaban esperando.

-Sí... -afirmó Mauricio pensativo-. No me extraña nada, nuestra orden está saliendo del anonimato... Los refugios parece que están siendo advertidos al fin de nuestra existencia. Hay quien piensa que incluso tenemos unos cuantos traidores en nuestras filas comunicándoles nuestros próximos movimientos.

Fue como si un viento gélido atravesara a los jóvenes que de inmediato se sintieron señalados. Mauricio posó su mirada sobre ellos que intentaron parecer tan sorprendidos como Balero por la noticia.

-¿Traidores en la Hermandad? Creo que nos habríamos dado perfecta cuenta si algo así pasara -señaló Balero con una risilla desechando por completo la idea-. Aquí lo que pasa es que estamos empezando a dejar supervivientes que avisan al resto. En Bellatorre por ejemplo, cuando hicimos la pila de cadáveres nos dimos cuenta de que había muchísima gente que faltaba. Niños, adolescentes, ancianos... Ni rastro de ellos. Cada vez hay más voces escapándosenos entre los dedos.

Mauricio afirmó con la cabeza y volvió a garabatear algo en su libreta.

-Y bueno Mauri, ¿nos vas a dejar pasar o qué? -insistió Balero-. Venga compañero. Por nuestras viejas cacerías. ¿O es que ya no te acuerdas de lo duro que es el trabajo de calle?

Mauricio frunció los labios y volvió a echar un vistazo a su cuaderno y a los cuatro

solicitantes.

-Has dicho que pretendéis gastar muchos recursos en la ciudad, ¿verdad? -preguntó, y los cuatro afirmaron con la cabeza-. Más os vale que seáis sumamente generosos... Os concedo dos noches. El lunes por la mañana a primera hora os quiero ver desfilando.

-¿Dos noches? -se quejó Balero-. ¡Con dos noches no tengo ni para empezar! Yo había pensado más bien en una semana.

-¿Una semana? -preguntó Mauricio negando con la cabeza con vehemencia como si aquello fuera una completa locura-. Esta semana es la celebración del 75 aniversario de la desaparición de la Luna. Estamos hasta arriba de gente y esperamos recibir muchos más estos días. No damos permisos tan largos a nadie.

-¡Pero si la celebración empieza el lunes y nos haces irnos de la ciudad, no podremos ver nada! -exclamó en tono de súplica.

Mauricio frunció los labios y dirigió la vista de su cuaderno al rostro de su ex compañero.

-Solo las personalidades más importantes y los soldados que hayan hecho grandes méritos tienen permiso para disfrutar de las festividades -les aseguró-. No obstante, cómo me habéis prometido que seríais extremadamente generosos...Os permitiré que abandonéis la ciudad el lunes por la noche. Podréis asistir a la misa de apertura de las fiestas y disfrutar de las celebraciones. Pero en cuanto caiga el sol os quiero ver saliendo de la ciudad. Me informaré de si realmente habéis cumplido con lo pactado y lo tendré en cuenta para futuras solicitudes.

-¡Gracias amigo! -le contestó feliz Balero abrazando con efusividad a Mauricio quien no lo esperaba y se limitó a darle unas palmaditas en la espalda-. No te preocupes, ya sabes que yo siempre cumplo con mi palabra.

Mauricio apuntó en su libreta los nombres de los cuatro, y los soldados por fin les permitieron la entrada a la ciudad.

Inmediatamente después de haberse acomodado en uno de los albergues para visitantes de la ciudad, los cuatro compañeros de viaje salieron a dar una vuelta. Los jóvenes trataban de disimular su asombro delante de Balero, aunque no tuvieron que esforzarse demasiado. Él mismo no dejaba de comentar lo muchísimo que cambiaba aquella ciudad, que le sorprendía cada vez que iba.

Caminaron por aquellas calles exquisitamente pavimentadas y limpias en extremo. En

ellas no se podía encontrar ni un solo desperfecto. Todo estaba tan cuidadosamente immaculado que parecía que nadie viviera realmente allí.

Pero conforme amanecía, empezaron a ver asomar a los primeros viandantes deambulando por la ciudad. La piel de los chicos apenas había sido rozada unos segundos por el sol a lo largo de sus vidas. Y jamás se les habría permitido observar tranquilamente la salida del sol por el horizonte hasta quedar bañados por su luz. En cuanto los rayos anaranjados comenzaron a rozar sus pieles los muchachos se cubrieron los ojos para poder observar entre sus dedos aquella bola de fuego que siempre se les había negado.

-Hace un día increíble para estar bajo cristal ¿eh muchachos?-les preguntó Balero más feliz incluso que de costumbre-. Vayamos a un buen sitio para ver el amanecer como Dios manda.

-Oye, ¿qué pasaría si cayera un meteorito sobre la cúpula? -preguntó Teo sin poder reprimir la curiosidad. No solo le preocupaba la estabilidad de la cúpula bajo el ataque de un meteorito. Había toda clase de cosas que podían resquebrajarlo. Un simple terremoto de los que eran tan comunes podría tirarlo abajo.

-¡Aquí ya ha caído de todo chaval! -aseguró Balero-. Esto no es un cristal normal. Que te lo tenga que explicar yo... Este cristal está bendecido por nuestro líder y es capaz de soportar cualquier cosa.

Teo se mostró conforme por el momento y siguió a Balero que les condujo hasta un bonito parque en el que la hierba estaba perfectamente recortada y en sus setos no se podía apreciar ni una sola hoja sobresalir entre las demás. También era la primera vez en sus vidas que pisaban un manto de césped.

Aunque no era su primera vez allí, Balero como cualquier otro humano, también pasaba la inmensa mayor parte de su vida rodeado de oscuridad y aridez. Así que embriagado por aquellas sensaciones reconfortantes, dejó de lado su habitual algarabía y se tumbó boca arriba con los brazos en cruz para disfrutar de aquel momento de paz. Por primera vez los muchachos imitaron su conducta con sinceridad y se relajaron en aquella hierba bajo el cálido abrazo del astro rey. En aquel lugar tan agradable, era fácil olvidar la tensión acumulada a lo largo del viaje. Ellos, con sus ropas usadas, extenuados del viaje y sin interés alguno por su apariencia, contrastaban con la pulcritud que exhibía aquel lugar.

Dana que permanecía con los ojos cerrados, notó como un cosquilleo le recorría el brazo. Al principio pensó que se trataba del roce de alguna brizna de hierba, pero unos

instantes después notó como algo suave y peludo se restregaba de nuevo contra su brazo. Abrió los ojos y pegó un chillido que hizo a los demás incorporarse nerviosos cuando vio que una bola peluda y negra con ojos amarillos le miraba asustada entre la hierba. Se trataba de un gato de pelo largo que permanecía agazapado preparado para huir si alguien volvía a gritar. Los chicos nunca habían visto uno. Los únicos animales que conocían eran los de granja que usaban para alimentarse. Dana alargó la mano y el animal poco a poco, como sin interés, se acercó hacia su mano. La joven acarició su cabeza maravillada ante aquel ser tan simpático. Los otros también quisieron acariciarlo, y el gato se dejó hacer hasta que se hartó y se marchó corriendo. Entonces fueron conscientes del piar de pájaros que les rodeaba. Estaba ahí desde el principio, pero no se habían fijado en aquel sonido porque tampoco estaban acostumbrados a oírlo. Pero cuando vieron a uno de ellos volando de un árbol a otro del parque se quedaron embobados observándolos.

-Ojalá pudiéramos vivir aquí -comentó Dana con los ojos cerrados. Lo dijo casi para sí misma, como si pidiera un deseo.

-A todos nos gustaría -le respondió Balero-. Pero la misión es lo más importante -cegado por el sol, abrió un ojo mientras guiñaba el otro y la miró allí tumbada, disfrutando del momento-. Aunque si tú quieres vivir aquí lo tienes más fácil. En Epifanía las mujeres jovencitas como tú son bienvenidas.

Los chicos vieron entonces pasar por delante a una joven madre empujando el carrito de un bebé, mientras a su lado caminaba entretenido con las flores un niño de unos 5 años. La madre iba mucho más elegante que cualquier otra persona que hubieran visto jamás. Llevaba un bonito vestido blanco de aspecto grácil que revoloteaba alrededor de sus tobillos a su paso. Su pelo rubio relucía y dibujaba unas ondas espectacularmente definidas y cuidadas. La mujer advirtió la presencia de los cuatro extranjeros que rompían la delicada apariencia del lugar y frunció ligeramente los labios con desagrado. Apartó su mirada de ellos como si prefiriera ignorar que seres así de desaliñados existían y se marchó en otra dirección para seguir disfrutando de su paseo familiar.

Balero, que había estado observando a la mujer embobado, se desperezó y se levantó de la hierba.

-Bueno chicos, nos vemos en el albergue. Que tengo que ocuparme de unos asuntos -dijo guiñándole un ojo a los dos chicos con una estúpida sonrisa en su rostro. Antes de marcharse añadió:- ¡Id a compraros algo de ropa anda! ¡Que esta ciudad es demasiado fina como para que vayamos con esta pinta de guarros por ahí!

Los muchachos se alegraron enormemente de que por fin su molesto compañero de viaje decidiera darles un respiro. Los muchachos aprovecharon su libertad para poder al fin comentar con emoción sus impresiones sobre la ciudad.

A pesar de que a esa hora solían dormir, era tan grande la excitación que sentían de haber llegado que tuvieron la impresión que no conseguirían dormir ni una hora en aquella ciudad. Pasaron la mañana recorriendo cada una de las preciosas calles de aquella ciudad burbuja. Amenizaba su paseo un hilo musical que contribuía a mejorar aún más su buen humor. Al principio no sabían de dónde procedía aquella musiquilla, pero finalmente encontraron los altavoces que la emitían.

En su camino descubrieron negocios de todo tipo. Negocios que solamente habían visto en películas. Peluquerías, tiendas de ropa, restaurantes, bazares de decoración... Les impactaba observar la superficialidad de todo con lo que allí se comerciaba. De una tienda cuyo cartel rezaba “Artículos religiosos”, vieron salir a dos adolescentes que con visible esfuerzo portaban sendas cajas de las que sobresalían un buen puñado de velas. Les seguía un anciano con las manos desocupadas y mucha prisa que les apremiaba para que avanzaran más deprisa. Los observaron correr calle arriba mientras el anciano les empujaba con un bastón plateado.

Los muchachos contemplaban con muchísima curiosidad también a la gente con la que se cruzaban. Era fácil distinguir a los residentes de Epifanía de los visitantes que solo tenían ocasión de pasar allí unos días. La población que residía en Epifanía se componía fundamentalmente de mujeres y niños. También había un buen número de hombres de avanzada edad que vestían túnicas de aire solemne. Todos ellos tenían un aspecto pulcro y cuidado y sus pieles poseían un tono bronceado muy saludable. También había algunos hombres jóvenes que residían de forma permanente en la ciudad. Los que tenían ese privilegio, se paseaban por allí con aire de superioridad. Vestían elegantes uniformes con condecoraciones varias. Y aunque tenían aspecto amenazante, parecían mucho menos peligrosos que los visitantes de fuera. Los visitantes se caracterizaban por sus pieles pálidas y mortecinas. Su aspecto desaliñado y sus rudos movimientos. A pesar de que era evidente su superioridad física, cuando se cruzaban con alguno de los ancianos o con algún joven de apariencia importante parecían hacer una leve reverencia.

Haciendo caso a la sugerencia de Balero, decidieron que había llegado el momento de cambiar su vestuario para dejar de desentonar en aquel lugar. Dana les tuvo casi que arrastrar al interior de una tienda en cuyo escaparate se exhibían elegantes atuendos para caballero que no consiguieron convencer a los jóvenes. El floreado cartel del comercio rezaba: “Il piccolo Eden di Arabella e Rossi”. Cuando traspasaron la puerta interrumpieron la apasionada charla que estaban manteniendo las dependientas. Las

dos los observaron con los ojos muy abiertos. Una era espigada y esquelética, de facciones bien marcadas y nariz prominente. En cambio la otra era regordeta y baja y sus ojos castaños eran enormes en comparación con el tamaño de su boca.

-*Mio dio!* -exclamó la más alta de las dos tras un pequeño silencio-. *Questi bambini sono belli!*

-Eh... nosotros no... -empezó Aníbal queriendo explicarles que no hablaban italiano.

-¡No te preocupes *bello!* -exclamó la mujer regordeta-. Yo *sono* Rossi, y *questa* es Arabela.

-¡Finalmente tenemos unos clientes *bellos* a los que vestir! -dijo la mujer espigada que portaba una cinta métrica en la mano. Enseguida cogió a Aníbal del brazo que solo opuso un poco de resistencia y se puso a tomarle medidas mientras Rossi hacía lo propio con Teo.

-¿Qué veníais buscando *ragazza?* -le preguntó Rossi a Dana que miraba divertida la situación-. ¿Un elegante traje de *cavaliere* para la misa de mañana como ese? Rossi señaló con su regordete dedo a un traje con camisa de chorreras de color celeste que horrorizó a Teo quien negó con la cabeza a su hermana.

-Eso es muy bonito, estoy segura de que a mi hermano le encantaría -contestó Dana con una sonrisa maligna-. Pero tenemos que ser prácticos, no podemos llevar mucha ropa bonita en nuestro viaje. ¿Podría ser algo más informal y cómodo?

-*Naturalmente* -contestó Rossi-. Nosotras tenemos de todo.

Las dos dependientas rebuscaron entre sus perchas y cogieron varios modelos que pusieron en manos de los jóvenes a los que empujaron a los probadores para que se cambiaran. Mientras que Dana buscaba para ella misma algo para probarse, Arabela y Rossi no dejaban de echar vistazos a través de la cortinilla del probador para ver cómo les sentaba lo que se ponían.

-¡Por favor señora! -se quejó Teo después de percibir en el espejo el ojo fisgón de Rossi-. ¡Que así no puedo!

-¡Ay! Perdona *ragazzo*. Es que estás tan guapo con eso... Me recuerdas *al mio figlio* pequeño, que desde hace *due* meses está *fuori* luchando con la Hermandad. Es tan *dolce* mi pequeño *ragazzo*... No está *preparato* como sus hermanos... -dijo Rossi cuyos ojos se llenaron de lágrimas al pensar en su hijo-. ¿Vosotros no conoceréis *al mio* Adriano verdad?

-Lo siento, no lo conocemos -le contestó Teo a quien la señora le dio un poco de lástima.

-¡Ragazza! -vociferó de pronto Arabela observando a Dana-. ¿A dónde vas con eso? ¡Eso *non sarà* para ti!

Dana sobresaltada afirmó con la cabeza. Había escogido un atuendo de chaqueta y camisa para ella que le llamó la atención.

-¡Tú eres *troppo bella* para llevar *qualcosa* así! -le dijo en un tono que sonaba casi a regaño.

-No en serio, me gusta. Yo quiero llevar algo cómodo, para poder moverme si me lo pongo ahí fuera -se defendió Dana.

-¡No, no, no, no! -exclamó Rossi tan indignada como su compañera-. No permitiremos que salgas de aquí como un adefesio. ¡Arabela!

Arabela atendió a la señal de Rossi y agarró a Dana para llevársela a la trastienda. Allí rebuscó y rebuscó entre los diferentes arcones apartando diversos vestidos que volaban por los aires.

-Oye de verdad, si no hace falta que te molestes, que yo con esto ya... -trataba Dana de detenerla sin conseguirlo.

-¡Este! -la escuchó decir con satisfacción teniendo la cabeza todavía metida en el arcón-. Vas a parecer una *principessa*.

Arabela le mostró un precioso vestido rosa de delicada tela y pedrería bordada. Se estrechaba en la cintura y caía de forma grácil hasta el suelo. Aquello sin duda era demasiado. Lejos de la comodidad que ella buscaba. Pero la mujer insistió tanto en que se lo probara que prácticamente le desvistió ella misma. Una vez puesto, la mujer no se conformó. Si no que le deshizo la coleta alta que ella siempre llevaba y le cepilló el cabello para dejar que cayera suelto por su espalda. Cuando salió fuera del probador Rossi ahogó una exclamación y Aníbal y su hermano la observaron pasmados en sus propios trajes elegantes.

-¡Estás *molto bella ragazza*! -exclamó Rossi dejando caer otra lagrimilla emocionada.

-¡Madre mía! ¡Si resulta que eres una chica! Siempre había pensado que tenía un hermano gemelo menos guapo -bromeó Teo.

-Yo ya me había dado cuenta de que era una chica -dijo Aníbal con una sonrisa un poco tonta en la cara que le contagió a ella y que no le hizo mucha gracia a Teo.

Después de venderles también unos zapatos que conjuntaran con sus nuevos atuendos, los chicos les pagaron con aldaciles, la moneda usada en Epifanía.

Habían conseguido aquellos billetes en el albergue nada más llegar. Cambiaron sus pertenencias saqueadas en Bellatorre por un puñado de aquella moneda de papel con la cara de Gabriele impresa en cada una de ellas. Al principio les pareció un abuso, pero ahora acababan de descubrir la comodidad de comerciar con moneda en lugar del habitual trueque. Cuando se despidieron de las dependientas, le tuvieron que prometer a Rossi que si veían a su Adriano le dirían de su parte que “su mami le quiere mucho y está siempre rezando por él”.

Pasaron el resto de la jornada paseando sus nuevas indumentarias por la ciudad. Consiguieron memorizar el trazado de sus calles, al fin y al cabo, no era una ciudad demasiado grande. Nada que ver con la extensión de las grandes ciudades del pasado. Para las antiguas sociedades que poblaban la Tierra, Epifanía equivaldría a una pequeña población.

Al empezar a caer la noche, después de haber pasado un agradable día, caminaron por una zona de aspecto tan pulcra y decimonónica como el resto, pero que descubrieron que se trataba de la zona de burdeles. Por allí vieron la mayor concentración de visitantes que habían encontrado hasta ahora. Apretaron el paso por temor a volver a encontrarse con Balero, del que estaban seguros, se encontraba allí.

Llevaban más de 24 horas sin dormir y el cansancio acumulado se empezaba a dejar sentir. Aguantaron un poco más para ver cómo era el panorama de aquella ciudad por la noche. Pronto empezaron a ver cómo las lucecitas de las farolas comenzaban a encenderse y conseguían una iluminación perfecta de la ciudad. Las mujeres niños y ancianos que paseaban tranquilamente por la mañana se refugiaban en sus casas en cuanto caía el sol. Era el momento en el que la ciudad solo se veía habitada por aquellos rudos visitantes que atestaban los bares y burdeles de Epifanía. Comprobaron que la seguridad de la ciudad no disminuía un ápice por la noche. Los soldados seguían apostados firmemente alrededor del palacete y en la entrada de la ciudad.

Los muchachos decidieron ir directamente al albergue en cuanto terminaron su ronda nocturna. Caminaron por las silenciosas calles que les dirigían hacia la zona de la hostería. La quietud que allí reinaba les mostraba que iban a ser los únicos visitantes que se fueran tan pronto a la cama aquella noche.

No estaban muy lejos del albergue cuando un hombre que pareció salir de la nada se interpuso en su camino. Los muchachos no se pararon, si no que continuaron caminado hacia él. Pero cuando estuvieron lo suficientemente cerca para ser capaces de ver su rostro, el extraño sacó una pistola de su bolsillo y apuntó con ella a Dana que caminaba en el centro. Aquello les cogió por sorpresa y los chicos se detuvieron en seco. En el albergue les habían advertido que las armas no estaban permitidas en las calles de la ciudad. Y que si algún soldado les encontraba haciendo uso de ellas serían expulsados inmediatamente. Así que ellos estaban totalmente desarmados.

-¿Qué cojones estás haciendo? -preguntó Aníbal a aquel extraño.

El hombre esbozó una sonrisa sarcástica. Era alto y de cuerpo atlético. Su espalda era ancha y bien formada, y sus brazos, aunque no tan musculosos como otros miembros de la Hermandad, parecían capaces de levantarlos del suelo. Su rostro era atractivo, y estaba surcado por una cicatriz que le cruzaba la cara en diagonal. Se recogía el pelo en una coleta un tanto más larga y oscura que la de Teo y vestía uno de los elegantes atuendos de soldado que habían visto alrededor de la ciudad.

-¡*Mostra rispetto* mocoso! La pregunta es que estáis haciendo vosotros aquí -dijo con un enérgico acento italiano-. Vosotros sois unos *impostori*. No sois de la *sacra* Hermandad.

-Eh oye tranquilo -dijo Teo tratando de calmar la situación. Se adelantó unos pasos cojeando y le mostró el tatuaje de su cuello-. ¿Ves? Por supuesto que somos de la Hermandad.

-De eso nada -le contestó sin bajar el arma del pecho de la joven-. Puede que con un *tatuaggio* hayáis engañado al resto, pero no a mí.

Los muchachos se miraron sin saber qué hacer.

-Pero ¿por qué dices eso? -le preguntó Teo manteniendo el tono de voz conciliador que tan bien había asimilado de Román-. ¿Qué te hace pensar que no somos miembros de la Hermandad?

-Si fuerais *membri* de la Hermandad ya habríais saltado sobre mí para quitarme el arma a hostias. Es el miedo a *morire* en vuestros ojos lo que os delata -el hombre se relamía con cada palabra con la que les provocaba-. ¿Lo vais a intentar? ¿Vais a saltar sobre mí?... ¿Quién de vosotros será el que se arriesgue a morir por *salvare* a sus *compagni*? Aunque *certamente* me agradeceréis que os mate yo aquí y ahora antes de

que les cuente a los soldados que sois *infiltrati*. Esos tipos son *davvero* religiosos, no tenéis ni idea de lo que hacen con los que traicionan a su Dios.

Los muchachos volvieron a compartir una mirada nerviosa. Ya estaba Aníbal a punto de correr hacia él cuando el hombre bajó el arma y empezó a reír a carcajadas. Se rio tanto que se empezó a agarrar el pecho de la risa. Los chicos se quedaron completamente desconcertados. Pero no se quedaron quietos, si no que aprovecharon el ataque de risa del hombre para ir hacia él. Entonces él paró de reírse y guardó la pistola haciéndoles un gesto de que quedaba indefenso, como ellos.

-¡Eh quietos ahí fieras! Que yo soy de la Resistencia.

Los muchachos se detuvieron en seco y abrieron los ojos como platos, mirando con desconfianza a aquel tipo.

-¿De la Resistencia? -le pregunto Teo suspicaz-. ¿De qué hablas?

-Tú eres Teo, ¿no? -le preguntó al chico que se sorprendió de que conociera su nombre-. Probo me habló de ti. Hizo una descripción muy *buona* -dijo mirándolo de arriba a bajo-. Me habló de ti y de quienes serían tus *compagni*. He estado vigilante a ver si aparecáis. Yo me llamo Luca.

-¿Probo está también en la ciudad? -preguntó Teo mirando alrededor como si esperara encontrárselo doblando la esquina.

-No, claro que no -le respondió como si pensara que la pregunta era absurda-. Probo está en el refugio de la Resistencia.

-Pues no lo entiendo. ¿Cómo puede ser que hayas hablado con él? No ha tenido tiempo de venir aquí e irse -le dijo suspicaz Aníbal que estaba al tanto del encuentro de su amigo con la Resistencia.

El italiano volvió a emitir otra de sus sonoras carcajadas que consiguieron irritar mucho a Aníbal.

-¿Os suena algo llamado Internet?

-¿Internet? -preguntó Dana confundida-. Orión nos contó que no existe desde hace muchos años.

-Bueno, quizás en vuestro pequeño refugio no exista. Pero hay vida más allá de él ¿sabéis? -. el hombre observó sus rostros algo confundidos y esbozó una sonrisa.

Señaló con el brazo todo lo que había alrededor-. ¿Habéis visto *questo*? La humanidad no ha tirado la toalla. Se están haciendo *grandi cose*. Y no solamente aquí. Pero la Hermandad quiere hacerse con los recursos de tutta Europa para quedárselo todo ellos.

-Pensábamos que la Hermandad pretendía exterminar al ser humano para iniciar el Apocalipsis -contestó Teo.

Luca emitió otra risotada que se propagó por la vacía calle.

-¿La extinción de la *razza* humana? ¿A ti te parece que si pensaran suicidarse construirían una *città* como *questa*?

-Pero nosotros hemos estado viajando con miembros de la Hermandad y ellos están convencidos en que van a dar su vida por Dios -le contradijo Teo.

-Por supuesto que sí, y por eso no encontrarás unos asesinos *più feroce* que ellos. Pero mientras ellos van en busca de una vida *migliore* después de la muerte, los líderes viven de puta madre esta.

-Hay una cosa que no me ha quedado muy clara -intervino Dana-. ¿Hay más ciudades bajo el cristal como esta?

-*Questo* no es cristal, es una burbuja de grafeno -les explicó Luca señalando la enorme cúpula que les rodeaba-. Es posible que haya más como *questa*. No nos vamos a conformar para siempre con vivir *sotto* la tierra. Mirad, no sabemos *esattamente* qué pueden estar haciendo en otras partes del *mondo*. Pero lo que es seguro es que no van a venir a salvarnos de la Hermandad. Hay buenos refugios, pero están demasiado desconectados los unos de los otros y esa ha sido la fórmula para que la Hermandad se abra paso *liberamente* por nuestros territorios. La misión de la Resistencia es poner en sobre aviso a todos los refugios y organizarnos contra ellos -Luca hizo una pausa para mirar alrededor y asegurarse que nadie rondaba la zona-. He *sentito* ese plan loco que tenéis, y me parece una *grande* idea.

-¿De verdad? -preguntó Teo aliviado de que alguien de la Resistencia aprobara sus planes-. A Probo le pareció una locura.

-Claro, si a mí también me lo parece -le contestó y cambió la expresión del chico-. Pero *per caso que lo* consiguierais crearíais mucho caos y disidencia entre los miembros de la Hermandad. *Questi idioti* adoran a Gabriele casi más que a su Dios.

-¿Y sabes alguna manera de que nos podamos acercar a él? -le preguntó Teo.

-No qué va -dijo volviendo a emitir una risa sarcástica que consiguió irritar del todo a Aníbal-. Es imposible que os dejen acercaros a solas o *accompagnati* al líder. Nadie os conoce. No os van a dar ese trato *preferenziale*. A menos que.... -empezó el italiano, pero se detuvo remoloneando, como si no quisiera tener que decir lo que iba a decir.

-Venga, ¡dínoslo! -le animó a hablar Teo impaciente-. Estamos dispuestos a hacer lo que sea.

-Quizás tú sí que tengas la oportunidad de acercarte al líder -dijo mirando a los ojos a Dana que se sorprendió.

-¿Yo?, ¿cómo? -preguntó ella.

-Bueno, es un tema *delicato*... -dijo Luca apretando los dientes en una mueca-. Pero digamos que al líder le gusta pasar tiempo a solas con *ragazzas* jóvenes... Y me atrevo a pensar que más si son novedades.

Tanto su hermano como Aníbal se enfurecieron al escuchar estas palabras.

-¡Mi hermana no va a irse a la cama con un viejo por esta misión! -exclamó indignado Teo.

-No hace falta que vaya hasta la cama. Con que pase por el umbral de la *porta* con él ya será todo un logro... -contestó Luca sin hacer caso de las muestras de contrariedad de ellos dos.

Dana no necesitó pensarlo demasiado y antes de que su hermano volviera a intervenir sentenció:

-Lo haré.

-¡¡Dana!! -exclamó su hermano mirándola como si estuviera loca-. No vamos a dejar que te pongas en peligro tú sola.

-Es que no me tenéis que dejar nada. No os he pedido vuestra opinión -dijo enfrentándose a su hermano-. Llevo aguantando babosos desde que empezó este viaje, y no voy a perder la oportunidad de acercarme al único que me interesa. Voy a enseñarle a la Hermandad que las chicas podemos desempeñar más funciones de las que a ellos les gustaría.

-¡Bien dicho *brava*! -le aplaudió entusiasmado Luca-. ¡Dale su merecido a ese *vecchio*!

Aníbal fulminó con la mirada al italiano y cogió a su amiga de las manos para que le escuchara.

-Esta no es la única manera -le dijo mirándole a los ojos-. No quiero que seas tú quien se arriesgue. Yo os traje hasta aquí, así que yo debo ser el primero que se ponga en peligro.

-Parece mentira que precisamente tú dudes de mi capacidad de persuasión con los hombres -le contestó divertida.

75 Años sin Luna

La madrugada de su tercer día en la ciudad, Dana se levantó de la cama agotada después de una noche en la que no había conseguido apenas conciliar el sueño. Se puso el atuendo que había comprado en “Il piccolo Eden di Arabela e Rossi” y salió de la habitación tratando de no hacer ruido. Subió a la terraza del albergue para ver cómo salía el sol. No llevaba demasiado tiempo ahí fuera cuando escuchó que la puerta se habría y aparecía Aníbal. El chico también se había vestido y parecía preparado para marcharse. Se apoyó en la barandilla junto a ella para observar el horizonte.

-¿Tú tampoco puedes dormir? -le preguntó a su amigo.

-Claro que no. No entiendo como alguien puede hacerlo en una noche como ésta - contestó.

-¿Teo está dormido verdad? -le preguntó conociendo la facilidad de su hermano para conciliar el sueño.

-Como un bebé -le contestó pensando en su amigo que roncaba en su cama dos pisos más abajo-. Se me han caído las llaves del camión mientras las guardaba y ni siquiera se ha inmutado -la observó de reojo-. ¿Estás preocupada por la misión? Porque todavía estamos a tiempo de pensar en otra cosa.

-No estoy preocupada por mi parte de la misión. Si no por lo que viene después. Temo que algo salga mal -dijo sin poder evitar que oscuras visiones surcaran su mente.

-Todo saldrá bien -trató de reconfortarla-. Tenemos un buen plan. Si lo seguimos paso a paso tendremos una oportunidad de escapar de la ciudad ilesos.

-Sí. La verdad es que ha sido una suerte que Luca haya decidido ayudarnos -comentó.

-Ha sido de ayuda -contestó con poca convicción Aníbal. El italiano no era santo de su devoción-. Al final la información que nos ha proporcionado nos va a ser de utilidad.

Pero el que no vaya a ayudarnos en la misión dice de él que es un cobarde.

-No creo que se niegue a hacerlo por cobardía -le defendió-. Le ha llevado mucho tiempo ganarse la confianza de la Hermandad. La Resistencia necesita tener a alguien aquí que les pase información.

Aníbal negó con la cabeza mientras observaba cómo el sol comenzaba a mostrar sus primeros rayos detrás de la burbuja.

-Esto es otra cosa que me fastidia -dijo señalando con su mano hacia la gran cúpula-. Hemos vivido aislados todo este tiempo. Ese Luca nos puede tratar como a idiotas que no saben qué se mueve fuera de su círculo, porque lo somos. Me da rabia que nuestros padres tuvieran que morir para que Marinaterra empezara a despertar.

-Lo hicieron lo mejor que supieron Aníbal. No ha debido ser fácil construir un hogar como el nuestro en este mundo. Aunque no nos guste cómo han hecho muchas cosas, es nuestra casa.

-No la mía -contestó con rotundidad Aníbal-. Yo no tengo ningunas ganas de volver ahora que he descubierto que el mundo es más grande de lo que pensaba.

Dana se separó de la barandilla y se giró para contemplar a su amigo.

-Eso quiere decir que ¿no volverás hoy con nosotros a Marinaterra si conseguimos salir de aquí? -le preguntó con voz preocupada.

-Allí no me queda nada que me diga que es mi casa... Pero Teo es como mi hermano y tú... -se detuvo para colocarle un mechón de pelo suelto por detrás de la oreja-. Ya sabes de sobra lo que eres tú para mí... Por eso me asusta tanto lo que pueda pasar hoy. Si algo llega a pasarte yo...

Dana puso su dedo índice en los labios de él para que se detuviera y se acercó para besarle. Pero para su sorpresa, él posó sus manos sobre sus hombros y la detuvo. Ella le miró algo dolida.

-No me hagas esto ahora por favor -le dijo con una sonrisa en los labios-. Llevo esperándolo muchos años y si lo haces ahora parecerá que es una despedida. Y no me da la gana. Lo quiero cuando salgamos vivos de esta.

Dana parpadeó unos segundos y apartó las manos de él de sus hombros como si de

pronto estuvieran pegajosas.

-¿Me acabas de rechazar? -le preguntó en tono dramático-. Madre mía chaval. ¡Ni sueños que esto va a volver a repetirse! Más te vale que muramos hoy porque si no te espera toda una vida de cobras -dijo la muchacha indignada mientras se dirigía hacia la puerta de la azotea andando enérgicamente.

-¡Dana!;Ven, no te enfades! -la llamó Aníbal sin poder borrar la sonrisa de su cara.

La muchedumbre colapsaba la Plaza de la Luna que rodeaba el palacio del líder. La ciudad había sido engalanada con flores, guirnaldas e imágenes de Gabriele a las que siempre rodeaba un halo de misticismo. Se esperaba que el líder saliera de un momento a otro a dar comienzo a las fiestas desde su balcón. Al lado, habían instalado una gigantesca pantalla para que todo el mundo pudiera contemplar bien su imagen. Los muchachos consiguieron un buen lugar para ver toda la ceremonia en el centro de aquella plaza. Una banda de música amenizaba la espera de aquel acto que se celebraba al medio día. Agudizando la vista, pudieron divisar la figura de Luca formando con solemnidad junto a los otros soldados que hacían un cordón alrededor de la plaza.

El líder se hizo esperar durante un buen rato antes de hacer su aparición. Finalmente, la música se interrumpió y un ejército de palomas cruzaron volando frente al balcón al que todos miraban. Se escuchó una sonora exclamación entre el público que estaba ansioso. En la gran pantalla apareció al fin una figura vestida con una túnica color rojo sangre. Su rostro poseía una mandíbula bien dibujada y estaba surcado por arrugas. Sus ojos grises eran penetrantes y amenazadores, como si pertenecieran a un hombre 30 años menor. Mechones de pelo gris, algo descuidados, le caían a la altura de los hombros. Y debajo de su toga se adivinaba una figura ágil y enérgica. Su imagen les había perseguido desde el momento en el que entraron a Epifanía, pero al verlo en persona sus sensaciones fueron diferentes. Aquel hombre desprendía una energía única.

Gabriele salió con los brazos en cruz acogiendo con ellos a su público como si lo abrazara. Ellos, lo aclamaban enfebrecidos, como si el mismo Dios se hubiera presentado ante ellos.

-¡Amigos! -se escuchó su atronadora voz a través de los micrófonos. Gabriele hablaba en italiano, pero gracias a los subtítulos de la pantalla, todos los que no lo hablaban con fluidez iban a poder entenderle-. Hoy me siento realmente bendecido. Bendecido como no me había sentido en mucho tiempo. Y es que hoy estamos aquí... todos unidos para celebrar una fecha dichosa en nuestro calendario. Solo faltan 4 días para que se

cumpla el 75 aniversario en el que Dios Nuestro Señor decidió salvarnos -hizo una pequeña pausa para escuchar los aplausos entusiasmados-. Os veo aquí reunidos y mi corazón se llena de orgullo. Mis fieles soldados... Los fieles soldados de Dios. Habéis peleado con fiereza por vuestro Señor y le habéis demostrado que sois dignos de entrar en el reino de los cielos. Algunos sois apenas recién llegados y otros lleváis conmigo desde el principio... Desde que Dios me confirió el poder para abrir el libro sagrado del Apocalipsis.

Un viejo barbudo vestido con una ajada túnica grisácea apareció por detrás del líder portando un cojín rojo con un libro encima. De forma ceremoniosa, Gabriele cogió el libro y lo sostuvo por encima de su cabeza mostrándoselo al público que ahogó un grito y se arrodilló ante él. Los jóvenes notaron empujones a su alrededor que los llevaban a caer sobre sus rodillas. Toda la Plaza de la Luna quedó postrada ante aquel volumen.

-El Sagrado Libro de los Siete Sellos -entonó Gabriele-. Profetizado en el Apocalipsis como la antesala del fin del mundo. Solo el cordero de 7 ojos y 7 cuernos estaba capacitado para abrir los sellos... Pero hace ya más de 75 años Dios me confirió a mí el poder de abrirlos... ¡Y así lo hice!... Y la apertura de cada sello desembocó en una catástrofe para la humanidad. Guerras. Hambre. Terremotos... Muerte y devastación. Los puros también tuvimos que sufrir a manos de los infieles como ya se había anunciado. El fin de la humanidad sobre la Tierra estaba escrito. Pero el Anticristo fue liberado con la apertura del primer sello y contaminó al débil humano. ¡Consiguió infundir en su alma esa necesidad nefasta de resistirse a la voluntad de Dios! -narraba con gran energía Gabriele-. Entonces Dios me quitó el poder así como antes me lo había dado. ¡No se me permitió abrir el séptimo y último sello! Dios entonces se me manifestó y me habló... Me transmitió que el Apocalipsis quedaría aplazado hasta que el Anticristo no fuera expulsado de las entrañas de la tierra donde espera escondido... Hoy doy gracias por vosotros, fieles sirvientes de Dios. Trabajáis duro arrancando el mal de la tierra. Y por eso nuestro Señor nos recompensa con este espacio sagrado que es Epifanía -Gabriele cerró los ojos y juntó las manos mirando al cielo. Muchos de los miembros de la Hermandad lo imitaron-. Cuando nuestra misión haya terminado, todos los Hermanos nos reuniremos bajo este majestuoso cielo y abriremos con nuestro poder el séptimo sello. ¡Este dará comienzo a siete juicios más severos! ¡Y se anunciará la venida final de nuestro Señor a este mundo para rescatarnos! -un silencio solemne se había propagado entre la audiencia-. Y ahora, para dar inicio a estas festividades, ¡oremos!

Tras la misa oficiada por Gabriele, que duró aproximadamente una hora y media, se iniciaron los festejos por toda la ciudad. Se organizó un buen banquete con los platos

más suculentos que jamás habían visto. Los espectáculos de música y los teatrillos que representaban diferentes escenas de la vida de Gabriele se apoderaron de las calles. Había un ambiente muy distendido que los jóvenes habrían disfrutado con ganas si no hubieran estado tan preocupados por la prueba que tenían por delante.

Siguiendo las indicaciones que habían recibido de Luca, en cuanto la gente comenzó a engullir la comida y diseminarse por la ciudad, se dirigieron a la entrada del palacio para pedir audiencia con un alto mando de la guardia privada de Gabriele. Teo fue el encargado de transmitir los deseos de su hermana al oficial Carlo, de entregar su virginidad al líder de la Hermandad. El oficial, era un hombre alto e imponente. Con un rictus de severidad en un rostro en el que destacaba un bigote de buen tamaño, evaluó detenidamente a Dana. La joven permaneció en silencio tras su hermano con la cabeza gacha intentando parecer lo más inofensiva posible. Levantó la vista para mirar al oficial y le regaló una sonrisa tímida.

-¿Tú no eres residente de Epifanía verdad? -le preguntó a la chica con un marcado acento italiano.

-No. Ella ha estado en la carretera conmigo y nuestro padre sirviendo a la Hermandad señor -le respondió Teo.

-¿Es que no sabe hablar? -le preguntó molesto Carlo.

-Sí sabe. Pero es realmente tímida señor -le respondió de nuevo Teo-. Y está muy nerviosa ante la posibilidad de encontrarse con nuestro líder, señor.

-Entiendo -dijo prosiguiendo con su evaluación. Después de unos cuantos segundos que se les hicieron interminables, Carlo finalmente habló-. Está bien. Que pase para que las mujeres la preparen y el líder decidirá si desea su compañía o no.

El oficial hizo un gesto a uno de los soldados para que la acompañara al interior, pero su hermano la retuvo del brazo.

-¡Os la vais a llevar ya? -preguntó alarmado de que fuera tan inmediato.

-¿Algún problema? -le preguntó a su vez Carlo al que no parecía gustarle que cuestionaran sus acciones.

Dana desasíó con suavidad la mano de su hermano de su muñeca y le dio un cariñoso beso en la mejilla. Después dio media vuelta y siguió solícita al hombre que le llevaría

al interior del palacio.

En el exterior Aníbal y Teo tampoco se dedicaron a disfrutar de las festividades. Cada uno repasaba ensimismado en sus propios pensamientos su parte del plan. Luca les había proporcionado un plano del interior del palacio con los turnos y las posiciones de los soldados. Para colarse en el interior, Aníbal tendría que aprovechar la entrada de servicio durante el cambio de guardia. Gracias a las festividades, la mayor parte de la guardia del palacio se encontraría en la ciudad. Era necesario un dispositivo especial de contención para reprimir las reyertas que se producirían entre todos aquellos visitantes belicosos que pasarían el día bebiendo . Mientras tanto, Teo tendría que encargarse de que estuviera todo listo para que el plan de fuga se pudiera llevar a cabo.

A las 18 de la tarde estaba previsto el cambio de guardia de la zona de servicio. Unos minutos antes Aníbal se había escabullido entre la multitud que ya estaba bastante borracha y se escondió detrás de unos arbustos simétricamente recortados. Allí se quitó el elegante atuendo que llevaba. Sacó de la bolsa que portaba, vieja ropa usada más propia a la que llevaban los sirvientes en el interior del palacio y la cambió por la que llevaba puesta. Después guardó el resto de prendas en el interior de la bolsa y lo escondió dentro del arbusto.

Esperó pacientemente a que el reloj marcara la hora y se aventuró al interior del palacio. Se encontró con una ajetreada cocina en la que decenas de personas se movían con rapidez entre ollas que despedían vapores y desprendían un olor delicioso. Los sirvientes se movían en perfecta sincronía llenando sus bandejas de manjares para llevarlos fuera. Aníbal cogió un delantal que vio colgado y pasó desapercibido en aquel ambiente de trabajo agitado. Se deslizó por el pasillo de servicio y esperó al cambio de guardia para subir al nivel superior.

Dana fue llevada por el soldado a una de las habitaciones de las mujeres. Al llegar, él tocó a la puerta con el puño y esperó diligentemente. Una mujer que ya pasaba los 50, vestida con exquisita elegancia y un altísimo moño oxigenado, abrió la puerta y los miró de arriba a abajo.

-¿Cosa? -preguntó sin miramientos.

-Aquí traigo una doncella que quiere ofrecer su virtud al líder -contestó recto como una estaca el soldado.

-¿Una doncella? ¡ja! Eso habrá que verlo -la mujer agarró de la muñeca a Dana y la

arrastró al interior cerrando la puerta en las narices del soldado.

Aquella era la alcoba más lujosa que Dana había contemplado jamás. Parecía uno de aquellos aposentos de princesa de cuento que leía de niña en el refugio. Los muebles eran de estilo rococó profusamente ornamentados y las paredes estaban pintadas con un papel de flores rosas que le resultó demasiado excesivo. Tras unos instantes de estar allí, ya estaba harta de aquella decoración.

En una coqueta mesa se encontraban dos mujeres más tomando té en un elegante juego de tazas. Si bien no habrían llegado a los 50, pocos años les faltarían. Una de ellas era de facciones duras, pómulos y mandíbula bien definida y permanente gesto desagradable en el rostro. Dulcificaba un poco aquella dureza luciendo un vaporoso vestido azul cielo coronado por un moño negro bien apretado. La otra contertulia tenía un gesto más agradable y una apariencia más sencilla. Su piel era de una tonalidad muy bronceada y sus ojos almendrados observaban con curiosidad a la extraña mientras daba pequeños sorbitos a su té.

-¡Se acabó chicas!, ya nos han interrumpido nuestra tarde de diversión -dijo la mujer que la acompañaba. Dana entendió a medias sus palabras e intentó decir con gestos que ella no quería molestar.

-Mírala. ¡Ni siquiera *parla* italiano! -exclamó la mujer de moño apretado al ver sus esfuerzos por comunicarse-. Si pretendes quedarte a vivir en Epifanía ya te puedes dar prisa en aprender la *lingua del nostro* líder.

-No si yo no quiero... -balbuceó Dana algo intimidada. Pero tragó saliva y se recompuso para continuar-. Yo no quiero quedarme a vivir, a mí me gusta más la calle.

-¿Han *sentito* eso? -preguntó la mujer oxigenada como si no pudiera creerlo-. ¡Vivir en la calle! ¡Ja! Solo de pensar en pasarme el día sudando me salen *eruzioni*.

-¿Entonces, porqué has *venuto* aquí? -le preguntó la mujer de gesto amable con curiosidad.

-Para, bueno... -empezó Dana.

-Para entregarle su "*virtù*" al *nostro* líder, ¿no es eso bonita? -contestó la mujer que le había recibido entrecomillando con los dedos sus palabras.

-¡Qué *bello*! -exclamó con sorna la mujer de gesto desagradable-. Venir hasta aquí

para entregarle tu *fiore* al líder. Y después volver a arrastrarte por esas mugrientas calles. ¡Tan generoso *da parte tua*!

-No seas tonta *ragazza* -dijo la mujer agradable-. Eres muy guapa. Estoy segura de que si lo solicitas te dejarán quedarte en la *città*. *Vivere* aquí y tener a tus *bambini* es lo mejor a lo que puedes optar en este *mondo*. Lo que hay ahí *fuori* no es adecuado para una *ragazza* como tú. Por eso, *questi due* víboras de aquí -dijo señalando a sus amigas-, les cuesta creer que todavía tengas *verginità* que ofrecer.

-De todas formas, no sé si hoy va a ser ese gran *giorno* para ti -le dijo la mujer que le había recibido-. *Il nostro* líder tendrá que *decidere* entre ti y una de sus *preferiti*. Ella está ahora mismo *prendendo* un baño de espuma. En cuanto ella salga tu vas para dentro.

-No gracias, yo estoy bien -se apresuró a decir Dana queriendo evitar a toda costa el baño.

-Cariño -le dijo con un tono poco cariñoso-. No es una *opzione*. Delante del *nostro* líder hay que estar siempre *pulita* como una patena. Y más si vienes de ahí *fuori* -dijo con una risita-. Así que vas a ir a lavarte una y mil veces si hace falta porque voy a estar ahí para supervisararlo. Y después vendrás aquí a que te peinemos y arreglemos para que quedes al gusto *del nostro líder*. El las prefiere jovencitas, pero nosotras ya hemos tenido el *piacere* de pasar por sus aposentos y *sappiamo* qué es lo que le gusta. Si tienes suerte y te escoge, pasarás una *notte* que jamás podrás olvidar -dijo con voz cantarina y miró a las otras dos que prorrumpieron en carcajadas.

Dana aprovechó ese momento que estaban distraídas para sacarse con cuidado la daga que había guardado con una cinta debajo de su vestido. La escondió con disimulo bajo el mullido cojín de uno de los sofás rococó de la habitación. Si esas mujeres pensaban verla desnuda, no podía permitir que descubrieran la daga.

Tras la sesión de baño en la cual tuvo que soportar las miradas y comentarios de aquellas tres mujeres, la llevaron a peinarla y vestirla con un atuendo que consideraron más apropiado para el dormitorio. A ella le pareció que tan solo se trataba de una versión más corta y liviana de su propio vestido.

Cuando vio a Paola, la otra candidata a ser elegida para una noche de pasión con el líder, sintió que la misión iba a fracasar. No le extrañó nada que fuera su favorita. Era

la chica más guapa que ella había visto jamás. Tenía un rostro angelical en el que destacaban unos grandísimos ojos azul cielo. De su cabeza caía una cascada de tirabuzones color dorado que le llegaban hasta la cintura. Y por su delgadez y escasa estatura, parecía casi una muñeca. Paola le saludó con un educado "ciao" al verla, y ella se vino abajo pensando en que su plan no iba siquiera a dar comienzo. La mujer amable pareció adivinar sus pensamientos, porque dejó de peinarla por un momento para susurrarle al oído:

-*Non ti preoccupare*. Que al *nostro líder* le gustan las novedades. Y ella no lo es tanto como tú -le dijo, y le guiñó un ojo en el espejo, que consiguió tranquilizarla en parte.

A las 9 de la noche, Gabriele daba su segundo y último discurso del día ante un público completamente borracho. Ellos interrumpían con aplausos cada una de sus palabras. Estaban ansiosos por comenzar a dispersarse hacia los burdeles. Dio lo que para él fue una magnífica charla sobre aquel cielo estrellado que los miraba, pero percibió a su público demasiado embriagado como para apreciarlo. Así que decidió darlo por terminado pronto y volver dentro.

-Questi idioti ignoranti! -exclamaba enfadado mientras avanzaba por el pasillo con su séquito detrás-. Sono stufo di loro!

-Señor -dijo con timidez uno de sus hombres más cercanos en italiano-. ¿Quiere retirarse a sus aposentos por hoy?

-Sí Pietro. Mandadme a Paola allí -ordenó el líder amasándose las sienes con sus pulgares-. Esa chica hace unos masajes excelentes.

-Señor, me han comunicado que hoy tenemos a una chica nueva que podría ser de su agrado.

-¡Ay no Pietro! Estoy muy cansado. Mandadme a Paola y dejad a esa chica para otro día.

-Es virgen señor... -contestó Pietro antes de abandonar el tema.

Cuando unos golpes se escucharon en la alcoba, las tres mujeres se sobresaltaron. La de pelo oxigenado fue corriendo a abrir la puerta. Dana, que se había sentado en el sofá donde había escondido la daga, la cogió con disimulo mientras esta se levantaba a abrir. La colocó como pudo sujeta a la única prenda que le habían dejado llevar bajo el escueto vestido. Confiaba que la tira de la pieza de lencería aguantara el peso de la daga que por suerte era ligera. Aun así, cuando la mujer le hizo darse prisa para posicionarse delante de la puerta, permaneció con los brazos muy juntos al cuerpo para

sostenerla.

-*Ragazza* estás *molto* rígida -le dijo la mujer sacudiéndole un poco por los hombros-. Relájate, que pareces un robot.

En cuanto se escucharon los pasos del séquito avanzar por el pasillo, la mujer se apartó y la dejó allí en mitad de la sala formando junto a Paola. Ella sonreía de una manera muy natural. Dana intentó imitarla, pero fue incapaz, los nervios le estaban dando ganas de vomitar allí mismo. En cuanto Gabriele apareció, las tres mujeres se inclinaron con rapidez. Paola cogió de forma grácil la falda de su vestido e hizo una graciosa reverencia. Dana trató de emularla, pero no quería moverse mucho para que no se le cayera la daga, así que su saludo quedó mucho más torpe.

El séquito se detuvo en el umbral de la puerta, pero Gabriele continuó avanzando y se puso a tan solo un par de pasos de las chicas. Sonrió a Paola que le devolvió la sonrisa y después miró con curiosidad a Dana que intentó parecer simpática.

-¿Cuál es tu nombre?- le preguntó para su alivio en un castellano perfecto.

-Es Dana, señor -contestó ella con la poca voz que consiguió sacar de su cuerpo.

-¿Hace mucho que sirves a la Hermandad? -le preguntó mientras examinaba de cerca su tatuaje.

-Desde pequeña señor. Mis padres servían a la Hermandad y murieron en batalla -contó la historia que había aprendido.

Gabriele sonrió con satisfacción al escuchar esas palabras. Acercó una mano repleta de anillos de piedras preciosas a su barbilla para que levantara la cabeza y verla mejor. La escudriñó con sus enérgicos ojos durante unos segundos en los que la chica tampoco pudo apartar sus retinas de él. Dana no podía evitar que su mirada se tornase en algo desafiante frente a aquel hombre que tanta repulsión le causaba. Pero aquello no pareció disgustar a Gabriele, pues dijo:

-Esta noche serás mi invitada -sentenció y se dio la vuelta haciendo que su túnica revolotease tras él. Pero justo cuando estaba por llegar al umbral de la puerta, apoyó su mano en el marco de madera y se giró una última vez para añadir-: Paola, ven tú también.

Noche de placer

Dana fue conducida a los aposentos principales en compañía de Paola. Se lamentaba de la decisión que había tomado el líder de la secta de elegir las a las dos. Dana no había previsto el escenario de tener que compartir alcoba con una testigo que sin duda complicaría aún más su misión. Paola en cambio acudía resplandeciente, como si se dirigiera a la mejor cita de su vida.

Los dos soldados las acompañaron junto a las puertas de roble de la habitación y les abrieron ceremoniosos. A Dana no le sorprendió ni un ápice la majestuosidad de aquella sala después de haber presenciado otros lugares del palacio. Aquel lugar era justo como había imaginado. Compuesto por muebles de roble de buena calidad, paredes decoradas con papel pintado y una gran cama con dosel presidiendo la estancia. Al lado de un gran ventanal, mirando por la ventana con una copa de vino en la mano, les esperaba Gabriele. Había cambiado su túnica roja por un atuendo más mundano, compuesto por pantalón de lino y camisa blanca.

-Mis chicas -dijo cuando las escuchó entrar, aunque ni siquiera apartó la vista de la ventana. Levantó un brazo para indicar que se acercaran. O eso interpretó Paola que se dirigió a él solícita en cuanto movió un músculo. Gabriele les ofreció una fuente de fruta que había sobre la cómoda. Paola cogió una uva y se la metió en la boca al anciano y los dos rieron como un par de adolescentes. Gabriele se giró para observar a Dana que se había quedado cortada en mitad de la habitación. La chica decidió sobreponerse a esa situación, respiró hondo y resolvió que era el momento de interpretar su papel. Sacó su mejor sonrisa y se acercó contoneando las caderas al otro lado del líder. Él la recibió satisfecho y le pasó el brazo que le quedaba libre por encima de los hombros.

Desde la ventana podía observarse una magnífica panorámica de Epifanía. Parecía que estuvieran sobrevolando la majestuosa Plaza de la Luna en la que todavía se disfrutaba de la fiesta con música y alcohol. El resto de la ciudad parecía tranquila y ajena a los acontecimientos que iban a suceder aquella noche que debían cambiar su rumbo para siempre. Notó cómo la mano que le sujetaba por los hombros comenzaba a descender

por su espalda y le asaltó el miedo de que notara el mango de la daga. Así que se giró un poco y le pasó una mano por el pecho para sugerirle a pocos centímetros de sus labios:

-¿Y si vamos a la cama?

-*Mio Dio!* ¡Y yo que pensé que eras tímida! -dijo gratamente sorprendido.

Gabriele la besó en los labios y ella no pudo evitar que se le vinieran a la mente aquellas pilas de cadáveres de Bellatorre. Pero Paola también quería su parte de atención y enseguida le acarició el cuello para que la besara a ella. Dana aprovechó para empujarles suavemente hacia la cama.

Mientras la pareja se sentaba sobre el colchón, Dana deslizó la daga bajo su ropa interior y la dejó escondida en el jergón. Gabriele le hizo gestos con el brazo de que se acercara a ellos, pero ella se levantó y empezó a moverse. Imaginó que sonaba la melodía de una vieja película que había visto en el refugio mientras comenzaba a bailar de forma sensual. Gabriele interrumpió el besuqueo para contemplar los movimientos de cadera de la joven. Ambos, desde la cama, miraban hipnotizados la voluptuosa danza de Dana. La muchacha jugueteaba subiéndose la falda del vestido y despeinándose el cabello al ritmo de su canción imaginaria.

Dana observó los brazos fuertes del líder. A pesar de ser un hombre anciano estaba segura de que tendría una fuerza importante con la que intentaría defenderse. Y ella quería evitarlo a toda costa.

Con el dedo índice le hizo un coqueto gesto a Paola para que se acercara. La chica se señaló a si misma sorprendida y Dana afirmó con la cabeza. Paola, que parecía dispuesta a limitarse a contemplar aquella danza improvisada, se levantó y fue al encuentro de Dana. Ésta la agarró de las manos y juntó su cuerpo al suyo moviéndose de forma sugerente. La chica comenzó a reproducir su baile con gracia y juntas bailaron una sensual danza que encandiló a Gabriele.

Las observaba encantado tumbado en la cama. Dana juntó sus labios a los de Paola y le dio un húmedo y lascivo beso. La chica, al principio pareció algo contrariada, pero enseguida comprendió que era otra maniobra para divertir a su líder que ahora las observaba con la boca abierta. Dana separó sus labios de los de la chica y la giró para que se pusiera de cara a Gabriele. Le apartó el pelo de su nuca y la besó. La chica se dejó conducir unos pasos más hacia la cama y Dana la hizo subirse a horcajadas encima de Gabriele mientras ella se arrodillaba en la cama justo detrás de ella.

Podía percibirse en el aire la excitación del religioso como si se tratara de

electricidad estática. Dana cogió entonces con sensualidad la mano de la chica y la guio a la entrepierna de él. Dejó que la joven hiciera lo suyo mientras notó que una de las manos del hombre le acariciaba el pelo. Ella aprovechó para juntar más su cuerpo al de la chica que seguía concentrada en su labor mientras Gabriele comenzaba a poner cara de estar viviendo una aparición mística.

Dana pasó los dedos de su mano izquierda por los labios de la chica y ésta los abrió para morderlos con suavidad. Notó la cálida humedad entre sus dedos mientras los del hombre se retorcían de placer enredándose en su pelo. Entonces Dana sacó los dedos y le tapó la boca con firmeza a la italiana. Al mismo tiempo sacó la daga de debajo del colchón y con un rápido movimiento la dirigió hacia la garganta del líder de la secta. Éste abrió mucho los ojos al verla y solo consiguió esbozar una palabra:

-¡Piedad! -exclamó con la voz ahogada de terror.

-Yo no tengo de eso -le contestó Dana mientras hundía la cuchilla en su garganta como si fuera mantequilla. De ella empezó a brotar un río de sangre del mismo color que su túnica.

El hombre intentó retorcerse y tirar de su pelo pero Dana percibió como la fuerza y la vida se escapaba de su cuerpo en cuestión de segundos. Paola contempló aquella misma escena horrorizada y retorciéndose como un animal encabritado para quitarse de encima a la asesina de su líder. Dana trató de contenerla poniendo la daga en su cuello, pero la italiana estaba en pánico y al fin y al cabo era miembro de la Hermandad, así que no temía por su propia vida. Le mordió los dedos con los que le tapaba la boca y le propinó un fuerte codazo en el estómago que casi la tiró de la cama. En cuanto su boca quedó liberada chilló con desgarró para llamar la atención de los guardias.

Aníbal había permanecido escondido varias horas en los aposentos de los sirvientes. Según la información que les había proporcionado Luca, el líder tenía programada una última misa a las nueve de la noche, así que Aníbal no esperaba salir de allí hasta al menos aquella hora.

Gracias a la poca seguridad que había aquella noche en el interior del palacio, a Aníbal no le había costado seguir el camino marcado por Luca hasta situarse en un lugar cercano a los aposentos de Gabriele. Para Aníbal, Luca era un prepotente al que le gustaba presumir de todo lo que sabía de la Hermandad y lo alto que había llegado infiltrándose. Pero tenía que reconocer que sus indicaciones hasta el momento habían

sido determinantes y certeras. Aníbal esperó con paciencia en el pasillo contiguo ligeramente refugiado tras una estupenda colección de armaduras para hombres de al menos el doble de su tamaño. Primero escuchó la voz del líder acercándose a su alcoba mientras charlaba con alguien en italiano. Y al rato oyó unos pasos marciales acercarse y entrar en la habitación y supuso que se trataría de su amiga escoltada. Tuvo un buen rato para pensar toda clase de posibilidades descabelladas. Incluso se le pasó por la mente que su amiga no consiguiera ser invitada a la habitación y él estuviera ahí escondido para nada. Aunque esperaba que dado ese caso, alguien se acercaría a avisarle. ¿O no?

Un chillido angustioso de mujer le sacó de sus pensamientos y le hizo abalanzarse a mirar por el pasillo qué estaba sucediendo. Su plan inicial consistía en que cuando Dana saliera, él les arrojaría un bote de gas lacrimógeno a la cara. Solo usaría la pistola en caso extremo para no llamar la atención, ya que los soldados solo iban armados con lanzas. Pero en cuanto ellos escucharon aquel lastimero aullido, abrieron las puertas de golpe y Aníbal salió tras ellos sin pensarlo.

Los hombres irrumpieron en la habitación y contemplaron con desconcierto a su líder, muerto en la cama y a Paola chillando y señalando con el dedo a la chica nueva. Aníbal entró por detrás en la habitación y disparó a los dos hombres a la altura de los omóplatos antes de que se echaran encima de Dana. Los soldados cayeron derribados y su amiga saltó por encima de los cuerpos y agarró del brazo a Aníbal. Los dos se alejaron a la carrera de allí, mientras la italiana aumentaba aún más el volumen de sus chillidos. Aquel escándalo por supuesto no podía haber quedado amortiguado del todo por el sonido de las fiestas, así que los muchachos esperaban encontrarse con refuerzos tras cualquier esquina. Mientras corrían por el camino que les había trazado Luca para escapar, casi patinando por aquel suelo demasiado pulido, Aníbal le pasó a Dana la pistola que había traído para ella. Y al doblar la siguiente esquina se encontraron de cara con los refuerzos. Los soldados no preguntaron, si no que abrieron fuego en cuanto vieron a dos extraños en el interior del palacio.

-¡Mierda! -exclamó Aníbal refugiándose tras la pared y asomándose con cuidado para mirar. Vio a varios soldados acercándose a la carrera con un arma de fuego en la mano. Reconoció al que estaba más cerca, el oficial del bigote al que Dana había pedido permiso para encontrarse con Gabriele. Aníbal abrió fuego contra él y el hombre se refugió tras una estatua.

-Estamos jodidos -le dijo después de volver a abrir fuego. La muchacha bajó la vista al suelo y él le cogió de la mano-. Eh, pero tú has cumplido la misión. Has estado increíble.

La chica sonrió y le apretó la mano para después soltársela y unirse a los disparos.

-¡Giancarlo! -oyeron rugir al oficial-. ¡Pide refuerzos!

-¡Sí mi capitán! -escucharon responder a un hombre más atrás.

Los dos amigos comprendieron que la guardia al completo de Epifanía se les iba a echar encima a menos que hicieran algo. Se volvieron a asomar y vieron entonces algo que no esperaban. Uno de los soldados golpeaba con un objeto al recluta que corría a pedir refuerzos y de aquel golpe salpicaba sangre. El soldado caía. Agudizando la vista descubrieron que se trataba de Luca, que había decidido actuar.

-¡¡*TRADITORE!!* -bramó furioso el oficial al ver que uno de los suyos les estaba traicionando y dirigió hacia él sus balas. Los muchachos salieron entonces de su parapeto y dispararon contra el oficial al que consiguieron tumbar. Pasaron por encima suya y corrieron hacia Luca que se deshizo con rapidez felina de sus otros dos compañeros que guardaban la entrada del palacio junto a él.

-¡Siete años de infiltración a la *merda!* -les chilló el italiano enfurecido cuando llegaron a su lado-. ¡Sois unos inútiles!

Pero a pesar de estar muy cabreado, no tenía tiempo de pararse a discutirlo y corrió junto a ellos ya que no le quedaba otra alternativa. Se dirigieron a la entrada de servicio por la que Aníbal había entrado y en la que los sirvientes curiosos y asustados por todo aquel escándalo, habían parado su trabajo para ver qué estaba pasando. Luca los apartó de un empujón al pasar por su lado y juntos salieron como una exhalación hacia el punto de encuentro.

En el otro lado de la ciudad, Teo había estado encargándose de su parte del plan. Con el equipaje ya listo y guardado en el Pantera Negra, se puso al volante y se dirigió en primer lugar hacia el pequeño establo con caballos de exhibición de la ciudad. Cuando llegó, los caballos no estaban allí. Los había visto hacía un rato cerca de la Plaza de la Luna en un show en que unas mujeres hacían piruetas subidas a sus lomos ante el jolgorio del público.

Teo echó un vistazo alrededor para asegurarse que no había nadie por allí y comenzó a llenar unos sacos con el heno seco del establo. Lo hizo con rapidez, ya que no quería que alguien le descubriera y calificara su actitud de sospechosa. Una vez hubo llenado dos enormes sacos de aquella paja, los subió con esfuerzo a la parte trasera del camión y volvió a ponerse al volante. Sus compañeros y él habían explorado el día anterior la mejor ruta para efectuar su salida de la ciudad. Transitó con su camión las zonas que esperaba estuvieran menos concurridas y se dirigió hacia el distrito comercial próximo

a la entrada de la ciudad. Aparcó el camión en una calle en calma y arrastró los sacos de heno hasta la parte trasera de los comercios. Era probablemente la zona menos iluminada de la ciudad. Allí, esparció los sacos de heno alrededor de los comercios y después volvió al camión para bajar el pesado bidón de gasolina que todavía guardaban en la recámara. Necesitó usar todas sus fuerzas para bajar aquel bidón de 70 litros del camión con sumo cuidado, y después lo llevó rodando hacia la zona donde había esparcido el heno para rociarlo con la gasolina. No olvidó regar también las paredes de los comercios y sus carteles que tenían aspecto de ser inflamables. Cuando ya estaba vaciando los últimos restos de gasolina del bidón, una voz tras de sí lo sobresaltó sobremanera. Tanto, que estuvo a punto de chillar. Se giró rápidamente al tiempo que sacaba su pistola del bolsillo y apuntaba con ella a la figura que le había hablado.

-¿Teo eres tú? -volvió a preguntar Balero desconcertado. Todavía llevaba una jarra de cerveza en la mano y su sonrisa habitual. Aunque su expresión era sobretodo de sorpresa. Miraba alrededor del chico sin entender qué estaba haciendo-. ¿Qué es todo esto? ¿Y porqué llevas un arma? Yo he dado mi palabra por vosotros. Así que ya estás bajando la pistola y metiéndotela por el culo.

El joven no le hizo caso y continuó apuntándole con el arma. Aunque intentaba disimularlo, el pulso le temblaba.

-¿Qué estás haciendo tú aquí? -le preguntó Teo con voz nerviosa.

-Estaba volviendo al albergue y he visto a la Pantera Negra marcharse. Pensaba que os ibais sin mí y os he seguido -le explicó, pero su tono de voz estaba cambiando y empezaba a sonar realmente cabreado. A pesar de llevar horas bebiendo comenzó a comprender lo que estaban viendo sus ojos-. ¿Eso es tu bidón de gasolina? -preguntó señalando a la lata volcada en el suelo-. ¿Qué eres tú, una especie de pirómano chalado? ...O un traidor....

Sus palabras se deslizaron por sus labios con desprecio mientras su habitual expresión afable se convertía en una de odio que Teo jamás había visto. Balero estrelló la jarra de cerveza con rabia en el suelo y le apuntó con un dedo amenazador.

-No me puedo creer que Dante tuviera razón. ¡Eres una rata! -le chilló y se abalanzó hacia él.

Teo quiso apretar el gatillo, pero dudó y el peso furioso de Balero le cayó encima. Su antiguo amigo comenzó a propinarle golpes con ira por todo su cuerpo y el joven intentó retorcerse para evitarlos. Uno de los puñetazos hizo que su mano se

desprendiera de la pistola y quedara desarmado. Los impactos de sus puños se sucedían con cólera mientras Teo apenas acertaba a defenderse de algunos de ellos. Con el rostro desencajado, Balero le agarró con sus manos por el cuello y comenzó a apretar con todas sus fuerzas para asfixiarlo. Las venas le surcaban un rostro sediento de venganza y furia mientras Teo intentaba sin éxito desasir sus manos de su garganta. En un último intento de luchar por su vida, Teo agitó su cuerpo y su rodilla fue a parar a la entrepierna de su compañero de viajes. Balero emitió un gruñido de dolor y aflojó por un momento sus manos. Teo aprovechó para lanzar golpes desesperados contra el cuerpo de su adversario y logró quitárselo de encima. El muchacho de rodillas, alargó el brazo para alcanzar su arma, pero Balero le agarró de la pierna clavando las uñas en las heridas de su pantorrilla que todavía seguían lejos de curarse. Un latigazo de dolor terrible sacudió la pierna del joven que no pudo contener un aullido de dolor. Bajó la vista hacia su pierna y vio el sadismo en los ojos de Balero que le mostraba los dientes y hundía aún más las uñas en sus heridas abiertas. Tragándose su propio dolor, le pegó un taconazo en la cabeza con su otro pie y estiró el brazo de nuevo para alcanzar, esta vez sí, su arma. Esta vez no dudó. Apuntó hacia Balero que ya iba a incorporarse para abalanzarse de nuevo hacia él y abrió fuego hasta en tres ocasiones. Una de las balas impactó en lo alto de su pecho y el hombre cayó malherido. Teo se incorporó con dificultad sin apartar la vista de su ex amigo que se retorció en el suelo y se secó el sudor de la frente. Se acercó renqueando al bidón. Sintiendo como cada paso que daba hacia él era como si una corriente le atravesara la pierna. Agarró el bidón vacío que ya no pesaba nada y lo acercó al cuerpo de Balero. Después, vació el cartucho de balas de su arma, se las guardó en el bolsillo y arrojó su pistola al moribundo. Sabía que una observación exhaustiva de los hechos les haría darse cuenta de que Balero era inocente. Pero si podían ganar unos minutos extra haciendo que los miembros de la Hermandad pensaran que el hombre había ocasionado el fuego y se había intentado suicidar, valía la pena intentarlo. Acto seguido, sacó un paquete de fósforos de su bolsillo e intentó prender una cerilla. El pulso le temblaba tanto del dolor y de los nervios que tuvo que hacer cuatro intentos antes de que una cerilla prendiera. La arrojó a la pila de heno y una llamarada gigante se propagó descontrolada alrededor de los comercios. Teo huyó entonces del lugar sin mirar atrás. Mientras se escapaba, escuchaba los gritos de "traidor" y "estás muerto" de su excompañero de viaje al que poco a poco se acercaban las llamas peligrosamente.

Teo corrió como loco hacia el Pantera Negra y se subió al volante una vez más para emprender la huida hacia el punto de encuentro. Había acordado encontrarse con sus compañeros delante de la tienda ropa en que se habían comprado sus nuevas vestimentas.

-*Ma che...?!* -exclamó Mauricio al levantar la vista de su libro y ver la torre de humo negra que empezaba a ascender por el cielo de Epifanía. Agarró el transmisor de radio de la garita para comunicarse con el oficial a cargo de la seguridad urbana-. Al habla Mauricio. Estoy divisando una torre de humo realmente grande que proviene del distrito comercial. ¿Hay algún problema? Cambio.

Los soldados apostados junto a la garita se acercaron también a la ventanilla para escuchar la respuesta, pero nadie al otro lado dijo nada. Mauricio dio unos golpes con la mano al receptor y volvió a hablarle:

-¿Hay alguien ahí? Espero órdenes para actuar, cambio.

Pero otra vez obtuvo el silencio como respuesta.

-¿Qué hacemos Mauricio? -preguntó uno de los guardas más jóvenes-. ¿Vamos a echar un vistazo a ver qué está pasando?

-No -contestó con rotundidad-. Nosotros no abandonamos nuestro puesto bajo ningún concepto.

Mauricio chasqueó la lengua con desaprobación mientras tomaba una decisión. Pensó que lo más probable es que en una noche como aquella se hubiera comenzado una grave reyerta y su oficial estuviera demasiado ocupado conteniendo a los exaltados. No podía permitir que se siguiera llenando de humo la cúpula y se produjera una tragedia mayor, así que finalmente tomó una determinación.

Mauricio introdujo su llave en la cajetilla del panel de control y se encontró con el tablón de mandos de la ciudad. Pulsó un botón azul de gran tamaño y salió fuera a mirar hacia el cielo. La parte superior de la cúpula comenzó a dividirse en dos como si fuera un huevo que alguien acabara de quebrar, y se empezó a abrir muy poco a poco. Los bordes se separaron hasta dejar una abertura lo suficientemente grande como para que un avión saliera por ella, y el humo empezó a escapar.

Mauricio volvió dentro y abrió también la puerta principal de Epifanía, que si bien no era tan gigantesca como la superior, contribuiría a formar una corriente con la que esperaba que el humo se disipara más rápido.

No muy lejos de allí, Teo esperaba impaciente la llegada de su hermana y su amigo. Por el camino había visto a los soldados muy ocupados conteniendo varias trifulcas y corriendo hacia el fuego que acababa de ocasionar. Estaba tan nervioso que lo que más

deseaba era poner en marcha el camión y llevarlo hasta la puerta del palacio si era preciso para sacarlos de allí. De pronto el sonido de una sirena atronadora ensordeció todo lo demás. Incluso con las ventanillas bajadas sintió la necesidad de taparse los oídos para amortiguar aquel infernal alboroto. Encendió de nuevo el motor del coche y justo cuando iba a salir de allí, vio por el retrovisor las siluetas de tres personas que corrían hacia el camión. Descubrió con inmensa alegría que se trataba de su hermana y Aníbal acompañados de su nuevo amigo italiano. Una voz se comenzó a escuchar a través de los altavoces en medio de todo aquel estruendo.

-¡Traidores a la fuga! -bramó una voz feroz en la lengua de la ciudad-. ¡Cerrad todas las puertas! ¡Que no escapen!

Aníbal fue el primero en llegar y abrió de golpe la puerta trasera del vehículo y los tres se lanzaron de cabeza al interior mientras Teo pisaba el acelerador a fondo.

Antes de cerrar las compuertas entrevieron a una masa increíble de gente corriendo desde el final de la calle en dirección a ellos. Toda Epifanía dispuesta a despedazarlos. Luca corrió hasta la parte delantera y saltó por encima de los sillones para ponerse detrás de Teo. En cuanto el joven enfiló la calle principal de salida de la ciudad, vieron como las puertas transparentes se estaban cerrando. Delante de ella, los seis soldados que la custodiaban y Mauricio, comenzaron a abrir fuego contra el camión. Los disparos no solo venían de delante, si no que la parte trasera del camión también comenzó a sentir los primeros impactos de bala. Teo pisó entonces a fondo el acelerador decidido a pasar por encima de aquella barrera humana y romper la puerta de la cúpula. Pero la mano de Luca se puso sobre su hombro y le agarró con fuerza.

-¿Qué estás *facendo* idiota? -chilló el italiano-. No puedes *rompere* la cúpula de grafeno con el camión.

-¿Y qué hago? -preguntó alarmado Teo sin dejar de pisar el acelerador.

Luca en lugar de responder, agarró el volante con una mano y lo viró bruscamente para estrellarlo de golpe contra la garita. El impacto tiró a Aníbal y Dana al suelo en la parte trasera. Luca saltó por la ventana del piloto como un gato salvaje y le chilló a Teo:

-¡Atropéllales! ¡Atacad! -gritó el italiano corriendo al interior de la garita.

Teo dio marcha atrás con el camión que había quedado abollado en su parte delantera mientras que Dana y Aníbal cogían sus rifles. Los sacaron por la ventanilla y dispararon a ciegas cubriendo a Luca mientras Teo daba marcha atrás dispersando a los guardas de alrededor.

El italiano accionó el botón de la apertura de las puertas y cuando salió se topó con Mauricio dispuesto a defender su lugar. Luca le clavó su hacha de mano en el cráneo y el guarda de seguridad cayó fulminado al suelo. El italiano tuvo que rodar por encima del capó del camión monstruo para esquivar las balas, pero aun así fue alcanzado. Aníbal salió fuera y tiró de él para subirle al camión mientras la muchedumbre alcanzaba al Pantera Negra y comenzaba a ensartar toda clase de armas en su superficie. Hojas afiladas de hacha y balazos perforaban la resistente carrocería del camión que trataba de atropellar a todo el que encontraba a su paso. Les lanzaron incluso un explosivo de gran tamaño que hizo que notaran como el suelo retumbaba como si de un terremoto se tratara. Pero en cuanto el orificio fue lo suficientemente grande, Teo enfiló el vehículo hacia la salida. El camión traqueteaba ligeramente cuando comenzó a pisar el terreno desértico de la calle. Los chicos miraron sin poder creerlo a través del retrovisor. Aquella burbuja iluminada que se iba haciendo cada vez más y más pequeña conforme escapaban de ella a toda velocidad.

La noche les engulló de nuevo y entonces no pudieron contener chillidos de júbilo por la hazaña que habían conseguido completar. Incluso Teo soltó un momento el volante para abrazar con frenesí a los otros. Solo Luca permanecía quieto e irritado, sosteniendo la parte alta de su muslo donde había sido alcanzado por una bala.

-No te preocupes -le dijo Dana conteniendo un poco su alegría para observar su herida-. Te conseguiremos ayuda enseguida.

-Siete años... -murmuraba el italiano entre dientes. La bala no era lo que más le dolía-. Todo lo que he tenido que hacer... todo el *lavoro*...

-Vamos hombre -le dijo Aníbal dándole un golpe de ánimo en el hombro-. Lo que hemos conseguido esta noche va a cambiar las cosas.

-*Naturalmente* que van a cambiar... -respondió Luca-. La Hermandad nos va a perseguir hasta el mismo *inferno*...

-Pues pisa a fondo el acelerador amigo -dijo Aníbal alborotando el pelo de Teo-. Que nosotros no vamos a dejar que nos alcancen.

Hasta aquí llega la primera parte de Luna Perdida. Si te ha gustado, puedes conseguir la segunda parte de forma **gratuita** entrando en el blog:

sagalunaperdida.blogspot.com

y suscribiéndote en el botón amarillo de la derecha. También puedes hacerlo aún más rápido mandando un mail con el asunto "Luna Perdida" a la dirección de contacto que aparece en el blog.

No olvides de dejar tu opinión sobre el libro en la sección de comentarios de Amazon, será útil para futuros lectores y me animará a seguir con esta historia.

¡Un saludo!